

ALFAGUARA



Carlos Tromben

La Casa de Electra



You are in love with pain...

MARLENE DIETRICH,
Give me the Man, 1938

*La mentira es para ellos una segunda
naturaleza. No saben siquiera cuándo dicen
la verdad...*

JOHN LE CARRÉ,
El espejo de los espías

Domina nocturna

Los salones y pasillos del Ritz rebosan de altos funcionarios. Miembros del gabinete, ejecutivos de grandes bancos y de carteles industriales, miembros de algún club de caballeros. Entre copa y copa de oporto finísimo deciden los destinos de países enteros.

Lord Palmer hace caso omiso de este ambiente alegre y conspirativo. Viene a un encuentro galante.

Buenas noches, señoría, saluda el recepcionista. Madame dice que suba.

¿Le fueron entregadas las flores?

Como usted solicitó, señoría.

Lord Palmer es accionista y miembro de una decena de directorios, incluyendo la Imperial Cable & Wireless y la Junta de Abastecimiento Nacional. Los franceses lo llamarían un hombre du monde, los norteamericanos un globe trotter. Ha vivido en India, Sudáfrica y Birmania, en cargos administrativos y diplomáticos. Es soltero, tiene sesenta y seis años y lleva esa noche un anacrónico terno a rayas de estilo eduardiano, con una rosa en el ojal. Las tinturas para las canas y el bigote son un ítem difícil de procurar en un Londres en guerra, pero a él nunca le faltan. Tampoco los guantes blancos que debe usar por culpa de una enfermedad cutánea contraída durante sus viajes de juventud.

Pese a su aspecto, lord Palmer lleva la guerra en las venas. Su abuelo combatió en Waterloo y su padre murió en Crimea, en la famosa carga de Balaklava, junto a otros doscientos jinetes de la Brigada Ligera: *C'est magnifique, mais ce n'est pas la guerre...*

En su poemario, publicado a costas de autor en 1935 tras siete años de arduo trabajo, lord Palmer celebró la dimensión estética de la guerra. La guerra preindustrial, se entiende, con caballos, sables y héroes en uniformes estupendos.

And he came across death's ghoulish garden.

Jumping on his steed over comrades lain in glory's arms...

Lord Palmer avanza hacia los ascensores. La alfombra roja con ribetes dorados amortigua sus pasos. Junto a él, un caballero oriental observa los

números del tablero. Su rostro le es desconocido, tal vez sea un funcionario del Kuomitang, un banquero de Hong Kong o un concesionario de casinos en Macao. Suena una campanilla y las puertas del ascensor se abren. Lord Palmer le cede el paso al caballero oriental y éste le responde con una venia cortés. Lord Palmer se la devuelve y se mira a sí mismo en el espejo del ascensor; se estira la corbata, se alisa el cabello y ajusta la rosa en el ojal. Encuentros como este le hacen pensar en las extrañas casualidades de un mundo en guerra. Nuevos mercados y alianzas inéditas nacen de las ruinas, y el amor encuentra su camino en los lugares y formas más inesperados.

El caballero oriental se baja en el cuarto piso y se despide. Lord Palmer va al sexto. Su corazón ha comenzado a latir con más fuerza, atizado por la inminencia. Avanza por el pasillo y divisa la puerta entreabierta.

Las luces están apagadas, en la mesa de centro las velas irradian una luz mortecina. Parece una iglesia ortodoxa rumana, pero con muebles mundanos. La ventana del fondo está abierta y las cortinas se mecen con el viento primaveral.

¿Madame?, pregunta.

De la puerta entornada de la habitación brotan un rayo de luz y una voz áspera, salobre, con acento ruso.

Entrez, cher ami.

Sentada en un sofá, la Dominadora le espera envuelta en su abrigo de pieles. Embriagado por el dulzor de su perfume y el destello de su collar, lord Palmer baja la vista. La Dominadora tiene las piernas cruzadas; con sus largos dedos aferra los brazos del sillón. Sus uñas esmaltadas de rojo intenso son como la sangre de la casa Romanov-Sajonia-Coburgo-Gotha que corre por sus venas. ¿O es acaso la princesa Thurn und Taxis, a quien Rilke dedicó sus elegías?

Llega adelantado, aún no he terminado mi toilette.

Su voz es como un coro de Händel. Al final de la imperiosa frase lord Palmer percibe desgano, cierta languidez, como si lo que él hiciese o dejase de hacer le fuese del todo indiferente.

Míreme, dice la Dominadora.

Su rostro está a medias cubierto por una línea de sombra que deja ver sólo sus labios, rojos como sus uñas, la punta de la nariz y la curva perfecta del mentón. Aparte del collar, nada lleva entre su cuerpo y el abrigo de astracán. Bajo sus rodillas cruzadas se asoman dos botas de cuero terminadas en punta, cuyos tacos finísimos parecen uñas clavadas al piso.

Le le traído esta humilde ofrenda..., murmura lord Palmer, depositando la

rosa en el piso.

El veredicto de la Dominadora suele tardar algunos segundos y es siempre inapelable.

¿Tiene alguna idea de lo que le espera al hombre después de esta guerra, mon cher ami?, dice ella después de una larga pausa.

Por toda respuesta lord Palmer recita:

A river into a sea of sorrow...

No me refiero a la humanidad, sino «al género masculino», aclara la Dominadora.

Lord Palmer elige con cuidado sus palabras.

Nuestro destino es ser reemplazados por una criatura superior a nosotros, balbucea.

Es usted encantador. ¿Qué castigo prefiere?

El que complazca a mi señora...

Después de una larga pausa, la Dominadora descruza las piernas y se pone de pie. Los ojos, que han permanecido hasta ese instante en la sombra, se iluminan como dos brasas. El cuero ceñido de sus botas cruje contra el piso, pero lo que definitivamente subyuga la voluntad de lord Palmer es el collar que resplandece sobre su cuello.

Es uno de los objetos más valiosos de su colección. Su valor monetario no viene al caso, sólo él sabe lo que pagó en francos suizos a través de un banco portugués. Tiene más de mil seiscientos años de antigüedad, y una inscripción gótico-rúnica en ofrenda al antiguo dios Wotán. Cuál no fue su sorpresa al enterarse, por el conducto habitual, de que un ex funcionario rumano lo estaba vendiendo en el mercado negro de Lisboa.

No ha respondido a mi pregunta, insiste la Dominadora. ¿Tiene alguna idea de lo que le espera al hombre después de esta guerra?

Lord Palmer se saca la chaqueta y se pone de rodillas.

Domina Nocturna. Mater dolorosa..., comienza diciendo. Te conocí por primera vez en un valle de Crimea, junto a mis compañeros de gloria. En medio de nuestra cabalgata infernal, te vimos fulminando a nuestros corceles, rematando a los heridos para llevarlos contigo al Valhalla. Hoy el mundo está a tus pies. «¡Viva la Muerte!», decían los jóvenes en Badajoz, en Mallorca y en Santander. Hoy en Stalingrado se te entregan con los ojos abiertos, dulces jóvenes encomendados a sus mamenkas. Y yo, tu humilde siervo, me entrego a tu misericordia con los brazos abiertos, con la sonrisa de un niño.

La Dominadora suelta una carcajada cruel.

Su poesía cursi me obliga a adoptar medidas radicales...

Durante algunos segundos la Dominadora observa la rosa como si fuera un animal herido que pide auxilio. Con la punta de la bota la tritura, restregando los pétalos contra el piso. Lord Palmer suelta un quejido y se arrodilla a sus pies.

Señora mía, ten clemencia.

Demasiado tarde, dice la Dominadora cortante. Ha llegado la hora del dolor...

Ella ha extraído del cajón del velador un estuche de madera con chapa dorada. Se ha sacado el abrigo y lo deja caer, se acerca lentamente moviendo sus caderas como una pantera antes de atacar.

Lord Palmer levanta la vista y observa con terror el falo que la Dominadora se ha amarrado, con cinturones de cuero negro, en torno a la pelvis. Puede apreciar bajo la luz de las velas los motivos mitológicos que lo adornan, el tigre blanco y el dragón verde entreverados en un abrazo letal.

Lord Palmer amó a la madre y ahora ama a la hija. Se inclina y besa con devoción las puntas de las botas. En la lengua, aparte del cuero, siente el dulce aroma de las rosas muertas.

Leonor García Berberova tardó varios meses en enterarse de que había estallado la guerra. Francia y Alemania sólo se mostraban los dientes y a nadie le importaba un carajo Polonia. En vez de batallas había «movimientos tácticos».

Leonor estudiaba en la Escuela Normal Superior para Señoritas, conocida entre sus alumnas como *l'école*. Tenía amigas y amores, le gustaba oír a Charles Trenet. La guerra era remota, tonta, la llamaban, hasta esa tarde en que todo París se dio cuenta de su error. Fue un aire espeso, una humedad rancia que brotaba del Sena. Lo sintió el mendigo y la gran dama en el boulevard Raspail. Lo sintió el policía de tránsito en la plaza de la Nación y los niños que jugaban en el parque Montsouris. En el metro se murmuraba, se corría la voz, y entre las estaciones Rambuteau y République, Leonor oyó a un hombre sin dientes decirlo con todas sus letras: el frente se fue al carajo.

Apenas traspasó la puerta del departamento, Papi bajó el volumen de la radio.

Leo, tenemos que hablar, dijo.

¿Partir a Burdeos mañana? Pero si tenía prueba de filosofía.

Ya compré los boletos, dijo Papi. El gobierno se va, las embajadas se van, todo el mundo se va a Burdeos. Es el sálvese quien pueda...

La guerra había sido primero tonta y ahora era relámpago. Francia se había ido al carajo en menos de lo que cantaba un gallo. Todo lo que habían dicho los periódicos y la radio era mentira, recién ahora decían la verdad, y no toda.

No tenemos mucho tiempo, dijo Papi. Debemos llevar lo estrictamente necesario. Anda y haz tu maleta que tenemos que estar en Montparnasse a las tres.

Un cuarto de millón de hombres, mil trescientos tanques y decenas de aviones. Una brecha de kilómetros. Papi dijo algo de una pinza y de un relámpago, lloraba casi. Le subió el volumen a la radio y ya no habló más.

La Bruja estaba hecha una loca. Acaparaba el teléfono, apuraba a Leonor y molestaba a Papi con la comida del gato, la ropa de la lavandería, su remedio

para la ciática. Leonor hubiera envenenado al gato, pero estaba demasiado confundida. ¿Qué vestidos llevar, para cuánto tiempo? Hasta que las cosas se aclararan, pues. Tal vez una semana, un mes. Quién podía saberlo, caray.

Tuvo que rogarle a la Bruja, pedirle por favor, Inesita, que soltara el teléfono. Las centrales estaban desbordadas, las líneas se cruzaban y debió discar más de tres veces antes de dar con Camille.

¿Dónde estabas? ¿Qué te has hecho? ¿Por qué no me llamabas?, exclamó Camille al oír su voz.

Camille era su mejor amiga. La guerra las separaría quién sabe por cuánto tiempo.

No me puedes dejar aquí. ¡Llévame contigo!

Qué tonta se ponía, estarían sólo algunos días fuera, semanas a lo sumo. Todo se calmaría.

Júrame que me escribirás.

Camille se quedaba. Su padre mascullaba, sus hermanas lloraban por sus novios; Suzanne por Romain, que estaba en el norte, y Eva por Dieudonné, en algún lugar de Alsacia. Leonor no tenía novio y Camille tampoco. Eran sólo ellas dos.

Júramelo, insistió Camille.

La Bruja gritaba algo desde la cocina, Papi seguía pegado a la radio. Leonor cubrió su boca y se lo dijo. Sólo días, semanas a lo sumo. Que no fuera tonta.

* * *

Cogió tres vestidos, dos frascos de perfume, su pasaporte peruano, su cuaderno de filosofía y un libro de Paul Valéry titulado *Nociones generales de arte*. Tenía gustos refinados, chancona era. Metió también en la maleta el *Roman de la Rose*, dos cartones de Gauloises y al oso Vicente, su *Nounours*, su Teddy Bear.

Pero, ¿y las cartas?, ¿qué hacer con ellas, niña?

Eran seis. La primera de 1937, la última de hace un mes. Las releyó rápidamente antes de tomar una decisión. *Me llamo Olga y soy tu madre. Ta Mamenka*, decía en la primera con una letra temblorosa, con borrones que podían ser las lágrimas de Mamenka al escribir o las de la propia Leonor al leer. El primer encuentro fue en la place Saint Sulpice, el último en place des Vosges. Qué grande estaba, había dicho. Y qué linda. Mi guapa, repetía, y a Leonor la

primera vez le costó reconocerse en esa mujer alta, llena de collares, que fumaba sin parar y lucía aún bella, pese a los años. Llevaba un conjunto de dos piezas de seda estampada color caqui, y un turbante negro de Jean Blanchot. Ni en ese ni en los sucesivos encuentros Leonor le preguntó nada. Ni por qué ni cómo. Mamenka nunca quiso decirle dónde vivía ni cómo se ganaba la vida. A veces le pedía dinero, a veces le invitaba un café, le regalaba cigarrillos. Solía estar bien vestida y los hombres la miraban.

La Bruja entró sin golpear, con una taza de infusión para dormir. Besitos, besitos. Papi también pasó a decirle buenas noches.

Todo va a salir bien, te lo prometo, dijo, poniéndole una mano en el hombro.

* * *

Aferrando sus maletas, miles de refugiados se agolpaban en los andenes de la estación Montparnasse. Los niños lloraban, la policía empujaba, los novios se despedían y los pasajeros contaban historias terribles en cinco idiomas. La guerra había comenzado lenta y ahora era *blitz*, relámpago, fuego destructor que caía del cielo.

Papi era un funcionario medio de la embajada peruana; había comprado pasajes de segunda. El señor embajador había partido ya en un avión del gobierno, temprano, con el resto del cuerpo diplomático sudamericano. ¡Viva el Perú, carajo!

El tren partió con retraso. Los caminos estaban repletos de carros y camiones. Los aviones pasaban por encima y el tren era un panal de rumores y de rostros agolpados contra las ventanas. Unos decían que eran «los nuestros», otros que no. Ellos usan gas venenoso, y los nuestros brillan por su ausencia, reclamaba un señor de cara rosada con acento del suroeste. ¿Dónde carajo estaban los nuestros?

El tren se detuvo en Châtellerault, Poitiers, Ruffec, Angoulême y Libourne, y la Bruja quejándose del calor. Papi la trataba de complacer, había comprado una baguette con butifarra, una botella de vino, y se esmeraba en derrochar buen humor.

En Burdeos se cocina el mejor pato de Francia. Montaigne era de Burdeos, ¿o no, Leo?

La Bruja odiaba los libros, bostezaba sin pudor cuando Leonor y Papi se ponían a hablar de literatura y de grandes autores. ¿A qué hora se supone que

llegamos? Luis, me sofoco, abre la ventana, por favor.

Y así se fue todo el viaje, la conchuda.

En Burdeos los esperaba Mario, el chofer de la embajada.

La cosa está fea, don Luis, dijo el zambo, preocupadísimo. Dicen que el señor *Daladié* va a hablarle a la nación ahorita.

En la recepción del hotel la radio estaba encendida y los huéspedes se agolpaban para oír. Silencio, silencio, pedía un caballero, iba a hablar Daladier. Leonor nunca había escuchado antes al caballero ese. Sabía quién era, lo que no se esperaba era su voz de anciano, su voz derrotada, alargándose en las vocales para reconocer que Francia estaba total y completamente fregada.

/.../ ¡¡¡FRAAANCIA NO PUEDE MORIIR!!! /.../
¡¡¡EL DÍIA DE LA RESURECCIÓN VENDRÁ!!! /.../

Tocaron la Marsellesa y los huéspedes lloraron, el personal lloró, Papi se tapó la cara con las manos. Cantaban todos a voz en cuello, aunque el 14 de julio se hubiese ido al carajo.

Se fregó todo, murmuró Papi, y Leonor lo vio pasar como un fantasma rumbo a su habitación.

* * *

En 1919, Papi quería ser poeta. Era un pituco limeño, vivía en París comiendo poco y mal y bebiendo el licor de las vanguardias. Fue dadaísta, surrealista y creacionista, sacó algunas fotografías, escribió y publicó un par de libritos. Tenía novias rusas. Veinte años más tarde era masón y diplomático, un funcionario medio de la embajada peruana, ni más ni menos fregado que el resto de los parisinos.

¿Estaría Mamenka igual de fregada? ¿Habría tomado el tren a Burdeos, se habría largado con lo puesto, durante el sálvese-quien-pueda? Algo le decía a Leonor que no. Mamenka era demasiado astuta. Mamenka era capaz de sobrevivir la ocupación mejor que nadie.

Se firmaba el cese del fuego en un tren, los alemanes entraban en París y el mundo contemplaba boquiabierto tal calamidad. En Burdeos corrían los rumores más absurdos, que el gobierno se iba a Argelia, a Marruecos, a Vichy se iba. ¿Dónde carajo estaba el gobierno? No era el mejor ambiente para proponerle

cosas a Papi. Pero Leonor se arriesgó, jugó sus cartas. ¿Y si volvía sola a París cuando todo se calmara? ¿Si arrendaba un cuarto de pensión o se quedaba donde Camille? No podía perder el año. Chancona era, tenía notas sobresalientes en filosofía y en literatura, profesora de letras quería ser.

Las cosas no se han calmado todavía, Leo, decía Papi, doblando el periódico, suspirando angustiado.

Una semana más tarde se anunció que el gobierno se iba definitivamente a Vichy. Papi carraspeó, dejó los cubiertos junto al plato.

Leo, he estado pensando. París ya no es seguro para ti. Mejor es que regreses al Perú.

Ahí mismo le dio el berrinche, delante de todos los comensales. Antes muerta que volver. ¿Qué clase de padre era? ¿Que no leía los diarios acaso? ¿Y los submarinos, qué? París o nada, carajo.

A París te vuelves sobre mi cadáver, dijo Papi subiendo la voz. Y no carajeas en la mesa.

¿Perder el año?, ¿perder a sus amigas, sus libros, todo lo que más quería? Leonor pataleaba, sollozaba, pero Papi no se movía de sus cinco. Papi quería que se volviera al Perú y Leonor ni muerta, antes se suicidaba. Él, que había querido ser el primer creacionista peruano, entregándola a sus hermanas beatas; que se hundiera.

La Bruja sacó la voz. Su vocecita esa.

Leo tiene razón, Luis. Volver al Perú es peligroso y quedarse en París también... Pero tu padre todavía tiene ese departamento tan lindo en Londres, ¿te acuerdas? ¿En qué parte queda? Soy tan mala para los nombres.

Chelsea, dijo Papi mordiéndose los labios.

¡Un barrio estupendo, pues! De «artistas», a ti te va a encantar, Leo...

Debe estar arrendado, dijo Papi.

Se hizo un silencio. Leonor se secó las lágrimas. Comenzaba a hacerse a la idea. La guerra había sido primero tonta y después relámpago. A estas alturas sólo cabía buscar el mal menor.

* * *

Papi se encargó de todo: los visados, el cheque por doscientos cincuenta francos suizos y la dirección del abogado.

Adiós, hijita, dijo sollozando en el andén de la estación Saint Jean.

Adiós, Leo, dijo la Bruja abrazándola con fuerza, mojándole las mejillas con sus lágrimas de cocodrilo.

Lloraban los niños, la policía empujaba, los novios se despedían, los pasajeros estiraban los brazos por las ventanas. Leonor se ubicó en su asiento y se tragó las lágrimas. Cuando el tren se puso en marcha apretó los puños. Papi y la Bruja, tomados del brazo, blandían cada uno un pañuelo y le decían adiós.

El tren atravesó los Pirineos. En San Sebastián, Leonor abordó el vapor noruego *Larsen*. Un viaje triste en el que nadie despejaba la vista del cielo, por si llegaban los aviones en picada, ni del mar infestado de submarinos. Al segundo día una costa verdosa se asomó en el horizonte. Los pasajeros se agolpaban en las pasarelas, sonó una sirena y varias lanchas rodearon al barco y lo escoltaron hasta el puerto de Cardiff.

Sus dos primeras noches en Gran Bretaña las pasó en un centro de arribo. Había un checo de cara alargada, un polaco taciturno y muchos franceses. Unos funcionarios revisaron su equipaje prenda por prenda, caja por caja. Abrieron los libros y leyeron los sobres. La llenaron de preguntas, una y luego otra, sin parar, y Leonor con su inglés flojo se confundía, se fregaba. Poco faltó para que la botaran en un barco rumbo a Lima y le dijeran adiós, *bye bye, sweetie*, directo a los brazos de la tía Eduvigis García, a rezarle a San Martín de Porres.

Por suerte consiguió hablar con el abogado; al tercer día, Mr. Stanhope la sacó del centro de arribo y se la llevó a Londres en un carro pequeño, en el que apenas sobresalía por encima del timón. Por el camino, Leonor veía la guerra acercándose, filas de camiones, hombres cavando zanjas, soldados custodiando los cruces.

Londres se apareció en el horizonte como una línea oscura de techos y chimeneas. Era una ciudad gris y parda, salpicada de manchones rojos, buses de dos pisos, buzones y cabinas telefónicas. Los transeúntes caminaban rápido y mirando el suelo, abordaban pequeños taxis negros que parecían confesionarios móviles.

El señor Stanhope era bajito, vestía un traje a rayas, con pajarita y lentes de pinza redondos. Tenía un bigotillo horizontal, perfecto. Su oficina era un cuchitril atestado de carpetas y libros. Leonor le entregó el cheque y firmó un recibo.

Si me permite un comentario, señorita García, dijo el abogado, yo que usted intentaría regresar cuanto antes a mi país.

* * *

El nombre no le decía nada aún. Leonor tenía de Londres un recuerdo vago: casas con ladrillos rojos y gente hablando rápido, caminando rápido, rozándose los paraguas en una esquina asolada por la lluvia.

Chayne Walk, dijo el abogado. Los últimos arrendatarios fueron una pareja de norteamericanos. Se acaban de volver a su país... Supongo que es una señal de buena suerte para usted.

No recordaba la fachada ni los marcos de las ventanas, blancos todos, ni el enrejado negro o la planta trepadora. Tampoco recordaba las aguas verdes del Támesis, a pocos metros detrás de los árboles, ni las chimeneas de la central eléctrica de Battersea. Allí vivían los artistas, explicaba el señor Stanhope, los pintores, los literatos. ¿Había oído hablar de los prerrafaelitas, del pintor Dante Gabriel Rossetti, del escritor Thomas Carlyle?

El departamento lo había comprado su abuelo, próspero hombre de negocios e ilustre diputado por Chiclayo, cuando los precios del algodón y del caucho estaban buenos y el Perú era una fiesta. Vagos recuerdos tenía Leonor de unas navidades allí, de las conversaciones a puerta cerrada entre el Abuelo y Papi. Mamenka ya no estaba y Papi le había regalado una muñeca con vestiditos bordados y pelo natural, con un orificio en la boquita para meterle el biberón y hacerla feliz. Libros le regalaron también: *Peter Pan*, *Los viajes de Gulliver*, *Alicia a través del espejo*, y las velitas del árbol brillaban en la oscuridad.

Muy bien por los prerrafaelitas, pero lo que no se esperaba era el estado del parque, de los muros y de los grifos. Los muebles estaban cubiertos con sábanas blancas, como en las películas de terror, y las ventanas tenían cruces de cinta adhesiva para que no explotaran hacia adentro, en caso de bombardeo.

Aquí están las llaves, dijo el abogado. Si tiene algún problema, no dude en llamarme.

Le dio un par de chelines y un mapa de la ciudad.

* * *

El refugio queda en el patio trasero del edificio, dijo la señora Bond, circunspecta como maestra de escuela. Usted sólo tiene que tomar la escalera con calma y ayudar a los ancianos y a los niños si no están sus madres.

Le entregó el instructivo y su máscara antigás, le hizo firmar un recibo y le

mostró el refugio, un cobertizo con paneles de acero galvanizado, enterrado en el suelo del jardín trasero. Los *Anderson*, les llamaban. Cada edificio tenía uno, o varios, dijo la señora Bond, dependiendo del tamaño del jardín y del número de habitantes. Una casita de muñecas, pensó Leonor con escalofríos.

No había noche que no soñara. Leía el *Roman de la Rose* y se quedaba dormida. Despertaba encogida, sintiendo que cientos de luciérnagas verdes con alitas de murciélago revoloteaban en torno a su cama. Soñó con Peter Pan, un niño-niña que podía volar y no envejecía, y con unos piratas nazis que, en vez de barcos, tenían hidroaviones armados con ametralladoras; usaban uniformes negros, huachafos y con enormes gorras, cascos metálicos y guantes de cuero.

En el edificio vivían también dos estudiantes hindúes, una solterona con un poodle y una familia de pelirrojos, padre, madre y dos chiquillos que corrían por el pasillo cantando *The butcher, the baker, the candlestick maker...*

¿Cuánto podían durar doscientos cincuenta francos suizos en Londres? La señora Bond le había dado una libreta de racionamiento, tenía derecho a ocho onzas de jamón o tocino, ocho onzas de azúcar y dos onzas de té. Ahora bien, ¿cuántos gramos era una onza? Más le costó entender aquello de los peniques, los chelines y las libras, y pillar las frases que disparaba el hombre del abasto, el taxista, el policía, la señora de las flores, en un idioma que no parecía tener relación alguna con el inglés que le habían enseñado en la *école*.

Wassemaddah, lov? Aynt cheu bin in taun befó?

Diu rikwair cab miss?

Six pens foh'iu lov

Las mujeres tenían voces agudísimas y estiraban las sílabas. Los hombres terminaban las frases en un tono alto. Fue recién en un abasto cuando sintió que entendía algo. Ella miraba consternada las monedas que había desperdigado sobre el mostrador, hasta que una viejita salió en su rescate.

This is a penny, dijo. This is a shilling. This is a bloody quid.

Se llamaba Daisy Finch y la invitó a tomar el té. Vivía sola, era profesora de francés, lectora de Flaubert y de Stendhal; tenía todos los libros de Victor Hugo. Su marido había muerto en Bélgica durante la Gran Guerra. Francia se ha rendido, pero no está muerta, decía.

Se hicieron amigas. Iban juntas al abasto, tomaban el té, conversaban. La señora Finch le enseñó también a coser faldas, remendar medias, a ahorrar gas. Juntas oían la radio. A la señora Finch le gustaban los programas cómicos de la BBC, pero Leonor no entendía los chistes.

* * *

Fue a las cinco de la tarde, como en el poema de Lorca. Leonor le escribía una carta a Mamenka, la tercera desde su llegada, pero no había pasado del encabezado cuando la sirena comenzó a sonar. ¿Dónde carajo estaba la máscara? Cogió la llave y al oso Vicente y se encontró en el pasillo con los pelirrojos. Bajaban todos al refugio, el padre llevando al menor en brazos, la madre a la mayor de la mano. Los cuatro cantaban *The butcher, the baker, the candlestick maker*, pero de pronto enmudecieron. Decenas de aviones cubrían el cielo, avanzaban en línea recta igual que los carros y autobuses por Oxford Street. El sonido de los motores era ensordecedor. Cuando soltaron las primeras bombas, Leonor sintió un cosquilleo en las costillas, un crujido en el plexo solar. El rumor se acercaba y Leonor corría detrás de los pelirrojos, aferrando a Vicente. La señora Bond los arengaba desde el refugio con su voz de maestra, la cinta del casco ajustada bajo la barbilla. Estaba prohibido ingresar con animales al refugio, pero la solterona dijo que ella no entraba sin el poodle, y la inflexible señora Bond dio su brazo a torcer.

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! El cosquilleo crecía, ahora crujían el techo y las paredes del refugio, y los niños lloraban. El bombardeo duró horas, y cuando sonó el «despejado» fueron saliendo del refugio uno a uno, en perfecto orden, con los puños apretados. Lo que vieron una vez afuera no lo olvidarían jamás. Gruesas columnas de humo se elevaban desde distintos puntos, las sirenas de las ambulancias y de los carros de bomberos parecían lamentos mecánicos de la ciudad herida.

Dios mío, musitó la madre de los pelirrojos.

Ahora Leonor entendía las palabras del abogado. Tal vez no era tan mala la idea de regresar al Perú.

La alarma comenzó a sonar todos los días, todas las tardes. Cincuenta y siete noches seguidas. En el refugio la solterona acurrucaba al poodle, los padres a sus hijos y Leonor a Vicente, el más asustado de todos.

Eso debe haber caído hacia West Ham, mascullaba uno de los estudiantes hindúes.

Más al este, lo corregía el otro.

Competían por quién conocía mejor la caótica y ambigua toponimia de Londres. La hija mayor de los pelirrojos se hizo amiga de Vicente, el hijo menor

a veces se orinaba. Una noche, uno de los hindúes le prestó a Leonor su chaqueta, pero no pasó de eso. Se tornó una rutina. Sirena, refugio, refugio, sirena. Todo septiembre, octubre entero, noviembre un poco menos. A veces las bombas estallaban tan cerca que Leonor sentía los ojos, los dientes, saltándole dentro del cráneo como cascabeles enloquecidos.

Apenas sonaba el despejado, Leonor salía del refugio y corría a Lawrence Street. Ayudaba a la señora Finch a salir del refugio y subir las escaleras. Una vez en el departamento, ponía la tetera y encendía la radio. Por la ventana aún se veían incendios en el puerto y en el East End, pero las chimeneas de Battersea seguían incólumes, y la señora Finch decía frases erráticas, repetía algo acerca de Birmania o de un joven que vivía allí.

¿Cuánto duraría todo aquello? Cuadras y cuadras de Londres estaban en el suelo. Mussolini había atacado Egipto, pero le estaban sacando la mugre. Los refugiados avanzaban por las calles arrastrando maletas y bultos, colchones, atados de ropa. Algunos reían y otros miraban hacia delante con ojos vacíos. La gente les daba té y galletas. Los periódicos publicaban listas de víctimas y de desaparecidos. Una tarde, Leonor vio un avión que caía dejando una estela de humo. Cayó al sur, hacia Lambeth, y el sonido de la explosión llegó después del fognazo. Siempre era así, la explosión, el cosquilleo en la espalda, el pecho que crujía dos, tres, cinco segundos después según la distancia.

El refugio no tenía baño. Las alertas podían durar horas y el aire se viciaba. El niño se seguía orinando a veces. El poodle lo hacía siempre.

* * *

Leonor le envió tres cartas a Mamenka y nunca recibió respuesta. ¿Cuánto tardarían? ¿Qué desvíos seguirían para llegar hasta sus manos, si es que llegaban? Papi, en cambio, le escribió tres cartas, en todas urgiéndola a que volviera al Perú. ¿Acaso no eran más peligrosos los submarinos que los aviones?

Una noche soñó que se miraba en el espejo, que lo traspasaba. Del otro lado había un departamento idéntico al suyo, pero invertido, la izquierda era la derecha, el tiempo avanzaba hacia atrás. Era enorme, y Papi y Mamenka pequeños, rey y reina en un tablero de ajedrez.

Pasó la Navidad con la señora Finch. Ella hizo galletitas de jengibre, había conseguido un hermoso gallo de Yorkshire y Leonor coció las patatas. No cantaron ni rezaron, no hubo la menor alusión al Niño Jesús, pero parecían una

auténtica familia tomadas de la mano, deseándose *Merry Christmas*.

* * *

El 29 de diciembre la sirena comenzó a sonar como de costumbre. Leonor cogió a Vicente, la máscara y los cigarrillos, y caminó con calma hacia la puerta.

Pero no llegó nunca.

El tiempo se detuvo (o anduvo hacia atrás), el suelo vibró y las paredes bailaron, arqueándose como las caderas de una zamba. Los vidrios saltaron (al carajo la cinta adhesiva) y Leonor no sólo sintió el cosquilleo en la espalda y el crujido en el plexo solar, sino que todo el aire de los pulmones se le escapaba «desde adentro».

Había ocurrido tan rápido que la cadena de sus pensamientos quedó cortada de cuajo, suspendida en palabras y frases sueltas que de algún modo se relacionaban con la necesidad de encontrar sus llaves y la duda de si había alcanzado a cortar el gas.

Cuando volvió a abrir los ojos era el silencio total. Ni el fuego, ni las sirenas, ni las explosiones cercanas; nada oía. Vicente estaba a sus pies, cubierto por un polvillo blanco, sus extremidades chamuscadas. Bocanadas de aire caliente entraban de alguna parte sofocándola. Atinó a ponerse de pie y taparse la boca y la nariz. La escalera todavía servía, pero no había murallas, o no todas las que recordaba. Se aferró de la baranda y bajó a tientas, tropezando con los cascotes. Divisó el arco de la puerta principal aún en pie. Los voluntarios de la defensa civil gritaban y sacaban cosas, sacaban gente.

La fachada del edificio se había derrumbado. Un hombre con casco le gritaba algo, pero Leonor no podía oírlo. La tomó con fuerza del brazo y la llevó lejos. Había olor a gas, hacía calor. La depositaron en una camilla y Leonor vio un rostro de mujer, sintió una mano acariciándole la frente.

Tranquila, tranquila, dijo apartándole un mechón de pelo de la mejilla. Tú ya no estás acá.

Tuvo suerte, dijo el médico.

Leonor había dormido más de treinta horas, estaba acostada, llena de parches, en una cama del Royal Hospital, según le explicó el médico, entregándole al magullado Vicente.

Este amigo le salvó la cara y tal vez la vida.

El pobre oso había zafado con quemaduras de cuarto grado en las extremidades, y un trozo de vidrio en la barriga que a Leonor le hubiera causado serias complicaciones. Como era un oso de peluche, podía darse el lujo de que las enfermeras lo cosieran; a Leonor la hubiera desfigurado. Por lo bajo.

Las heridas de la mano son superficiales, dijo el médico, salvo un corte en la muñeca, que ya está arreglado, y otro en el cuero cabelludo que nos obligó a ponerle un par de puntos.

Le dio un frasco de pastillas. Las enfermeras del Royal Hospital, aparte de coser a Vicente, le regalaron un vestido. Lindo no era, pero en fin, peor andar desnuda. Los pasillos del Royal Hospital estaban atestados de heridos, niños con los bracitos vendados y la mirada perdida, ancianos que parecían casi muertos o de hecho lo estaban. Leonor, al menos, caminaba.

La guerra había sido primero tonta, luego relámpago. Cuadras enteras de Londres desaparecían y Francia se había rendido. ¿Qué habría pasado con sus libros, con su ropa y con las cartas de Mamenka?

Leonor caminó hacia el metro aferrando a Vicente entre sus manos vendadas. Las imágenes volvían por pedazos, el antes y el después, el ruido. ¿Cómo podía algo sonar de esa manera? ¿Cómo podía el hombre haber inventado un material capaz de reventar un edificio entero, de sacarle todo el oxígeno a un cuerpo? Leonor miraba el suelo del vagón sin entender. Con los dedos se palpaba los puntos en la cabeza. Sentía que todas las articulaciones nerviosas de su cuerpo habían sido estiradas hasta su máxima resistencia y que recién, muy de a poco, volvían a su posición normal. Eso explicaba la extrañeza que sentía al pisar, al girar el cuello, las lágrimas que le brotaban de sus ojos sin motivo aparente.

Al volver a la superficie, Chelsea ya no era el mismo barrio que Leonor recordaba. Caminó hacia Chayne Walk observando las carcasas, los escombros, la lluvia acumulada en pozones negros. Al edificio se le había caído la fachada y no se podía subir. Leonor necesitaba encontrar las cartas, recuperar direcciones, dinero, ropa, pero la policía no dejaba ni acercarse. La calle entera estaba cerrada. ¿Y Lawrence Street? ¿La señora Finch? ¿Y los pelirrojos? El policía sacudía la cabeza, nada sabía. ¿Y los estudiantes hindúes? ¿La señora del poodle? Que preguntara en el ayuntamiento, en el hospital. Había listas, teléfonos de consulta. De pronto se oyó una algarabía en los escombros. La gente aplaudía agolpada contra las barreras.

¡Qué dulzura!, exclamó una mujer.

Leonor se puso en puntillas y logró ver, por encima de las cabezas, a los hombres de la defensa civil que sostenían un cuerpo pequeño y asustado, un rostro cubierto de polvo, un par de ojos azules que parpadeaban.

Era la muchacha pelirroja.

Aferraba algo peludo, que en un principio Leonor confundió con el oso Vicente: el poodle. Fue imposible separarlos, los hombres lo intentaban, *givas de doggi swi'art*, pero la muchacha o no entendía o no daba su brazo a torcer.

Leonor corrió hacia la ambulancia aparcada algunos metros más adelante. Gritó en su mal inglés que eran vecinos, y de la cabina surgió un rostro asombrado.

¡Súbase!, dijo el chofer.

Era la misma mujer que le había apartado el mechón de pelo de la mejilla. Al reconocer a Leonor hizo un gesto de complicidad.

Supe que el oso fue el héroe de la jornada, dijo mientras conducía a toda velocidad hacia el hospital. Mi nombre es Cecilia.

Cecilia era alta, pelirroja y de cuerpo firme. Tenía ese acento inglés pituco, pero conducía una ambulancia del Royal Hospital. Según ella, le pesaba la culpa por no haber ido a España. Varias amigas y amigos lo habían hecho; muchos no habían vuelto. Ahora los fascistas atacaban a su propio país, su propia ciudad, su barrio, carajo.

La niña estaba aparentemente ilesa pero en estado de shock. Tuvieron que sedarla para que soltara al perro, que parecía más vapuleado que el propio Vicente.

Estará bien, dijo Cecilia. Vamos a tomarnos algo. Estoy sedienta.

Leonor la quedó mirando. No tenía nada que hacer ni adonde ir. El tiempo no

tenía sentido. Cecilia la llevó a un pub, pidió dos pintas, le ofreció un cigarrillo.

¿Ha visto las mariposas?, preguntó. Son unas bombas pequeñas, vienen de a diez en unos tambores que se abren en el aire. Es un espectáculo hermoso y terrible verlas desplegar sus alitas metálicas y caer lentamente, con un cuarto de kilo de TNT en la barriga. He oído que no dejan nada en un radio de veinticinco metros...

Su departamento quedaba a tres cuadras del edificio de Leonor, ¿no era increíble que nunca se hubieran visto antes? Cecilia recorría casi todo Londres en su ambulancia, a veces se acostaba a las seis de la mañana, veía el resplandor de las bombas en el East End, o en Camden. Una vez había visto las mariposas cayendo lentamente sobre Islington. A las ventanas de su departamento ya no le quedaban vidrios, sino tiras de plástico, pero tenía muebles bonitos, libros en los estantes, fotos en un escritorio donde también se acumulaban papeles y cuentas. En alguna parte conservaba una botella de cerveza, algo de pan y mermelada, una caja entera de Woodbines para fumar.

Aguantaremos, eso puedes darlo por seguro, dijo orgullosa, destapando la botella de cerveza, ofreciéndole un cigarrillo.

Leonor todavía no abría la boca. Bebía en silencio, fumaba en silencio diciendo que sí, que bueno.

Quiera Dios que estén a salvo, dijo Cecilia. Pero me temo que el edificio recibió un impacto directo.

Leonor levantó los ojos del vaso y se encontró con los de Cecilia, azules e intensos. Se miraron unos segundos y se rieron.

Aún no me has dicho tu nombre.

Leonor comenzaba a sentirse a gusto. La cerveza le había destrabado la lengua y ya no sentía la compulsión de tocarse los puntos del cuero cabelludo. Le habló de San Petersburgo, de la Revolución, del Transiberiano hasta Manchuria y de los meses en Shanghai esperando visado. Cecilia la escuchaba sin interrumpir, y Leonor se sonrojó, bajó la vista y le dijo que mentía. Jamás había estado en Rusia. Le habló de Mamenka y de Papi, de Lima y Ancón. Peruana y rusa era.

Whatever, te puedes quedar aquí el tiempo que quieras, dijo Cecilia.

Leonor iba a decir algo, pero Cecilia la hizo callar con un gesto, extendió su brazo y le apartó el mechón de pelo de la frente.

* * *

Después de un baño de tina fueron juntas a Selfridges y Cecilia le regaló un pijama y un vestido.

Hay que aprovechar, la ropa aún no ha sido racionada.

Al día siguiente, Leonor intentó regresar a su casa, pero la calle seguía acordonada. Preguntó en el hospital y en la defensa civil. Nadie sabía nada. Cecilia llegó esa tarde y le entregó una hoja de papel. Leonor la leyó y se echó a llorar. Se abrazaron y Leonor sintió un olor ácido que brotaba del cuerpo de su nueva amiga, el sudor que se acumulaba en su cuero cabelludo de tanto usar casco, de tanto conducir ambulancias.

Leonor se tocaba la cabeza y se miraba al espejo. El pelo le había vuelto a crecer y pronto deberían sacarle los puntos. Iba todos los días hasta Chayne Walk. Al cabo de dos semanas levantaron las barreras y pudo por fin acercarse al edificio. Sin fachada parecía una casa de muñecas. Los salones, los baños, lo que quedaba de las cocinas, todo era siniestramente visible desde la calle. No le hizo caso al cartel y subió por lo que quedaba de escalera. Sentía el olor de la tabiquería chamuscada y el ruido de los cascotes que rodaban y caían.

En otras circunstancias le hubiera parecido divertido pasar bajo un dintel sin puerta, como una escenografía de teatro. Lo que no había reventado en la explosión se había quemado en el incendio. Los muebles estaban hechos astillas, la mesa, coja y cubierta por un polvillo blanco, flotaba sobre una poza negra. De los libros quedaban algunos lomos, hojas sueltas. En eso había terminado la inversión de su abuelo. Pero a Leonor lo que le importaba era su cuarto, sus cosas.

Parte del techo se había desplomado sobre la cama, el velador había quedado al borde del vacío, frente a una pared que ya no existía. Milagrosamente se habían salvado tres vestidos y un par de zapatos. Estaban dentro del ropero, intactos. Las cartas de Mamenka y de Lucille se habían perdido junto con el pasaporte, el oso Vicente era su único vínculo con el pasado.

* * *

Leonor había amado antes a otras mujeres, pero platónicamente. Había amado también a un par de hombres, pero nunca había convivido con otra mujer. La guerra empujaba las cosas hasta tal punto, destruía casas y ciudades enteras, aceleraba la ruleta.

Leonor cocinaba, limpiaba, hacía la compra, lavaba la ropa. Intentaba en vano leer los libros de Cecilia, un tal Browning, una tal Virginia Woolf. Cecilia salía todas las noches, antes de que sonaran las sirenas, y regresaba de madrugada extenuada, oliendo a petróleo, a gas y a sangre. Leonor le servía el desayuno, la ayudaba a sacarse el mono y calentaba agua para que se diera un baño de tina. A través del baño oía sus quejidos. A veces lloraba, y Leonor contemplaba su casco colgando de una percha, sus botas cubiertas de barro y de polvo.

London Spirit, le llamaban. El espíritu que llevaba a los habitantes a mirar sus casas fregadas, sus calles jodidísimas, y encogerse de hombros. «Parece que tenemos un problema». El mismo que los llevaba a compartir un termo con té y preguntar con indiferencia «eso fue una bomba, ¿verdad?», como si hablaran de la lluvia.

A veces Cecilia estaba de buen humor, a veces sombría. Volvía agotada por las mañanas. Le contaba que en el trabajo había hecho amigas como Lucy, la escocesa, o Mabel, la de Brixton, chicas de barrios obreros que sabían arreglar motores, cambiar neumáticos, conducir ambulancias contra el tránsito y con personas malheridas en su interior; muchachas curtidas en recoger cuerpos o partes de cuerpos de entre los escombros humeantes.

A veces me siento como en Rusia en 1917, decía. En este país clasista ahora somos todos iguales. Es maravilloso.

Justo cuando los nervios de Leonor empezaban a flaquear, los bombardeos se desplazaron hacia otras ciudades. Tuvieron algo más de tiempo para salir y hacer vida social.

Pese a lo mucho que Cecilia hablaba de las chicas obreras, nunca se las presentó. Sus amigas más antiguas vivían en Kensington o en Bloomsbury, como Margaret Trevor-Rope, por cuyo departamento de Mecklenburgh Square pasaba la flor y nata de la literatura europea. Allí Leonor conoció a poetas franceses que también piloteaban aviones, dramaturgos checos que además eran ajedrecistas, periodistas de lengua alemana sobrevivientes de la Guerra Civil española. Cecilia presentó a Leonor como su amiga del Perú.

Enchantée, dijo Margaret, estrechando la mano de Leonor por un espacio de tiempo inusualmente largo, sin despegarle los ojos de encima.

Tendría unos cuarenta años, si no más. Llevaba el pelo negro cortado a lo *garçonne* y los ojos delineados como la actriz Louise Brooks; su nariz era larga y estilizada y sus mandíbulas angulosas, sus pechos eran mínimos y su cuerpo

parecía moldeado por un régimen deportivo. Usaba aún collares de perlas y vestidos túnica con motivos chinos, demasiado años veinte para el gusto imperante. Pero tenía el don de la palabra, una forma de mirar que desarmaba, una voz deslumbrante.

Con mi marido hemos decidido quedarnos, dijo con orgullo. Bertie Russell me ha escrito una maravillosa carta de apoyo y Maynard dice que somos unos estrafalarios, pero aun así nos adora. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Todos mis amigos del Tesoro duermen en sótanos y se las arreglan. ¿De qué me puedo quejar? Yo sólo he perdido mi vajilla, pero a la pobre Virginia las bombas le han destrozado los nervios.

Cecilia le explicaba quiénes eran Virginia, Bertie y Maynard, y Leonor abría grandazos los ojos. Más tarde, ya de regreso a casa, reconoció haber tenido un breve affaire con Margaret, algo corto, antes de la guerra. A solas se entregaba a una crítica en regla de cómo se vestía y actuaba en sociedad. Margaret se creía moderna, pero en el fondo era antigua. Le gustaban las cosas esotéricas, el tarot, el arte arcaico, los apellidos y la antigüedad anglosajona. Cecilia, en cambio, se declaraba socialista, creía más en el futuro que en el pasado. No le interesaban los vestidos ni los cortes de pelo, jamás en su vida había hecho deporte. Usaba pantalón y no se depilaba las axilas, sus caderas y sus pechos eran robustos y no los ocultaba. Los bombardeos eran ya más esporádicos, pero sus ojeras no paraban de crecer. A veces interrumpía sus frases en la mitad, se quedaba mirando el vacío, le daba una larga calada al cigarrillo y luego se echaba a reír. A pesar del sufrimiento colectivo y de lo que veía todas las noches durante los bombardeos, decía sentirse feliz, como si estuviera en Rusia en 1917 o en España en 1936. Es la hora del pueblo, decía, la hora de la igualdad.

* * *

Una tarde, en un café de Oxford Street, Leonor se encontró de frente con los ojos pardos y la mandíbula angulosa de una mujer. Al principio no la reconoció. Tenía un foulard rojo y un sombrero de rafia.

¿Qué ha sido de nuestra Pasionaria?, preguntó Margaret.

Cecilia estaba en hospital, puro *London Spirit*, y Leonor mataba el tiempo antes de regresar por el abasto. Margaret insistió en pagar la cuenta y que siguieran la conversación en su departamento.

Todavía me queda algo de Lapsang Souchong, dijo. Y una botella de

Napoleón...

Febrero del 41, el cielo estaba encapotado y había dos posibilidades: que lloviera o que cayeran bombas. Si Cecilia llegaba temprano y Leonor no estaba, se preocuparía... No era cosa de llamar por teléfono, las líneas estaban malogradas y el tráfico se atascaba con tanta escombros. Pero Margaret hizo caso omiso de sus protestas y paró un taxi.

Su departamento de Mecklenburgh Square se había salvado de las bombas, sólo había perdido algunos vidrios y una parte de su vajilla de porcelana. En cambio, la pobre Virginia...

Tiene los nervios hechos añicos, dijo con voz grave, como si Leonor la conociera.

Margaret era pituca como Cecilia, pero no conducía ambulancias. No sentía culpa por España ni le interesaba Rusia. Su marido trabajaba en el Ministerio de Información, pasaba el día entero sumido en asuntos de Estado y a veces incluso dormía allí. No tenían hijos y Margaret pintaba, leía, tenía una enorme biblioteca y una jugosa colección de ídolos rústicos, figurillas de plata celtas, anillos de la antigua Dalmacia. Su obsesión eran las figuras femeninas, las rebosantes estatuillas neolíticas de la Madre Primigenia. También se consideraba una pintora moderna, aunque no modernista. Le mostró su estudio, sus cuadros y sus bosquejos de mujeres desnudas con los cráneos y los miembros alargados, neolíticos.

La Luftwaffe le tenía simpatía. La bomba caída justo al frente había pulverizado a una familia completa, destrozándole los nervios a la pobre Virginia, pero a Margaret sólo le había pulverizado la vajilla. Desde su ventana había visto varias veces a Virginia contemplar el estropicio de Mecklenburgh Square, el socavón donde tres personas habían muerto. Había visto a los muchachos sacando libros, cajas, el trabajo literario de años. ¿Había tenido la oportunidad de leer algo de Virginia? Leonor sacudió la cabeza.

Imperdonable, dijo Margaret, cogiendo un libro.

Leonor no le dijo que Cecilia también tenía libros de Virginia, ni admitió lo mucho que le costaba leerlos. Margaret, que se consideraba pintora le propuso que posara para ella.

No se preocupe, dijo, haciendo tintinear su cuchara contra la taza de porcelana. Conozco a la Pasionaria. «Íntimamente». Ella entenderá...

¿Entendería Cecilia? Gracias, pero no, *thanks*, se había hecho tarde, no podía llegar con las manos vacías, sin pasar por el abasto. Margaret la cogió del brazo,

tranquilizadora, llamó a un valet y le ordenó preparar un cesto con queso, mantequilla, latas de carne y de frijoles. Hasta una botella de oporto agregó.

El taxi espera en la puerta, anunció el valet.

Margaret insistió en lo de la pintura y Leonor dijo que lo pensaría, se lo diría a Cecilia. Posar para una artista moderna, pero no modernista, no podría enfadarla. ¿Verdad que no?

En su cabeza bullían sensaciones encontradas. Subió los cuatro pisos dando zancadas y sacó la llave. Cecilia ya había llegado. Se había dado un baño y tenía el cabello mojado.

¿Dónde estuviste?, preguntó como distraída, secándose con una toalla.

Ya no caían tantas bombas sobre Londres, pero los turnos eran largos y Cecilia los pasaba conversando con sus amigas, las chicas duras de los barrios obreros.

Leonor le contó su encuentro con Margaret, lo que eran las casualidades.

No me digas, ¿y cómo estaba?

Margaret era tan años veinte. Todavía usaba muselinas rojas y *pongés* de seda adornados con flores. ¿No era increíble? Pero había sido tan generosa al ordenarle al valet que preparara un cesto con queso, mantequilla, latas de carne y de frijoles. Además, le había prestado a Leonor un libro de Virginia para que puliera su acento.

Cecilia observó la tapa del libro. Hizo un gesto, fingió que no le importaba. Leonor supo que por dentro ardía de rabia.

* * *

Llegó la primavera y, el 28 de marzo, Virginia desapareció. Tres semanas más tarde su cuerpo fue encontrado en el río Ouse.

Cecilia no lloraba recogiendo cuerpos, fumaba como un marinero, tosía como un soldado viejo. Pero la muerte de Virginia la hizo llorar como una niña. Lloraba sin parar y Leonor sentía el olor ácido de su cuello, el suave cojín de sus pechos.

El 10 de mayo volvieron los aviones. El museo, la sinagoga, Westminster y Old Bailey recibieron lo suyo. Las ambulancias trabajaron toda la noche y Cecilia volvió con el casco abollado. Fue el último bombardeo de la temporada.

La BBC dio por ganada la batalla. Había llegado la primavera y, con Cecilia, aprovechaban las tardes para recorrer los parques, contemplar los olmos que ya

floreaban en Hyde Park, las flores que se volvían a abrir en Regent, o en Saint James, y olvidarse de la ciudad destruida que tenían detrás. Miles de londinenses hacían lo mismo. Echaban una manta sobre el césped, sacaban las cervezas y las colaciones, y merendaban haciendo caso omiso de los agujeros que habían dejado las bombas.

Se divertían mirando chicas que se alisaban la falda, soldados que encendían un Woodbine, sacaban una petaca de licor y daban un primer trago para envalentonarse. Detrás de los árboles las parejas se retorcían en largos abrazos. A veces a Cecilia la estimulaban estas muestras de cariño en lugares públicos. Leonor rechazaba sus avances; que no fuera cojuda, le decía sonrojándose.

Da pena pensar en los que van a morir... decía Cecilia observando a los soldados. Los que volverán mutilados, cojos o locos... ¿Sabías que la mayoría vuelven sordos como tapias? Tengo un amigo enfermero que me lo ha contado... Cómo vuelven los soldados con fatiga de guerra... De tanto escuchar obuses el sistema nervioso se les funde, tienen pesadillas, se despiertan llorando. A los que vuelven nunca los verás peor en los noticiarios. Me refiero a los mutilados, a los que llegan sin nariz, sin brazo, sin pene, con la piel como una salchicha chamuscada... A esos se los llevan a unos hospitales secretos en Escocia...

¿Sabía Cecilia que Margaret le decía la Pasionaria?

Claro, dijo Cecilia, dando una larga calada al cigarrillo. Y yo le digo *Orlando*.

* * *

Leonor los reconocía por las banderitas. Pilotos, marineros, soldados ingleses, escoceses, australianos o neozelandeses, soldados franchutes o polacos, todos los matices del rubio, el trigueño y el pelirrojo.

Había soldados lindos también, solitos por ahí con caritas de pena, y Leonor pensaba en sus mamenkas, en sus sisters y en sus nanas. Había soldados canadienses que parecían peruanos, morenos, morochos, casi cholos, sólo que hablaban el inglés como los norteamericanos y andaban todos juntos, en grupos de cinco o seis. Y había también soldados que parecían novios, juntos y risueños, y con Cecilia se los imaginaban tomados de la mano o bailando swing, escondidos del resto.

A mediodía los soldados eran simpáticos, caballeros, pero de noche y con trago se envalentonaban, machitos se ponían, se trompeaban y podían decirte

cosas.

Lo único realmente bueno de Londres eran los cines. Todas las semanas llegaban películas nuevas y Leonor, en la oscuridad, repetía las frases de las estrellas. Intentaba imitar el acento gringo de Bette Davis cuando se ponía brava, el acento alemán de Hedy Lamarr, que se parecía a Mamenka, o el acento inglés de Vivien Leigh, que era la más linda de todas.

En la sala llena de soldados el humo de los cigarrillos subía hacia el techo. Había soldados con uniformes pardos y uniformes azules, soldados en grupo y soldados solos con sus novias. El olor a soldado lo impregnaba todo. A Leonor no le interesaba la idea de acostarse con un soldado. Lo que quería, a esas alturas de la guerra, era *ser* un soldado.

* * *

Cuando cesaron los bombardeos comenzó la crisis. Pasaban más tiempo juntas y Cecilia se aburría, decía echar de menos la acción. Leonor no lo podía comprender. ¿Tanto añoraba a las chicas rudas que arreglaban motores? ¿Por qué no le presentaba a Lucy, la escocesa, a Mabel, la de Brixton? Cecilia no le respondía y su silencio la irritaba, le provocaba berrinches y Leonor establecía en su mitad de la cama un frente más infranqueable que la Línea Maginot.

Más encima, Margaret se las arreglaba para venir cuando Cecilia no estaba. La invitaba al cine o al teatro. Su principal virtud era hacerla reír.

Esta guerra me está volviendo democrática, decía. Nosotros por lo menos hemos leído a Shakespeare y hemos estado en Italia, pero el pueblo sólo conoce el pescado frito, y encaja las bombas con una entereza que le hace llorar a una.

El marido de Margaret tenía reuniones frecuentes fuera de Londres. Al jefe lo llamaba afectuosamente «Winston».

Cecil casi no duerme, dijo Margaret, acariciando la superficie de la foto. Winston lo llama los domingos o los lunes de madrugada. Nunca me deja siquiera acercarme a su caja fuerte, donde guarda sus documentos confidenciales. Se suponía que esas cosas no había que decirlas, pero Leonor no tenía cara de espía. ¿Cierto que no?

Margaret le mostraba su colección de fotografías obscenas, y Leonor se cagaba de risa con aquellas muchachas de piel muy blanca y caritas angelicales, dándose nalgadas con un látigo.

Se parece usted a ésta, dijo Margaret con languidez, estirada como una

culebra sobre la chaise-longue.

Conmovedora insistencia la suya en que Leonor posara para ella. En que «leyera». Le hará bien para mejorar su inglés, decía pasándole de a tres o cuatro libros a la vez.

A veces Cecilia se enteraba de aquellos encuentros, tenía un olfato muy aguzado y podía detectar un perfume ajeno a metros de distancia. Casi siempre terminaba en una escena de celos.

Margaret sólo obedece la ley del deseo, decía secándose las lágrimas. Y sólo entiende las relaciones como control.

A Leonor estas escenas la llenaban de preguntas incómodas. ¿La controlaba Cecilia? ¿La controlaría Margaret si posaba para ella, o sería ella, Leonor, la controladora? El cuadro se llamó *La lectora*. En él Leonor aparecía desnuda y leyendo sobre la chaise-longue. Margaret pintó sus labios entreabiertos, su expresión concentrada, su pecho blanco alzado contra las tapas del libro.

¿Quién es usted «realmente»?

Una princesa rusa, pues.

Posar para una artista moderna, pero no modernista, era muy bonito, pero Leonor lo que necesitaba era un trabajo de verdad. Leonor no era una chica ruda que supiera conducir ambulancias y arreglar motores, no era una chica común que supiera hacer curaciones, ni repartir cartas, ni entretener niños. Quería ser soldado y aportar su granito de arena para derrotar al fascismo.

Yo me encargaré de eso, dijo Margaret, dejando a un lado el pincel.

* * *

Egipto resistía, la Marina le sacaba la mugre a Mussolini y Margaret invitaba a Leonor y a Cecilia a cenar con invitados selectos. Su casa parecía un salón antiguo y moderno a la vez, un salón de guerra por donde se paseaban los talentos del teatro, la radio y el cine. Hombres y mujeres apuestos, que cumplían algún rol en la propaganda, como escribir libretos, leer parlamentos, diseñar frases y carteles que llamaban a la discreción, al ahorro y al buen humor.

A Cecilia no le entusiasmaba ir a las veladas de Margaret. Estaba cansada, prefería quedarse en casa y cocinar algo. Leonor había pasado demasiado tiempo sola durante los bombardeos, ahora pasaba demasiado tiempo con Cecilia y discutían cada vez más a menudo. Terminaba yendo sola donde Margaret y, de regreso, Cecilia la esperaba durmiendo, su lado de la cama infranqueable.

¿Quiénes estaban?, preguntaba al día siguiente, durante el desayuno. ¿Con quién hablaste? ¿Bebiste mucho? ¿Te emborrachaste?

Leonor se restregaba los ojos, mucho martini, muchos bocadillos, le contaba, y Cecilia escuchaba en silencio. Por dentro ardía.

¿Qué es lo que tanto te gusta?, preguntaba fastidiada.

El teatro, pues. Actuar. En cada velada Leonor contaba una historia distinta. A los más crédulos les contaba lo de la princesa rusa, la hija del funcionario petersburgués, el hermano en la Guardia Imperial; a otros, que era hija del presidente del Perú.

Una noche la abordó un joven buenmozo con el cabello un poco más largo, un poco más desordenado que lo normal. Margaret se lo había presentado como Robert McManus.

Leonor le contó que Papi era militar, que había gobernado como dictador, pero ella no estaba de acuerdo con sus ideas. No pues, era democrática. Ocho añitos tenía cuando estalló la huelga y la servidumbre comenzó a hacer las maletas. Apenas unas cuantas muñecas alcanzó a reunir, unas pocas revistas, algo de ropa, y abordó el avión con Papi, Mami y sus tres hermanitos rumbo al exilio en Chile. Un dictador había sido, qué pena tan grande.

Notable, dijo Robert McManus en español y con acento argentino. En mi vida había oído algo semejante... El último gobernante de facto del Perú, dígame si me equivoco, fue el general Sánchez Cerro, pero tengo entendido que fue un militar nacionalista y mestizo, lo que en su país se llama un «cholo», o lo que en la Argentina llamaríamos un «negro». Y usted... Vamos, esos ojos... ¡Qué mina! ¿Me habrá tomado por un boludo?, digo yo. Y me respondo enseguida que no, que es un talentazo actoral sin explotar. Robert, me digo, sos el bacán, estás delante de un diamante en bruto para las tablas o para el mundo en que vos laburás.

Margaret observaba la escena desde el otro extremo del salón. Robert McManus sacó una tarjeta de la billetera y se la entregó.

Tenemos que currar. Donde manya uno pueden manyar dos.

Leonor observó la tarjeta. Las letras de su nombre estaban en relieve.

ROBERT L. McMANUS
SPANISH LANGUAGE PRODUCER
BBC
BUSH HOUSE

Cuando Robert McManus la invitó a cenar, a fines de mayo de 1941, lo primero que Leonor pensó fue: ¿qué me pongo? Fue justo antes de que racionaran el vestuario. Eligió el vestido azul de viscosa rue de la Paix, uno de los tres que se habían salvado indemnes del bombardeo del 29 de diciembre, y un sombrerito de astracán inclinado sobre la frente. Se repasó los labios y se sentó a esperar.

¿Y qué tal, Leonor?, preguntó Robert McManus durante el trayecto en taxi. Yo, cansado de ser feliz. *Happy as a pig*. Reservé una mesa en El cazador de Auvernia, uno de los restaurantes preferidos de los gabachos libres.

¿Qué sería de Francia sin la libertad? Leonor recordó los viejos tiempos, los tiempos de la guerra tonta y del día en que Francia se fregó.

Ahí están los gabachos. Haciéndose los boludos. Todavía no saben siquiera quién los gobierna. Es un *bloody* avispero eso.

El restaurante quedaba en el West End, y estaba lleno de hombres con y sin uniforme. McManus saludaba, *bonsoir, bonsoir...* y se los presentaba tan rápido que Leonor apenas alcanzaba a recordar nombres y oficios: la fotógrafa de *Life*, el periodista de la CBS y el dramaturgo checo, la flor y nata de la libertad.

Aquí se decide el futuro de Francia. Ese es Boris, Georges Boris, jefe de gabinete de Léon Blum, decía Robert McManus en voz baja, en tono conspirativo, inclinado sobre la mesa. Y aquel otro Henri Hauck, socialista y asesor nuestro. Los reyes de la macana. Uno ni sabe cuántos son ñoquis y cuántos de verdad.

Leonor asentía y los miraba decidir el futuro de Francia, y Robert McManus le hacía el breve resumen de su historia: un anglo-argentino de cepa.

Daddy era banquero, pasé mi infancia en Hurlingham. *Lovely, lovely...* En mi hogar se hablaba inglés y en la calle aprendí el lunfardo. A los doce años me mandaron internado cerca de Bristol. Era pésimo para el rugby. Volví a la Argentina y a la Carlos Pellegrini, pero me boté a chanta y mi padre decidió mandarme a Cambridge. Fue su peor error.

A los veintiocho años, Robert McManus tenía una responsabilidad enorme: ganar la guerra de la información.

Puede que ahora nos veamos atorrantes, dijo él. Pero vamos a ganar esta guerra. ¿Y sabe por qué?

¿Por tener la «razón»? ¿Por no ser «tan malos»? ¿Por ser unos *gentlemen*? Robert McManus sacudió la cabeza. Miró hacia los lados, volvió a encender un cigarrillo, puso cara de malo.

Porque somos mejores para la chicana. Porque tenemos más guita y una mejor barra. Porque somos, básicamente, una nación de *bloody fuckin' piratas*. Y, *last but not least*, porque sabemos más del *showbusiness*.

Leonor se echó a reír, pero Robert McManus hablaba en serio. ¿Sabía que en España la BBC tenía más auditores que Goebbels? ¿Que en Francia eran más populares que radio Vichy?

Admito que lo de Nuremberg estuvo bien hecho, dijo McManus. *Magnificent*, pero se han quedado ahí, en esa grandiosidad wagneriana, en las melodías bávaras. No vamos a comparar con un buen swing, ¿no?

Programas noticiosos con más credibilidad, más amenos, más ágiles, menos afectados, continuaba McManus entusiasmado. En veintiséis idiomas distintos. Mejor barra y más guita, más muñeca para soltar la guasca. No vamos a comparar. Robert McManus tenía una gran responsabilidad, una responsabilidad específica en la guerra de la información: ganar en Sudamérica. Arrasar. No escatimaba elogios para el talento histriónico de Leonor.

Lo de la hija del presidente me hizo pensar: Robert, sos el elegido, el *lucky bastard*, mirá cómo el talento llega a ti sin que te muevas del escritorio, chabón.

Siempre había querido ser actriz, admitió Leonor, sonrojándose, pero en el Perú esa era una profesión de bataclana. Ni a los viejos demócratas como su abuelo les gustaba. Maestra o enfermera tenía que ser, pero a ella las vísceras y los niños la enfermaban. Y ahora se necesitaban mujeres para la guerra de la información.

Comenzará en el servicio para España, dijo Robert McManus, sonriendo a través de una cortina de humo. No se preocupe por el acento, será un buen entrenamiento.

El maître destapó la botella de champaña y tomó el pedido. Confit de pato, cómo no, los dos, con papas salteadas en mantequilla, y un Côte du Rhône del 38 para chuparse los dedos, que McManus eligió sin fijarse en gastos.

Cheers!

Leonor lo miraba turulata: ¿dónde tenía que firmar?

* * *

Debió pasar algunas entrevistas tediosas en oficinas oscuras, firmar papeles, sacarse fotos, pedir un nuevo pasaporte en el consulado peruano. Le hicieron preguntas personales y biográficas, tantas que llegó a marearse. Que qué pensaba de los nazis y ese tipo de cosas. A ella todos los nazis le parecían feos. Que qué podía motivar a una ciudadana peruana a permanecer en Londres. Derrotar al fascismo, pues. ¿Qué más necesitaban saber?

Le costó acostumbrarse al ritmo de trabajo. No podía ir vestida igual todas las noches, y para colmo ahora el vestuario estaba racionado. Toda la ropa se vendía bajo la misma marca CC41, «Vestimentas civiles 1941». Sólo se podía comprar con libreta, sacando cupones de margarina. Había sesenta y seis para todo el año, y Leonor se los gastó en menos de un mes. Después debió recurrir al mercado negro, sobre todo por las medias y los zapatos, que apenas duraban con todo lo que debía caminar.

Salía del departamento a las siete y media de la tarde. Casi siempre llovía. A la hora en que todos los londinenses volvían del trabajo, ella recién iba sorteando paraguas en las esquinas, evitando los charcos para que no se le malograrán aquellos horribles zapatos con suela de madera o corcho.

Bush House era un edificio grandote, de varios pisos, con el techo lleno de antenas y un gran portón de madera con aldabas de metal y sacos de arena. El soldado de guardia revisaba su credencial y su pasaporte, la miraba muy serio y la dejaba entrar. Tomaba el ascensor hasta el cuarto piso, atravesaba pasillos iluminados por bombonas amarillas, saturados con el tableteo de las máquinas de escribir y el zumbido de las radios. Saludaba a los locutores y libretistas de las otras emisiones y llegaba a la oficina del servicio español.

Elizabeth, la secretaria, siempre con cara de tranca, le entregaba el libreto. La pobre mujer parecía haber tenido sus últimas relaciones sexuales antes de la Primera Guerra, y respondía al saludo cordial de Leonor con una brevísima inclinación de mentón. En la puerta del estudio la ampolleta estaba encendida: el programa ya estaba al aire. Un cuarto para las nueve la luz se apagaba y del estudio salía, con un cigarrillo en la mano, Rubén Valle.

¡Niña!, saludaba, españolazo.

Era el locutor oficial, un hombre fogueado en la Guerra Civil española. ¿Y

cómo está la reina del Rímac?, preguntaba. Qué vestido tan hermoso. El único sol en este edificio lúgubre, joder.

Rubén Valle terminaba el cigarrillo y regresaban juntos al estudio. Terry, el operador, saludaba desde su cubículo, ajustaba botones y perillas, cambiaba el disco de la tornamesa, mientras Leonor y Rubén Valle se acercaban a sus micrófonos.

¿Lista?, preguntaba.

Leonor se aclaraba la garganta. El estudio olía a linóleo y cera. Terminada la cortina musical, Terry oprimía un botón y el letrero se volvía a encender: ON THE AIR.

Se oían las campanadas del Big Ben. Rubén Valle se acercaba al micrófono, su arma de combate, y saludaba, españolazo.

/.../ Londres, veintitrés de junio de mil novecientos cuarenta y uno /.../ damas y caballeros /.../ buenas noches /.../ este es el servicio en español de la BBC /.../

Su voz sonaba urgente, crítica, inapelable. Una voz de guerra.

/.../ El mundo ha reaccionado con firmeza a la agresión de Hitler contra la Unión Soviética/.../ el primer ministro Churchill ofrece todo el apoyo de la comunidad de naciones /.../

Duraba una hora el programa. Tono radial, españolazo, con efectos de sonido.

/.../ En Washington el secretario de Estado Cordell Hull afirmó esta mañana que se hará cumplir el plazo para que todo el personal de los consulados alemanes e italianos abandone el país /.../

Una noticia la leía Rubén Valle y la otra ella. A veces se equivocaba y Rubén Valle, españolazo, la apoyaba; tranquila, no pasa nada, porque la democracia estaba ganando por lejos.

Para darle realismo a cada nota, Terry adjuntaba unas grabaciones de combates, los truenos de la artillería pesada, el matraqueo de las ametralladoras, las orugas de los tanques sobre el desierto sirio.

/.../ En la ofensiva participan tropas inglesas, australianas y neozelandesas /.../
apoyadas por hombres de la Francia libre /.../

Si Papi la oyera. Si Mamenka la oyera. Largas noches de verano precedidas por tardes húmedas. Lluvias de verano con truenos y relámpagos. Una noticia buena y otra mala. Caía Minsk, pero también Damasco; Siria y el Líbano eran ahora libres, carajo.

Jamás pronuncie una grosería en las instalaciones de la BBC, le advirtió Robert McManus el primer día. Nunca se sabe cuándo hay un micrófono abierto...

Porque una lisura podía tener un efecto devastador sobre la moral. Y Leonor repetía, prometía: jamás de los jamases. Su voz no sólo salía de la antena y viajaba por el plasma atmosférico a miles de kilómetros por segundo, hacia los hogares de toda España que sintonizaban con la libertad. Quedaba grabada además en la Marconi Stiller, un armatoste eléctrico con dos rodillos de alambre que giraban.

Es una máquina excelente, mucho mejor que las antiguas Blattners, decía Terry con orgullo. Usa una cinta metálica de tungsteno que se magnetiza al pasar entre los imanes del cabezal. El motor eléctrico permite grabar casi media hora. Para que tenga una idea, cada carrete cuesta veintiuna libras...

Terry apretó un botón y los rodillos se pusieron en movimiento. La voz de Leonor salió, metálica y apremiante, por un pequeño parlante junto al tablero.

/.../ Nueva provocación alemana contra Brasil /.../

Qué sería de nosotros sin el tungsteno, decía Terry. Todas las ampollitas, todos los tubos de vacío de los aparatos, toda la luz que pasa por Londres. Amo el tungsteno.

Leonor se quedaba en el estudio hasta pasadas las diez y luego, con Rubén Valle y los colegas de las otras emisiones, se pasaban al pub a tomar un trago. Aparte de los técnicos como Terry, el resto eran escritores, poetas, periodistas franceses o checos, polacos o rumanos. Rubén Valle era el mayor de todos, el más veterano. Había estado en los bombardeos de Madrid, en los bombardeos de Barcelona y ahora en los de Londres. Tenía más experiencia en refugios que cualquiera.

Ahora, con Rusia en la guerra, la balanza se inclinará a nuestro favor, decía. Acordaos de Napoleón.

En efecto, los comunistas ya no se andarían tan piolas, corroboraba Robert McManus. Ahora comenzarían a guapear. Se venía además una guerra en serio por la radio. No podía darles detalles, ya verían.

Una semana más tarde debutó la Campaña V, algo nunca visto. Comenzaba con tres acordes violentos. ¡Ta-tataaan!

Tres puntos y una línea, dijo Robert McManus, dibujando sobre la parte trasera de un boleto de metro. ¡Brillante!

La letra V en Morse. La Quinta Sinfonía de Beethoven.

/.../ La noche es vuestra amiga /.../ la V es vuestro signo /.../

Se grabó en todos los idiomas europeos, en francés, checo, polaco, serbio y croata. Sólo dos idiomas quedaron fuera del llamado a la subversión democrática europea: el español y el portugués.

No me sorprende, dijo sin pena Rubén Valle, españolazo.

La emisión española era seria, informativa. A Franco no lo tocaban; a Serrano Súñer lo criticaban, pero no mucho, y a Juan de Borbón lo respetaban. Era por lo de Gibraltar, decía Rubén Valle, por no empujar a España hacia el Eje y fregarlo todo en África. Un equilibrio precario.

Desde la ventana del departamento, Leonor y Cecilia contemplaban los atardeceres, los socavones como heridas negras entre los techos de Londres. A veces el cielo se cargaba de siluetas negras, que no eran bombarderos, sino bandadas de gansos migratorios de regreso a Escandinavia. En vez de bombas llevaban huevos. Grandes bandadas en forma de V.

* * *

Las rutinas se habían alterado. Ahora Leonor trabajaba de noche y dormía hasta más tarde. Ya no iba a las *soirées* de Margaret, pero Cecilia seguía intranquila. Le preguntaba por Bush House, por los dramaturgos checos, los periodistas franceses. Había demasiada masculinidad allí, ¿no? Y Leonor negaba con la cabeza; claro que no, secretarias había también, aunque casi todas feas, chismosas. No como sus amigas trabajadoras, la escocesa, la de Brixton, tan abnegadas ellas. ¿Hasta cuándo se las guardaba? ¿Acaso no la creía lo suficientemente democrática?

Discutían y había noches que terminaban sacando toda su artillería y

formando frentes infranqueables. Después se reconciliaban, iban a Hamstead Heath o al cine, y lloraban juntas.

Las oficinas de Bush House eran como pequeñas embajadas. No sólo se notaba en los idiomas y en los acentos; también por los olores, los tabacos, los tufos corporales, por los banderines y recortes de periódicos. McManus estimulaba a Leonor a que se hiciera la extraviada, la extranjera tonta que no encontraba el ascensor. No muy seguido para que no desconfiaran. Debía contarle todo lo que veía y oía.

El edificio era también un mercado negro. Locutores, periodistas y libretistas, todos tenían algo que vender. Las ofertas circulaban de boca en boca, en papelitos doblados y pasados de mano en mano. Se vendían libros y botellas de vino, cigarrillos y medicamentos para el sueño, para no quedarse dormido y mantener la atención a cada línea de libreto. Había una pastilla que calmaba los nervios, otra que estimulaba la memoria. Se las pasaban envueltas en papel, dentro de las cajetillas, como talismanes de la buena suerte.

Las fiestas nacionales eran en dos versiones, una diurna y otra nocturna, en original y subtitulada. A la entrada de Bush House colgaban tiras de banderitas, se emitían homenajes, programas de música autóctona, el primer ministro grababa un saludo con la V de la Victoria.

De noche se festejaba en algún departamento, casona o mansión de las afueras, donde los gobiernos en el exilio tenían sus cuarteles generales. Verdaderas fiestotas eran, con tocadiscos y música en vivo. ¿Cómo olvidar aquel 14 julio de 1941 en el palacete de Carlton Gardens?

La invitación era en francés y Leonor la recibió en Bush House. Venía con nombre y apellido y un teléfono RSVP. En el borde superior había dos banderitas tricolores, en el centro la cruz de Lorena, la flor y nata de la libertad.

Esa noche Leonor eligió el vestido de tafetán celeste, regalo de Cecilia, el mejor de todos.

Te ves magnífica, dijo en voz baja, casi reprochándoselo.

Eso le pasaba a Cecilia por egoísta, por no presentar a sus amigas, por no creerla lo suficientemente democrática. Leonor contribuía a la lucha contra el fascismo y a la economía doméstica, que se fregara pues.

* * *

Robert McManus ya estaba zampado cuando la pasó a buscar.

Fíjese en las expresiones. Haga «amigos».

Había decenas de carros circulando en torno al palacete de Carlton Gardens, aparcando brevemente para que bajaran los invitados. Policías de tránsito hacían sonar silbatos, guardias armados chequeaban rostros y nombres en una lista. Robert McManus ya no parecía zampado. Una sorda batalla se venía librando hacía mucho tiempo por las líneas editoriales, explicaba. ¿Quién la ganaría? Radio Londres había sido conservadora y católica, «Patria y Honor», nada de sentimiento republicano. Pero ahora, con la invasión a la Unión Soviética, estaba todo dado para que la izquierda sacara la voz, ya verían.

Hay que barajar los símbolos gabachos, dijo en voz baja. Juana de Arco y la *bloody* Marsellesa, soltarle la chirola al obrero, al burgués y al intelectual.

¿Qué tenía que ver Robert McManus con el futuro de Francia y con la izquierda? ¿Lo suyo no era el servicio en español? McManus no le respondió, la invitó a pasar al gran salón iluminado por arañas de cristal donde se reunía la Francia libre, los masones, los socialistas, los jesuitas, el avispero en pleno. Robert McManus se los presentaba, y Leonor observaba las expresiones sin saber quién era socialista y quién jesuita, mientras las copas tintineaban y las columnas de humo subían hacia el techo, espesas volutas de tabaco gabacho traído de contrabando.

Fíjese en lo que dicen acerca de la Campaña V, dijo McManus, dejándola sola.

Leonor se encontró con varios conocidos de Bush House. Se fijaba en las expresiones y en cómo hablaban de Siria y de la Unión Soviética y de la Campaña V. En efecto, todo había cambiado, decían. La marea comenzaba a ir en otra dirección. ¿Y de la Campaña V qué pensaban? Prematura, oportuna, electrizante, no había una sola opinión.

En ese momento se produjo una conmoción. Alguien había entrado al salón y Leonor se irguió sobre sus tacos de corcho para ver. Era el famoso actor Jean Gabin, el galán comprometido, el héroe del realismo poético, acompañado de unos oficiales apuestos que se carcajaban como viejos amigotes, todos fumando Gauloises.

¿No es macanudo?, dijo McManus, reapareciendo como un fantasma en su campo visual.

Una pena, pero el general no estaría en aquel 14 de julio. Andaba de gira por las colonias prometiendo teca que no tenía. Por lo que sabía Robert McManus, no le estaba yendo muy bien. Jean Gabin era su representante esa noche.

La gran ilusión es mi película favorita, dijo. Qué pena que su carrera en Hollywood no marche bien. ¿Será por culpa de tanto pirobar con Marlene Dietrich? ¿Usted qué piensa?

Vaya, pues, ¿cómo saberlo? Robusto entró Jean Gabin en el salón, de traje impecable, un héroe de la pantalla y de la libertad. Las pocas mujeres presentes lo rodeaban ya, lo saludaban y le parpadeaban recordando sus grandes papeles de truhán, desertor y amante peligroso.

¿Quiere conocerlo?

Jean Gabin era chistosón, su voz era pícara, francesa como el pernod. Abrió los ojos al estrechar la mano de Leonor. Unos ojos claros, pícaros. ¿Se conocían? ¿De algún estreno tal vez? ¿Sería en el Odéon o en el Gaumont? No tenía por qué acordarse, había tantas muchachas hermosas.

¡Pero claro que sí!, exclamó Gabin, pegándose una palmada en la frente, encontrando un punto hipotético en su memoria. Usted es la hija de Olga.

Como una bofetada fue oír el nombre de Mamenka en boca de Jean Gabin. Leonor soltó su mano y el salón desapareció. Sólo estaban ella, el actor y Robert McManus, repitiéndole al oído con su acento argentino:

La hija de Olga.

El maestro de ceremonias pidió silencio. Gabin se acercó a un micrófono y comenzó a hablar de Francia, de la libertad.

Compatriotas, no puedo decirles que el día de la gloria haya llegado (risas). Para eso falta aún, y mucho (toses). Pero la marea está cambiando de dirección. Hitler ha decidido apostar todas sus fichas, todas sus divisiones contra la Unión Soviética, sembrando terror y destrucción. Pero la tragedia del pueblo soviético tiene su lado bueno: las últimas compuertas que frenaban la unidad de los demócratas se han abierto.

No volaba una mosca. Los ojos de Jean Gabin se desplazaban por el salón, azules y fulminantes. Nadie escapaba al embrujo de su francés campechano.

Nuestras acciones militares en el levante han agregado a la Francia libre dos colonias clave. En Yugoslavia, los partisanos hostigan al ocupante; en Grecia y en Albania, también. Y Noruega, ¿qué me decís de Noruega, compatriotas? Por toda Europa corre el signo de la V, la señal de los hombres libres.

Todos aplaudieron. Todos cantaron la Marsellesa, tiesos como estacas, a voz en cuello. Leonor lloró por Papi, por la señora y el señor Finch, por Mamenka, cuyo sentimiento democrático era más que dudoso. El ambiente de total patriotismo se distendió terminado el himno y se volvió a encender con otra

ronda de champagne finísimo. Robert McManus le pasó un pañuelo y una cajita de metal. Me lo han enviado unos amigos de su país, dijo con los labios humedecidos.

Leonor preguntó por el baño para damas. El valet le indicó una puerta. Del otro lado se extendía un frío pasillo iluminado por apliques. Debía de ser al final, a juzgar por el par de mujeres que venían en sentido contrario, risueñas como loras después de empolvase la nariz. Cerró con llave, se arregló el maquillaje malogrado por el lagrimeo. En la cajita metálica de Robert McManus había un polvillo blanco, finísimo.

Al salir de la toilette sintió que el pasillo se alargaba, que todo encajaba en una fracción de segundo de total comprensión. El abogado, Cecilia y Margaret, Bush House incluso. Se detuvo delante de una puerta entreabierta, que daba a un pequeño salón. Desde adentro se oía la voz de Jean Gabin, pero en inglés.

Acepto la crítica...

Estuvo usted magnífico.

Leonor sintió que su corazón latía casi como en los bombardeos. Aparte de Jean Gabin había seis personas sentadas en mullidos sillones, bebiendo y fumando.

Bienvenida a la Casa de Electra, dijo alguien, y a Leonor no le quedó otra alternativa que entrar.

* * *

¿Qué hacía Margaret allí, observándola con una sonrisa casi maternal? ¿Qué hacía el dramaturgo checo? ¿Quién era el hombre con el terno a rayas? Llevaba una rosa en el ojal y sostenía un habano con una mano enguantada; sus ojos eran dos brasas azules, las mismas que Leonor había visto en el salón hacía apenas algunos minutos.

Por fin tenemos la oportunidad de conocernos, dijo con una voz que parecía una suma de todos sus miedos, aguda y cínica. Me han hablado mucho de usted, pero ningún halago es suficiente.

Y lord Palmer es un hombre de pocos halagos, dijo Margaret.

Inquietante era ver a esa gente observándola como profesores de una comisión examinadora, atentos a cada una de sus reacciones. Parecían esperar a que abriera la boca o hiciera el más mínimo gesto de debilidad para arrojársele encima.

Como toda ciudad en guerra, Londres es una red de información, dijo lord Palmer. La red tiene oídos, bocas y ojos en todas partes. Es imposible que algún residente no figure en algún fichero. En su caso, las entradas concitaron un interés inmediato. Peruana, de madre rusa, residente en París. Bien dotada física y, he de reconocerlo, intelectualmente.

De pronto Leonor sintió deseos de echarse a reír y no pudo ocultarlo. Su única defensa contra aquel examen era hacerse la cojuda.

El humor es una excelente manera de enfrentar las tensiones, dijo lord Palmer, cortándole la salida. Sus compatriotas son reconocidos por eso. En fin, son muchos los factores que nos han llevado a pensar que usted podría ser una persona de valor inestimable para la liberación de Europa.

¿De qué estaba hablando realmente aquel hombre de guantes blancos, de edad indefinida? En ese momento se abrió la puerta y entró Robert McManus. Venía zampado, despeinado, con un cigarrillo que se bamboleaba entre sus labios húmedos.

¿Y qué? ¿La han convencido ya?, preguntó. Leonor, no les crea a estos chantas. Mienten tanto que ni se dan cuenta.

Silencio, Robert, dijo Margaret.

¿Se lo han dicho? No, veo que no.

McManus la miró a los ojos y Leonor comprendió que se encontraba en una encrucijada.

Usted se habrá dado cuenta, Leonor, de que vive en un país de tradiciones. Una de estas tradiciones es el internado, la otra el rugby. El rugby es un *sport* de atorrantes jugado por *gentlemen*, mientras que el *foot-ball* es un deporte de *gentlemen* jugado por atorrantes. El rugby es enseñado y practicado en los internados, para que los jóvenes del Imperio se templen en el uso de la fuerza y de la táctica. También para que desarrollen jerarquías varoniles. ¡Qué cosas no ocurren en los camarines de rugby en un internado! Los buenos jugadores dominan a los malos, los humillan, los transforman en bufarrones, *queers*.

Es usted grotesco, Robert, dijo Margaret.

Cheers for queers!, dijo McManus, alzando su copa. Por el amor que no osa decir su nombre. Como adivinará, Leonor, esos *queers* después crecen y van a las grandes universidades, estudian lenguas clásicas y conocen a otros *queers*. Se forman poderosas sectas que luego entran al Estado, a los ministerios y a la banca. Y un bufarrón puede pasar una vida feliz y próspera si no comete un error fatal. Un error que consiste en caer en las garras de otra institución muy

arraigada en este país de tradiciones. Y esa *bloody* tradición, Leonor, es la *tradicción policial*.

Desde los tiempos de la cuestión religiosa a los de la cuestión nacional, este país ha tenido los mejores sistemas de espionaje de Europa. Y la cana no sólo tiene archivos de irlandeses, de sindicalistas y extranjeros. La cana también tiene archivos de los *queers*.

Nuestro amigo, evidentemente, delira producto de los excesos, dijo Margaret con frialdad. Sobrio es perfectamente encantador.

¿No se había sentido seguida últimamente?, preguntó McManus. ¿No se había dado cuenta de la cantidad de oídos, de ojos conectados que había en Londres? Si estaba lleno de ortigas. Eso por no hablar de los canas, esos abnegados servidores públicos que podían fácilmente malinterpretar un tierno beso de amistad entre dos mujeres en Hyde Park.

En ese momento intervino lord Palmer. Su voz cortó el monólogo ebrio de McManus con una nota de sabiduría.

Créanos, Leonor, que deploramos este tipo de normas. Profundamente. Y esperamos que en el futuro, una vez ganada la guerra, se reviertan. Por ahora estamos dispuestos, y tenemos los medios, para dar protección contra la vecina chismosa; por ejemplo, la vieja santurrona o el pequeño fascista que hay, me temo, en nuestras costas. Nuestros abogados pueden llegar a buenos acuerdos, si el escándalo amenaza llegar a los tribunales. ¿Me entiende usted, Leonor?

¿Qué amenaza? ¿Qué tribunales? ¿De qué hablaba el veterano ese? Robert McManus soltó una carcajada.

Son boludeces, Leonor... En primer lugar, las relaciones íntimas entre mujeres no están tipificadas en el Acta de Ofensas Contra la Persona de 1861, ni en el Acta de Enmienda de la Ley Criminal de 1885, que castiga con dos años de cárcel, con o sin trabajos forzados, a cualquier varón culpable de «grave indecencia pública o privada» con otro hombre, léase sodomía, polución recíproca o sexo oral. Por lo tanto, todo lo que le digan es una chantería. Una soberana boludez.

Margaret dio un paso hacia delante y lo abofeteó. Luego se volvió hacia Leonor. Parecía más alta, más serena y más peligrosa que nunca. El problema de Cecilia es su efusividad, dijo. Puede comprometerla gravemente. Un desliz en público basta.

Lloriqueos, dijo Robert McManus. Desde los años veinte el lesbianismo está de moda en este país y en toda Europa. Sobre todo en los círculos de nuestra

querida amiga.

Margaret no le hizo caso. Cecilia vivía en un universo personal, insistió. Se sentía como si estuviera en Rusia en 1917, veía lo que quería ver, olvidaba que estaban en Inglaterra, que besar a una mujer en público era caminar sobre una cuerda floja.

Nosotros no sólo damos protección, Leonor, dijo. Esto no es un chantaje, es una «invitación». El talento de «los distintos» es un arma de guerra.

Ahora sí que se complicaba la cosa. Leonor necesitaba otra copa de champagne o volver al baño a empolvase la nariz.

Existe otro elemento de juicio que nos lleva a sospechar en usted la clase de talentos que nos hacen falta, dijo lord Palmer. Su madre. Hay aspectos de la vida de Vera Berberova que usted desconoce y que sería prematuro confiarle sin que sepa más de nosotros y de lo que hacemos.

Jean Gabin soltó una risita. Leonor se había olvidado de su presencia y recién entonces se dio cuenta de que no era realmente Jean Gabin, sino un doble que acababa de encender otro Gauloise.

Su valor inestimable le había estallado en la cara, junto con los aspectos desconocidos de la vida de Mamenka. ¿Cómo contarle algo así a Cecilia? Estaba despierta cuando Leonor regresó.

¿Cómo te fue?, preguntó su voz desde la oscuridad.

Leonor avanzó dos pasos y se quedó quieta, acezando como quien acaba de presenciar un asalto a mano armada. Jean Gabin, y la flor de la libertad, el champagne y las ostras, todo excelente... Se metió en la cama, desnuda, sin encender la luz ni agregar nada, y Cecilia no insistió.

Al día siguiente desayunaron en silencio. Cecilia se fue al hospital y Leonor pasó toda la mañana intentando encontrarle un sentido a todo lo que había oído la noche anterior.

Camino a la radio, esperando la movilidad, vio a un hombre que leía el *Daily Telegraph* en la fila y no parecía del barrio. Subió al segundo piso del autobús y se sentó atrás. El hombre se quedó abajo. Cuando Leonor se bajó cerca de Bush House ya no estaba.

No era su turno y el guardia la miró con extrañeza. Raro era para ella aparecerse en Bush House de día. La secretaria le dijo que Robert McManus estaba en una reunión fuera. Fue donde Margaret, pero tampoco la encontró. Le dejó recado con el valet. Se devolvió en metro, fijándose en los pasajeros. Al final del vagón estaba el mismo hombre, con la vista clavada en el *Daily Telegraph*. Leonor se bajó de pronto en Sloane Square, apurando el paso entre la muchedumbre que subía lentamente por las escaleras. Se sintió aliviada al volver a la superficie, los taxis y los autobuses daban vuelta a la plaza y, detrás de los árboles chamuscados, divisó los almacenes Peter Jones. La fachada de acero y vidrio, fría y ondulante, contrastaba con los edificios victorianos de alrededor. ¿Habría alcanzado el tipo a bajarse?

Se acercaba a Peter Jones y la sensación aumentaba. Observó los carteles de propaganda bélica intercalados a la publicidad comercial: rebajas y saldos, estímulos al patriotismo, al ahorro y a la discreción. Decidió sumergirse de

nuevo entre la gente. Poco le duró la sensación de seguridad: el hombre deambulaba por la sección hogar, aparentemente concentrado en una lámpara de velador. Subió las escaleras y llegó a la sección vestuario. Ropa de niños, ropa de caballeros, ropa de damas, compradores de guerra y maniquíes con los brazos estirados, en actitud de felicidad. Buscaba al hombre en los espejos y de pronto vio una puerta, al fondo de la sala. STAFF ONLY.

Del otro lado había un mundo distinto, frío, sin alfombras ni luces, sin maniquíes ni compradores de guerra. Un pasillo desnudo, una escalera. Tenía que hacerse invisible y caminar sin mirar a nadie, rápido como caminan los funcionarios que tienen poco tiempo. Bajó tres pisos y vio una puerta metálica, con cubos de basura a ambos lados. La empujó con dificultad. Camiones de proveedores llegaban y partían y los choferes le silbaban. ¿Pérdida, cariño, dulzura?

Ya caminaba a paso rápido por Symons Street cuando una mano le tocó el hombro por detrás. Era el dramaturgo checo.

Notable, dijo. Instinto puro. Técnicamente se le llama «visión periférica» y usted la tiene al natural. ¿Aceptaría un café?

Era un hombre delgado, de cejas pobladas. El ala del sombrero le ensombrecía la mitad izquierda del rostro. Eligió una mesa lejos de las ventanas.

Acaba de despistar a una «sombra» de la sección especial, nada menos, dijo encendiendo un cigarrillo. Es la policía política de este país. La que vigila a todos los extranjeros. Y lo hizo usando detalles finos, un verdadero instinto. Nuestro amigo se pondrá contento. ¿Le gusta la literatura?

Del bolsillo del abrigo sacó un libraco grueso que Leonor estimó en un buen millar de páginas. *Los hermanos Karamazov*, nada menos.

Soy particularmente devoto de los rusos. Todo lo que un espíritu necesita para conocer a sus semejantes está ahí.

Era un hombre de pocas sonrisas. Hablaba lo estrictamente necesario. Sacó unas monedas y las dejó sobre la mesa, tenía que entregar su libreto en Bush House a las cuatro y aún no lo comenzaba.

* * *

Entonces era cierto. Todo Londres era una red. Los ojos y los oídos estaban en todas partes, pero a Leonor sólo le interesaban los de una persona. Volvió a Bloomsbury y esta vez el valet la hizo pasar.

Pobre Virginia, dijo Margaret, mirando por la ventana hacia Mecklenburgh Square. Sus nervios estaban deshechos...

Leonor no la dejó terminar la frase. ¿Qué carajo estaba pasando? Furiosa estaba, y Margaret intentaba calmarla. Colocó un disco de Wagner en el gramófono.

Mi suegro adoraba esta música. Su pasión eran las leyendas celtas, los mitos artúricos. A veces me pregunto cómo pude vincularme con gente así.

El valet trajo té y galletas. Cada vez que entraba, Margaret cambiaba de tema. Apenas cerraba la puerta, bajaba la voz y se tornaba conspirativa.

Míreme a la cara. ¿Aún no se ha dado cuenta?

Leonor tenía la frase en la punta de la lengua, pero no le salía la voz.

Soy judía. Nací en Viena, pero vivo en este país desde los ocho años. He vuelto dos veces, en 1926 y en 1933. Mi padre era un prestigioso médico y coleccionista de arte; mi madre, una judía castradora. Me casé con un hombre rico que me ha abierto las puertas de la aristocracia intelectual londinense. Pocos saben que milito en el SDAPÖ, el Partido Socialista de Austria, y en su brazo armado, la Schutzbund. Salí del país poco antes de que Dolfuss arrestara a mi hermano, de quien no he vuelto a saber nada.

Leonor sólo debía tener una cosa clara: Electra era una colección de espíritus libres. De hombres y mujeres distintos. La flor y nata de la libertad. Y le ofrecían protección contra la vecina chismosa y el pequeñoburgués. ¿A cambio de qué?

Robert es un hombre impulsivo y enturbió la conversación. Estaba borracho. Electra es una red que trabaja por la liberación de Europa, Leonor.

A Leonor le costó contener las lágrimas. ¿Y Cecilia? ¿Estaba al tanto, lo sabía desde un principio? Margaret sacudió la cabeza con sabiduría, como una madre.

La Pasionaria es demasiado «inglesa». No habla otro idioma que el de Kensington. En cualquier parte de Europa la detectarían a kilómetros. Y además cree que estamos en 1917, o en 1936. La pobre ha leído demasiado a ese tal Orwell.

¿Podía existir alguien tan ingenuo? 1941 no era 1917 ni 1936. Era algo mucho, mucho más grave, muchísimo más peligroso. Si Hitler ganaba la guerra, no sólo se fregaban los judíos, los comunistas, los gitanos, los sindicalistas, los jesuitas y los masones. Si Hitler ganaba se fregaban todos los distintos. Los que no morirían ejecutados tendrían que trabajar como esclavos. Pero había que hacer una salvedad: una cosa era ser judío, comunista, o el largo etcétera que se

fregaría si Hitler ganaba, y otra muy distinta, infinitamente peor y más fregada, ser comunista y distintos. Judío y distintos. Judío, comunista y distintos, y todas las combinaciones y acumulaciones posibles. A esos que tenían más de un «atributo», simplemente les sacarían los ojos y la piel, lentamente, riéndose como cerdos.

Tenemos que estar a la altura del sacrificio, dijo Margaret, posando una mano en el cuello de Leonor. ¿No es verdad?

* * *

Yo adoro a Dostoievski, dijo Robert McManus en su despacho, jovial. Excelente para matar el tiempo durante un viaje al campo.

¿Por qué todos a su alrededor hablaban como en acertijos?

A partir de mañana comenzará a laburar en la Red Rosada, dijo antes de que ella pudiera fulminarlo a preguntas. Hemos decidido ampliar el elenco noticioso para Sudamérica. ¿No es macanudo?

Leonor encendió un cigarrillo, aspiró y le echó todo el humo en la cara. ¿Distinto y comunista? ¿Distinto y jesuita? ¿Cuántos atributos reunía Robert McManus, el hombre de los pases? Venía de ver a Margaret y traía un colerón de aquellos, antes de seguir hablando de redes rosadas quería saber más, necesitaba saber dónde y con quién carajo se estaba metiendo.

Le encantará el lugar y el equipo, dijo McManus. Un Bondi especial la pasará a buscar y a dejar todos los días. ¡Y se morfa mejor!

Se interrumpió bruscamente, bajó la voz y apuntó al techo.

En Buenos Aires yo tenía una tía tan chismosa, la tía Carol... Hablaba como hombre y comía como ballena.

Anotó una dirección en un papel, Leonor salió primero, caminó por Drury Lane y entró a un pub. Pidió una pinta y esperó leyendo a Dostoievski. Robert McManus llegó al cabo de media hora. Venía animado, como si se hubiera dado un toque con aquel polvito que traían de su tierra. Pidió una pinta y se la zampó, pidió la cuenta y pagó. En plena calle, caminando como dos inocentes transeúntes, se podía disfrutar de la intimidad que escatimaban las oficinas chismosas de Bush House.

Yo no sé nada de su vieja, pero supongo que trabaja en esto mismo. Tal vez para nosotros, quién sabe. Si es así debe estar «dormida».

En aquel mundo nada se decía directamente, todo tenía un nombre que

ocultaba la realidad, que intentaba borrar huellas. Dormirse era esconderse, explicó McManus, cortar el contacto, entrar al frío. Lo que Leonor no acertaba a entender era su supuesto valor, lo que Electra esperaba de ella.

¿Cómo se les dice en su país a las muchachas que leen mucho, tienen buena memoria y además son guapas?, preguntó McManus, cogiéndola del brazo. Daban así un bonito espectáculo de marido y mujer. Sólo les faltaba el cochecito de niño.

Quiero que observe y me lo cuente todo, que cuente sus chamullos.

Leonor apagó el cigarrillo y le clavó los ojos. Muy entretenido era, muy misterioso, ¿pero qué debía observar aparte del corte de los trajes?

Además de la Red Rosada y de la Red Parda, allí funcionan varias estaciones clandestinas. Se les llama «negras»: emisiones que no se identifican como parte de la BBC y van dirigidas a públicos gabachos específicos, los trabajadores de izquierda y los burgueses católicos con espíritu patriótico. Toda esa gente que llora a escondidas al escuchar la Marsellesa. Dígame si no es bonito.

Bonito era lo de los colores. Rosado. Pardo. ¿Cuál era rojo? ¿Cuál azul? ¿Cuántos colores había? Decenas, pues. Porque la guerra se libraba no sólo en la tierra o en el mar, con balas de cañón. Se libraba también en el cielo, o más precisamente en el plasma, en las ondas invisibles de la atmósfera que cada noche bajaban a los millones de aparatos de radio de toda Europa.

Por cada idioma hay una estación oficial y dos o tres clandestinas, dijo Robert McManus. En el caso de nuestra querida Francia, está radio Travail, de los socialistas, y radio France, de los católicos. Un mundo de posibilidades para usted, que habla tan bien el idioma.

Se trataba de un pleito antiguo por las líneas editoriales, de facciones que libraban una batalla escondida por el control de la Francia libre. El Ministerio de Información abogaba por un discurso jacobino; el Foreign Office, por la moderación. La BBC no atacaba al mariscal, pero algunas estaciones negras sí. La Campaña V era una apuesta arriesgada, un llamado a la subversión, y tenía muchos detractores. Leonor debía amigar con los locutores y los libretistas y averiguar qué pensaban. Algunos ya la conocían de vista y no le costaría. Con sus atributos femeninos podía lograr muchas cosas.

Le voy a dar un consejo, dijo McManus. Búsquese una «habitación propia». No le dé la dirección a nadie. Ni a mí, ni a Margaret, ni a lord Palmer. Si las cosas se complican, le será de una ayuda inestimable.

Complicaciones, pleitos, los ojos y oídos de la red. A propósito de lord

Palmer, ¿quién era exactamente?

No debiera decírselo, dijo McManus, pidiendo la cuenta. Creo que es lo que los hindúes llaman un «alma vieja».

* * *

Cecilia casi se paró de la mesa al oír que Leonor comenzaría a trabajar fuera de Londres.

Estás rara, dijo abriendo una lata de carne. Algo me ocultas.

Leonor se hizo la ofendida. ¿Y las chicas rudas cómo estaban? ¿Seguía tan simpática la escocesa? ¿Se daban cuenta de lo que les esperaba por ser distintas si Hitler ganaba la guerra?

¿Y eso qué tiene que ver?

Había subido la voz hasta un tono agrio. Lo que se venía era peor. Las chicas rudas podían decir lo que quisieran. ¿Acaso Cecilia no leía los periódicos, no veía los carteles, no escuchaba la radio? No se podía hablar de cosas de trabajo, ni en casa ni en lugares públicos. Londres entero era una red. Cualquier información podía servirle al enemigo.

Pero mírate, tú lees noticias, no trabajas en el Ministerio de Guerra, dijo Cecilia irónica. Te voy a ser sincera: todas esas fiestas me tienen enferma. Me enferman el olor que traes de vuelta y esos nombres burgueses que repites por la mañana. ¿Tanto te deslumbran? Pensé que eras una mujer profunda.

Muy bien. Las chicas rudas podían irse al carajo. ¿Cómo hacerle ver a Cecilia que la radio era parte de la guerra y que Leonor era un soldado más? Vamos respetando, carajo. Vamos dándonos cuenta de que no estaban en 1917 ni en 1936, y que ocurrían cosas muchísimo más peligrosas. De los que morían en Rusia, ¿cuántos eran comunistas? ¿Cuántos eran judíos? ¿Cuántos eran distintos? ¿Se imaginaba acaso lo que hacían los nazis con aquellos que eran las tres cosas a la vez? Pero Cecilia, feliz con sus chicas rudas, amigaba con el pueblo de día y de noche se acostaba con Leonor, la peruana pituca y fregada. Intentaba besuquearla en público como si Londres fuese la isla de Safo.

Margaret sólo obedece a la ley del «deseo», dijo Cecilia, echándose a llorar. Ha sembrado nuestro camino de piedras...

Leonor se tomó la cabeza. ¿Estaba sorda? ¿Había oído bien? ¿Quién carajo la había presentado a Margaret? ¿El obispo de Canterbury, acaso?

Ya casi no te veo, sollozó Cecilia. Y cuando salimos te portas como una

presbiteriana.

Leonor estaba harta de oír insensateces, cogió la cartera, las llaves y el libro de Dostoievski, y salió a dar un paseo. Sabía que de regreso le esperaba un frente infranqueable, pero no le importó.

* * *

La movilidad la pasaba a buscar todas las noches a la estación de metro Edgware y la llevaba junto al resto del personal hacia el norte de Londres. En vez de casas y fábricas, el paisaje se llenaba de prados, de corderos en vez de personas. El autobús se desviaba por un pequeño camino rural y atravesaba un enorme portón de fierro custodiado por guardias armados. Al final de una larga explanada, bordeada por abedules, se erguía la mansión.

La primera vez que Leonor la vio pensó en historias de fantasmas y almas en pena. Parecía el escenario perfecto con sus ladrillos rojos y chimeneas apagadas, pasillos mal iluminados y puertas que crujían. Cuatro estudios funcionaban allí, algunos en la mansión y otros en unas chozas levantadas en el patio. A Leonor le tocaba compartir uno de esos con un locutor argentino, Esteban Subiabre.

/.../ Invocando el Tratado de Asistencia Mutua entre los Estados Unidos de Norteamérica y los Estados Unidos de Brasil /.../

Para México, Brasil y el Perú, sólo flores... decía Subiabre, aclarándose la garganta antes de salir al aire. Son los chicos buenos.

Toda América del Sur estaba por la democracia, pues. El Perú, primero que nadie. Pero estaban los países engreídos, como Chile o la Argentina, neutrales y con importantes comunidades alemanas trabajando para el enemigo. A esos había que estimularlos y criticarlos por partes iguales.

/.../ Desde el hundimiento del *Uruguay* por un submarino nazi, la Argentina ha dado pasos decididos por su autonomía naviera /.../ la flota mercante del Estado /.../

Subiabre no hablaba lunfardo ni inglés, como McManus, sino un español muy correcto, apenas porteño. Usaba pajarita y ternos pardos con coderas, su voz atiplada viajaba a través del océano Atlántico hacia Sudamérica cada noche.

/.../ Por su parte, el presidente de Cuba Fulgencio Batista reafirmó que el estado de no beligerancia tiene un límite /.../

Leonor y Subiabre salían a fumar y contemplaban los techos sombríos iluminados por la luna. Tenían un árbol regalón cuya base, en cuestión de semanas, llenaron de colillas en cantidad suficiente para espantar a los roedores y lechuzas que componían la fauna nativa. Antes de la guerra Subiabre estudiaba historia y lenguas clásicas en Londres. Era un anglófilo más bien tibiión, aunque con la imaginación literaria suficiente para inventar historias que amenizaban la espera. Relatos acerca de los antiguos propietarios de la casona, aristócratas suicidas como sir James Wigllham, que gastaba bromas cambiando sus cosas de lugar, o vírgenes locas como lady Hyppolita Radcliffe, que penaba en los pasillos del ala sur con su larga cabellera pelirroja salpicada de hojas de muérdago.

Seguramente hay una fuga de gas en alguna parte, dijo. El monóxido de carbono lleva generaciones haciendo alucinar a los que pisan este sitio.

Se valía de cualquier pretexto para aventurarse en los rincones más lóbregos de la mansión. Como la señalización era bastante más pobre que en Bush House, Leonor contaba con un pretexto adicional para justificar estas incursiones de reconocimiento, en caso de encontrarse con algún funcionario. Pero aparte de colillas aplastadas y retratos dieciochescos juntando polvo, fue poco lo que se pudo concluir acerca de los hábitos de la administración durante su primera semana de estadía. Hasta que una noche particularmente lluviosa se anotó un pequeño triunfo al dar con una oficina pequeña, mal iluminada, cuyo olor a tabaco era distintivamente más intenso que el aroma habitual de los Woodbines. Dos franceses interrumpieron una conversación y la quedaron mirando.

/.../ La integridad del territorio cubano /.../

Eran delgados y paliduchos aquellos franceses, y tenían una expresión atormentada. Uno de ellos llevaba un crucifijo en la solapa. Leonor se disculpó, memorizó los rostros y regresó al estudio.

Son «los jesuitas», le explicó Subiabre, apagando el cigarrillo mientras Leonor se arreglaba la falda. Una de las tantas facciones de la Francia libre.

En la casona funcionaba también la Red Parda, que transmitía en árabe y

cuyos locutores eran jóvenes morenos y apuestos. Había un locutor brasileño, Flávio Antunes Lima, que le apretaba mucho la mano cada vez que la saludaba. Todos le apretaban mucho la mano y Leonor les preguntaba por la Campaña V.

¿Le han dicho que tiene el rostro de una modelo de Botticelli?, dijo Esteban Subiabre.

Leonor lo creía improbable, era mitad peruana y mitad rusa, de italiana no tenía nada, pero le agradecía el cumplido.

* * *

La tarde misma de la pelea con Cecilia, Leonor recordó las palabras de Robert McManus y se puso en campaña para buscar una habitación propia. La oferta inmobiliaria no era precisamente abundante en Londres, pero recurrió al abogado.

¡Señorita García!, exclamó Mr. Stanhope al verla entrar en su oficina. Enhorabuena. He estado tan preocupado. Han pasado ya seis meses desde que su padre me telegrafió. Está preocupadísimo. ¿Qué puedo hacer por usted?

Mr. Stanhope le sirvió un té. Leonor le contó brevemente lo ocurrido, omitiendo algunos detalles. Suerte la suya: el abogado tenía un cliente que había dejado Londres por motivos de salud poco antes de los bombardeos, de modo que él podía arreglar un alquiler simbólico por cuidar la propiedad. Quedaba en Kensington, cerca de Sloane Square, y estaba indemne.

Antes de que se vaya, dijo Mr. Stanhope, buscando algo en un cajón. Ayer llegó esta carta para usted.

Era un sobre lacado con su nombre y las iniciales LP en el remitente. Leonor escrutó el rostro del abogado, pero sólo vio el mismo rostro rollizo, la misma expresión distraída y bonachona que tenía el día en que la fue a sacar del centro de arriba. Le agradeció su apoyo y su comprensión. Volvería mañana para firmar el contrato.

* * *

Guardó la carta de LP y el telegrama de Papi en la cartera y regresó al departamento usando todo el tiempo su visión periférica. Buscó en vano en los reflejos de los escaparates algún rostro escondido detrás del *Daily Telegraph*. La policía política la había dejado en paz por algún tiempo.

Cecilia estaba en el hospital. Leonor le escribió una carta sentida, cogió al oso Vicente y el resto de sus cosas, metió sus vestidos y sombreros en una maleta y salió. Era demasiado conocida en Chelsea para correr riesgos y buscó un hotel barato cerca de la estación Victoria.

No tenía plan alguno, sólo intuiciones. Sabía que la localizarían tarde o temprano, pero quería ganar tiempo y ordenar sus ideas. Si Mr. Stanhope había dejado su firma para sacarla del centro de acogida, la policía política no tardaría en dar con él y con la habitación propia.

Abrió el sobre lacado. No había una sola palabra, sólo un listado de números ordenados en cuatro columnas.

Era sin duda alguna un mensaje, pero Leonor no sabía cómo leerlo. Los números hormigueaban ante sus ojos, le sacaban la lengua. Abrió la maleta y, al ver el libro de Dostoievski, todo hizo sentido. Cogió lápiz y papel y se puso a pensar.

* * *

El salón de té estaba situado entre Carlton Gardens y el Club de la Reforma. Un sector de caballeros con bastón y sombrero tipo *bowler* que miraban a cada instante sus relojes. La primera sorpresa fue oír tantas conversaciones en alemán. Lord Palmer estaba sentado frente a una ventana leyendo el *Times*.

Es uno de los lugares de reunión del exilio austriaco, explicó, haciendo un gesto al camarero para que le renovara el Earl Grey y tuviese la amabilidad de traerle una taza adicional a la señorita.

Lord Palmer tenía la nariz delgada, las mejillas surcadas por minúsculas venas. Sus dientes delanteros sobresalían ligeramente por encima del labio inferior, encarnado y húmedo. Esperó la llegada del té, revolvió la taza e hizo tintinear la cuchara contra el borde.

Es usted una caja de sorpresas, Leonor, y debo felicitarla por su capacidad de improvisación. Supongo que lo lleva en la sangre...

Si era un alma vieja, como decía McManus, se le notaba poco en la cara. No tenía una sola cana y muy pocas arrugas, aunque había algo en su mirada que a Leonor le hizo sospecharle una edad avanzada, o una ausencia total de edad. Tal vez fuesen los guantes que, según él, se debían a una enfermedad cutánea adquirida en algún lugar de la India.

Como ha de saber, el año pasado fue el más duro que ha debido soportar esta

nación en toda su historia. Sobra enumerar nuestras derrotas, pero hay una que no fue comunicada por ningún periódico ni radio. Ocurrió en Holanda y sólo perdimos dos hombres, dos hombres clave que fueron emboscados por el enemigo. Desde entonces hemos perdido todo contacto con nuestra gente en el continente, y su madre es una de ellas.

Mamenka, la dormida. Leonor recordó sus últimos encuentros, la ropa que llevaba y la forma como la miraban los hombres. Le costaba creer que esa mujer que a veces le pedía dinero para el café fuese una agente de Electra.

Reconstruir estas redes nos está tomando demasiado tiempo y, en el intertanto, otras agencias están desplegándose en terreno. Personalmente no me merecen mucha confianza. Sepa usted que en nuestro gobierno hay muchos chapuceros.

Había momentos en que a Leonor todo se le confundía, las guerras editoriales le parecían una cosa más bien simple, pero el lado oculto de Mamenka otra muy distinta, mucho más complicada y probablemente peligrosa.

No hay poder capaz de transformar el alma de una persona, pero sí técnicas para transformar el cuerpo. El deporte, el maquillaje, la forma de hablar y de mirar. Pero en lo sustantivo el sujeto sigue siendo el mismo, y el más pequeño desliz es capaz de traicionarlo. En su caso, estamos frente a un diamante en bruto. No hace falta alguna cambiar su cuerpo. Y, por lo que hemos podido apreciar, cuenta con un dispositivo psíquico espontáneo para asumir otros relatos de vida. Es usted como una muñeca rusa: dentro de la muñeca grande hay siempre una muñequita más pequeña.

Lord Palmer sacó un sobre de un bolsillo interior, lo dejó sobre la mesa y lo deslizó suavemente, hasta dejarlo al alcance de Leonor.

Sin embargo, en este trabajo hace falta contar con alternativas. Son muy útiles para entrar y salir, ahora que las fronteras de Europa están militarizadas.

Le costó unos segundos comprender lo que significaba aquella especie de libreta de tapas duras, con un león y un unicornio estampados en filigrana dorada. En la primera página se vio a sí misma en la foto que se había sacado para la credencial de la BBC. Era un pasaporte británico a nombre de Anna Ignatieva Berberova.

Es su primera herramienta de trabajo, junto con *Los hermanos Karamazov*, dijo lord Palmer. Me han dicho que tiene un talento instintivo para despistar sombras. Eso nos ahorrará parte del entrenamiento. Lo mismo respecto de los códigos. A partir de ahora debe destruir todos y cada uno de los mensajes que le

hagamos llegar. Existen formas muy sencillas para asegurarse de que su morada no ha sido visitada por extraños. Basta con colocar un papelito doblado debajo de la puerta. Todo Londres es una red, pero ha de saber que no todas las redes hablan entre sí. Más que enemigos, tenemos rivales que no ven con buenos ojos todo lo que hacemos. Por cierto, existen criterios y énfasis distintos, pero la lucha es una sola: derrotar al fascismo.

Leonor recordó las palabras de Margaret. A lord Palmer no le hacía falta repetirlas.

Siga las instrucciones de McManus al pie de la letra. Hasta el momento va bien en su primera misión, aunque se trate de una prueba, de ella depende que le asignemos trabajos de mayor complejidad. Por lo pronto deberá seguir un pequeño entrenamiento básico, amén de ciertos exámenes médicos para evitarnos problemas de último minuto. ¿Más té?

Leonor miró a su alrededor. Los exiliados austriacos conversaban en voz baja, como si estuvieran en Viena.

Por cierto, esta no es una tarea *pro-bono*, agregó lord Palmer. Electra pagará por sus servicios. Y bien.

La habitación propia tenía lo básico para sobrevivir, una cama de una plaza, dura como un palo, y un velador donde Leonor emplazó al oso Vicente como centinela de avanzada ante posibles incursiones enemigas. La ventana daba una vista lúgubre de las chimeneas de Battersea, asomadas entre los techos y los globos cautivos como una catedral pagana.

Pero el barrio era bueno y el edificio estaba intacto. Tenía pocos habitantes, signo de que la clase alta era más propensa a dejar la ciudad. Aparte de Leonor, de una viuda que sacaba dos veces al día a pasar a un pekinés y de un caballero con aspecto de profesor universitario, parecía no vivir nadie más.

El acuerdo con el abogado era pagar un alquiler simbólico a cambio de mantener el aseo de la propiedad. En el papel a Leonor le había parecido un buen trato, pero al ver las dimensiones del departamento le entraron dudas. Los objetos valiosos habían sido retirados por los antiguos moradores, incluyendo la línea telefónica. En las murallas había rectángulos pálidos donde alguna vez colgaron cuadros y apliques. Quedaban algunos muebles protegidos con sábanas cubiertas por una pátina de polvo. Ni con un plumero en cada mano podría mantener a raya las pelusas.

Leonor abrió su maleta. Sacó sus vestidos CC41 y el ejemplar de *Los hermanos Karamazov*. Tanteó el piso con los pies hasta encontrar una tabla suelta. La levantó con cuidado y observó la pequeña cavidad del tamaño de una billetera que había debajo. El pasaporte de Anna Ignatieva le parecía más una papa caliente que un arma de guerra; lo envolvió concienzudamente con hojas que arrancó de una revista de modas (lo suficientemente impermeabilizadas con algún barniz químico como para resistir la humedad) y lo introdujo en la cavidad hasta nuevo aviso.

Todo Londres era una red y Leonor formaba parte de ella, aunque ya no sabía en calidad de qué. Le escribió una larga carta a Papi, omitiendo varios detalles, y otra a Cecilia diciéndole que todo había terminado y no la buscara. Fue a un salón de belleza cercano y pidió un teñido completo. Anna Ignatieva

debía ser rubia como sus antepasados. Aunque no coincidiera con la foto del pasaporte, al menos le ayudaría a pasar desapercibida si por casualidad se cruzaba con su ex amante.

Al salir seguía las instrucciones de lord Palmer al pie de la letra y dejaba un papelito doblado debajo de la puerta. Jamás miraba el suelo mientras caminaba, y sus ojos recorrían la calzada como dos binoculares en alerta. No tardó ni dos días en memorizar todos los rostros del vecindario y detectar cada vez que aparecía uno nuevo en la fila para la movilidad. Si eran sombras de la policía política, su nuevo color de pelo serviría al menos para desorientarlos por algún tiempo.

* * *

La consulta del doctor Schnitzler quedaba en el East End, en el único edificio en pie de toda una cuadra. Los sitios aledaños habían sido transformados en huertos y chacras. Dos mujeres hincadas cosechaban lechuguinos y cebollas, y Leonor apuró el paso.

Era un viejecillo de ojos azules, afable y con cara de sabio. Le preguntó por sus sueños, y Leonor dijo no acordarse de ninguno. Luego le mostró unas tablas con dibujos rarísimos. Esto es un elefante, decía, inocentona, un carrusel, una bruja, y el viejecito anotaba todo en un cuaderno. *No está cucú*, anotaba el doctor Schnitzler, puede contar chistes, es capaz de convencer a cualquier interlocutor de que es la hija del presidente del Perú y no está de acuerdo con sus ideas. Al final de la entrevista le entregó una cajita que no contenía, por cierto, polvillos blancos del Perú, sino unas cápsulas blancas fabricadas en Manchester.

Es para la tensión, dijo. Con una al día está bien. Venga a verme cuando se le hayan acabado.

El otro médico atendía en King's Cross, en un tercer piso, frente a un edificio sin fachada, una gigantesca casa de muñecas con los cuartos a la vista, tal y como había terminado sus días el edificio de Chayne Walk. Libros e ilustraciones científicas del cuerpo femenino tapaban las paredes.

¿Algún deporte? Preguntó el doctor McNamara, con un fuerte acento escocés.

Era la primera de una seguidilla exhaustiva. ¿Diestra o zurda?, ¿alergias?, ¿enfermedades congénitas? Sana como un roble, señor. ¿Novio tenía?, ¿su último período cuándo había sido?, ¿atrasos?, ¿embarazos?, ¿había abortado?

No, no, nunca. Leonor sacudía la cabeza como una santa. El doctor McNamara abrió un cajón, sacó una caja, levantó la tapa. Por un momento, Leonor pensó que le mostraría una granada de mano.

Usted estará familiarizada con estos productos. Por ejemplo, este cinturón sanitario marca Lastex, de fabricación canadiense.

Leonor observó el objeto con curiosidad. Era un sobre azul cruzado horizontalmente por una cinta elástica, abrochada con un alfiler. SUAVE, SEGURO, CONFORTABLE Y DURABLE.

O esta servilleta femenina Modess, de Johnson & Johnson, estadounidense y con tecnología alemana, dijo el doctor McNamara. Muy absorbente, redondeada y con reverso resistente, desechable y con su cupón de compra silenciosa. Sólo tiene que presentarlo en algún comercio y el dependiente se lo entregará discretamente.

Luego le mostró una «capa cervical», un aparato para cubrirse el cuello del útero antes de tener relaciones sexuales. Debe mantenerse unas cinco o seis horas, remató el doctor McNamara como si le estuviera explicando la manera ideal de lavarse los dientes.

A Leonor se le subieron los colores. Relaciones sexuales, fea palabra. Mejor romance, ¿no?

Ahora, por favor, tiéndase en la camilla.

Leonor obedeció.

En la inspección dental le descubrieron tres caries, y vamos sacando jeringas, palitos, pinzas y el tornillo ese. Volvió a la habitación propia como uno de esos barcos mercantes que regresaban de Francia vapuleados por la metralla y cargados de soldados agonizantes.

* * *

Después de los chequeos médicos comenzó su entrenamiento. Ya no quedaba duda, la estaban preparando para combatir, al menos en el arte de transmitir y guardar secretos.

La criptografía y la dactilografía se impartían en una pequeña oficina de Bush House. Leonor debía copiar y pasar a limpio un memorándum tras otro, sin equivocarse ni malograrse las uñas. Y luego transcribirlo en números, con las letras cambiadas de acuerdo a un patrón. Aprendió también a memorizar los objetos de una habitación, a abrir cerraduras, a seguir a alguien de cerca sin que

se diera cuenta. Aprendió todo un vocabulario nuevo para decir las cosas con otro nombre.

Luego la enviaron donde el inventor. Su oficina quedaba en Trevor Square, un sector residencial, en un edificio de ladrillos opacos con pequeños antejardines enrejados. Su oficina era un caos de dispositivos, libros, cuadernos con dibujos y anotaciones técnicas. En los anaqueles había toda clase de aparatos fotográficos, lentes y focos, tomas de película y tiras de prueba.

Esta es una cámara fotográfica miniaturizada, dijo el inventor con su áspero acento alemán. En sus manos sostenía un aparatillo negro y delgado, en forma de paralelepípedo. Con sus ojos azulinos lo miraba casi con amor, a través de sus lentes de pinza redonda.

Se basa en la famosa Minox de Walter Zapp, pero usa película de mayor sensibilidad. Tiene que ponerse a menos de un metro de distancia y evitar todo movimiento, ojalá con una fuente de luz idónea, digamos una ampolleta de sesenta watts, para que el lente hiperfocal le permita una toma nítida del material. Pero lo más maravilloso: cabe en una caja de cerillas. Aquí tiene tres rollos de película, para veinticuatro tomas. Para pedir más tiene que rellenar el formulario A-24...

La verdadera película, el largometraje, era el rumbo que adquiriría su vida de guerra. El libreto lo habían escrito otros y ya comenzaba a formar parte de su personalidad. Por las mañanas, Leonor miraba a las viejecillas sacando cupones de la libreta de racionamiento, haciendo comentarios en la fila para el abasto, y la invadía una sensación de estupor y fascinación. Ellas sólo veían a una muchacha extranjera viviendo las privaciones diarias igual que cualquiera, sin sospechar siquiera que tenían delante a una mercenaria, un talento natural al servicio de Electra.

* * *

Por las tardes, Leonor tomaba el metro hasta Edgware, donde la movilidad de la BBC la recogía junto a los técnicos ingleses, los locutores franceses de radio Catholique y los árabes de la Red Parda. De regreso bajaba en Charing Cross y tomaba un taxi, gentileza de la BBC, hasta Kensington. A la ida y a la vuelta se armaba una verdadera ensalada de idiomas, estimulante para encarar las tardes de lluvia. Todos se sentaban prácticamente en los mismos asientos, por estricto orden de llegada. Antunes Lima aprovechaba para atacar las defensas de

alguna secretaria incauta, y Subiabre de chismorrear acerca del peculiar ambiente de trabajo en la casona.

He oído que a los jesuitas no les gusta la Campaña V, dijo bajando la voz. Dicen que les complica esa cosa jacobina, la cosa subversiva.

A Subiabre le encantaba la Campaña V. La encontraba astuta, «viril», se podía transmitir en varios registros, en gestos y voz, pintada en las paredes o en morse. Ta-ta-taaaan. Y el detalle de locución, gótico: *La noche es su aliada, la V es su símbolo...*

Una frase usted y otra yo, decía Subiabre, soñador. ¿Se imagina? Sería ideal para comunicarse con los maquis españoles. La V de Victoria, de Venganza, de Venus y de Varón... La V de Valor...

La lluvia azotaba las ventanas de la movilidad, las voces se iban apagando. El guardia salía de la garita, el casco y el capote estilando, revisaba el documento del chofer y levantaba la barrera. Al final de la explanada los esperaba la casona, con sus ventanales semicerrados y sus pasillos ahumados en tabaco. Leonor abría su paraguas y corría junto a Subiabre al galpón de la Red Rosada, donde los esperaba Terry con las carpetas de los libretos.

¿Y qué tenemos esta noche, queridos radioescuchas de la América democrática?, decía Subiabre, imitándose a sí mismo, sacándose el abrigo y encendiendo el primer cigarrillo. Movimientos tácticos en el desierto y en la nieve. Desmentido categórico de lo informado anoche por radio Berlín. La payasada semanal de Mussolini. Redes de espionaje teutonas en Chile, Perú, Argentina y Brasil. Huy, cómo me gustan éstas.

Entraban al estudio con sus libretos en la mano y esperaban la luz roja. Terry colocaba la cortina musical, Subiabre se aclaraba la garganta, observaba el reloj y lanzaba el primer pase.

/.../ Las primeras nevazones en el frente ruso han obligado a las tropas nazis a detener su ofensiva /.../ En Irán las tropas soviéticas y de la Comunidad de Naciones han asegurado sus posiciones /.../

¿Cuántas noticias eran ciertas? ¿Cuántas eran falsas y cuántas eran verdades a medias? Leonor se repasaba el rojo carmesí de los labios, salía a tomar la movilidad y pensaba. La BBC repetía lo informado por radio Berlín, por radio Roma, y luego lo desmentía de manera tajante. También transmitía los desmentidos de ellos, y los redesmentía. Era la otra guerra y Leonor era un

soldado más; vamos respetando, carajo. Si pasaba la prueba, había dicho lord Palmer, le asignarían misiones de mayor complejidad.

Durante el intermedio, Leonor y Subiabre salían a fumar. Las noches de lluvia atravesaban el patio encharcado y se colocaban al alero de una cornisa, la seguían hacia la parte trasera de la mansión y se ubicaban a unos metros del jardín, muy juntos el uno del otro.

Corren muchas historias acerca de Siria, decía Subiabre. Parece que no fue muy limpio aquello. Es sintomático que no hayan dicho nada. Y más encima lo sacaron del aire al general.

Sintomático era, pues. Radio Londres atacaba a Vichy pero no al mariscal, y el general ya no salía al aire, atascado estaba en los pleitos editoriales. Aún no llegaba de su larga gira por las colonias, y había rumores de que lo botarían y pondrían a otro menos engreído, menos fastidioso.

Leonor necesitaba que alguien le presentara a los franceses; ahora no bastaba con hacerse la extranjera tonta y perderse en los pasillos de la casona, debía amigar y conversar, dejar caer su pañuelo y lograr que alguno de aquellos jesuitas buenmozones lo recogiera.

¿Y de radio Catholique qué opinaba Subiabre? Mucho *Rerum Novarum*, pues, sobrios discursos contra el paganismo nazi. La idea será, supongo, sintonizar con el espíritu de Juana de Arco y la burguesía patriótica, decía Subiabre, encendiendo otro cigarrillo. Con el sindicalista bretón y el estudiante de teología. En cierta forma los envidio. Tienen una audiencia cautiva.

De regreso a Londres, a la habitación propia, Leonor abría *Los hermanos Karamazov* y buscaba las palabras y letras apropiadas. Anotaba los números en cuatro columnas, doblaba el papel, lo introducía en un sobre y se lo entregaba personalmente al dramaturgo checo en el pub de Symons Street, tal como estaba convenido.

¿No ha notado la presencia de nuevos inquilinos en la casona?, preguntaba el dramaturgo checo, secándose la espuma de los labios.

Todavía no lograba que alguno de los jesuitas buenmozones le recogiera el pañuelo, pero ya caería uno.

* * *

Los días se habían acortado y los gansos volvían de Escandinavia rumbo al sur. Con las primeras nieves cayendo sobre la Unión Soviética la BBC comenzó

a transmitir un radioteatro basado en *La guerra y la paz*. Esos sí que eran amores de guerra, carajo. El príncipe Andrei y la ingenua Natasha, Pierre Bezujov y la bella Helena, pequeñas y cómodas vidas hasta que la narizota pérfida de Napoleón se entrometía. Explosiones de la artillería y gritos de la infantería, una superproducción.

Una noche, durante el intervalo, Leonor sintió el llamado de la naturaleza. Dejó a Subiabre fumando solo en la entrada del galpón. Atravesó el jardín, entró en la casona y siguió por el largo pasillo desnudo, con los sentidos en alerta a cualquier crujido sospechoso. En realidad, no corría ningún peligro aparte de encontrarse con un fantasma isabelino. Quería estar preparada por si se encontraba con un jesuita. Iba a abrir la puerta del baño cuando ésta se abrió violentamente. Leonor rebotó contra la superficie de madera y se llevó las manos al rostro.

Perdón..., dijo alguien en francés.

No era nada, cosas que pasaban, pues.

Se miraron durante algunos segundos. Era alto y apuesto, de ojos negros. No era jesuita, sino un locutor de la Red Parda.

Me llamo Paul, dijo extendiendo la mano.

Leonor se presentó en francés y logró su primer objetivo.

¿Usted también, *alors*?

Leonor sacudió la cabeza, parpadeando coqueta, dándole pie para amigar. Casi francesa era, es decir, mitad sudamericana.

Yo también, dijo el tal Paul. Mitad-mitad...

Su mano estaba tibia y Leonor sintió que la sangre le subía al rostro, como a una adolescente sorprendida fumando a escondidas.

No le comentó nada a Subiabre, y comenzó a observar. Paul subía y bajaba en la estación Edgware con Wahid Mansur, otro locutor de la Red Parda. Lo más probable es que ambos vivieran en las intermediaciones. Durante el viaje de ida no amigaba con los jesuitas, pese a ser francés mitad-mitad. Parecía otra persona hablando en el idioma de Alí Babá, con todas esas jotas y haches aspiradas, con esa «a» nasal.

Leonor comenzó a desplegar complejas estrategias para repetir el encuentro. Llegaba a Edgware una hora antes de lo necesario y recorría las calles aledañas, observando las casitas tristonas de ladrillo pardo, los letreros de los abastos. Muchos eran en inglés, francés y hebreo. Notó la densidad de los árboles y la extensión de los prados; aquello recién nomás era campo, un antiguo pueblito

rural ahora parte de la ciudad. Entró en una cafetería y esperó. No era raro ver mujeres solas en las cafeterías de Londres, pero allí todas las mesas estaban ocupadas por hombres, caballeros barrigudos, con bigotes gruesos, que fumaban un tabaco fuertón y hablaban idiomas extraños.

Repitió estas expediciones durante varios días, dándose cuenta, perpleja, de que lo que hablaban era español, o un tipo de español que ella no había oído jamás, con palabras y frases antiguas.

Cohá, Cohá, ¡vate!, ¡vate!, ¡que sos feo!

Finalmente logró su objetivo: Paul entró una tarde al café, se detuvo, miró su reloj y luego las mesas, hasta hacer contacto visual con Leonor.

Faltaban veinte minutos para partir hacia la casona.

De regreso seguía su trayecto habitual hacia Kensington, entraba al departamento, se cambiaba de ropa, le daba a Vicente el beso de las buenas noches y partía a encontrarse con Paul en un pub en Charing Cross, cerca del Astoria.

Iba preparada para detectar cualquier sombra, con la capa cervical y doble ración de pastillas en la cartera. Después de beber y fumar en abundancia, caminaban sin tomarse la mano hasta el hotelito.

Hacía años que Leonor no sentía el peso de un hombre. Y no le desagradó. Paul era un buen amante, podía entregarse a un lenguaje delicado e intenso, de valles y cumbres. Pero lo más interesante era su *post-coitum*.

La naturaleza es injusta con las mujeres. Envejecen mal. Los hombres, en cambio, se tornan guapos con la edad. Me he dado cuenta también de algo muy extraño: las mujeres y los hombres no se suicidan de la misma forma.

La primera vez Leonor lo encontró bizarro, un trastorno mental pasajero; a cualquiera le pasaba en guerra.

Las mujeres se suicidan arrojándose al metro o desde una ventana. Los hombres se cortan las venas o se disparan. Las mujeres rara vez usan armas de fuego, tienen tanto miedo de fallar o de arrepentirse que prefieren arrojar a un río con el bolsillo lleno de piedras. Son más valientes las mujeres, pero también más cobardes. Las mujeres dan a luz, los hombres hacen la guerra. Una mujer celosa puede matar a sus hijos. Un hombre celoso mata a la mujer.

Paul era francés mitad-mitad, pero no era jesuita, gracias a Dios. Encontraba raro al papa. El Vaticano condenaba al comunismo, Stalin se reía de las divisiones del papa. En el fondo estaban de acuerdo: todos los hombres eran hermanos. Pero Paul discrepaba. Podía pasar horas, noches enteras, discrepando.

Lo que no saben ni el papa ni Stalin es que en el futuro sólo habrá una ética, superior al comunismo y al cristianismo: veneraremos todo lo que sea transmisible por la radio o por ese cinematógrafo doméstico que está por llegar.

Se daba vueltas y vueltas en la habitación, fumando como un condenado a

muerte.

Me causa gracia que hoy todo el mundo deteste a los franceses... Yo siento un gran orgullo de ser francés, pero también una gran vergüenza. Estoy contra el nacionalismo y a favor de las ideas. Me interesan algunas ideas francesas, pero el territorio francés me tiene sin cuidado. Amo Rennes y detesto Lyon. Encuentro que la luz en Bretaña es muy bella. Amo a Francia porque amo a Debussy y a Verlaine. Amo a Alemania porque me gustan Bach y Hölderlin. Detesto Roma por culpa de Italia, pero amo a Italia porque Roma existe. Amo a Norteamérica porque me gustan los coches norteamericanos y sus películas, especialmente las de Buster Keaton.

Leonor trataba de sacarlo de estos monólogos con afirmaciones tajantes sobre la valentía, la derrota del fascismo y la liberación de Europa.

Creo que la valentía está sobrevalorada, decía Paul. La cobardía, en cambio, es un arma exquisita. El cobarde no corre riesgos innecesarios, calcula sus chances. Admiro más a Jesús cuando flaquea, detesto a Lenin cuando no duda.

Leonor tenía la sensación de haber escuchado ese tipo de discurso antes, lo había leído en alguna parte, tal vez en alguno de esos autores radicales que le prestaba Camille en París.

La guerra es hermosa como oportunidad para encontrar la autenticidad, continuaba Paul imparable. El «estar-en-guerra» deja poco espacio para el pudor y la mala fe. Echaré de menos esta guerra cuando termine, será la última de las guerras de verdad. Las guerras del futuro, acuérdesse de mí, serán puro espectáculo.

* * *

Nada me alegra más que la felicidad de una bella mujer, dijo Subiabre al verla abordar la movilidad acompañada por Wahid Mansur y Paul, quienes se saludaban fría y cortésmente.

Leonor tenía nuevas rutinas ahora. Salía dos horas antes, tomaba el metro a Edgware y se reunía con Paul y Wahid a fumar y tomar café. Hablaban de generalidades, comentaban las noticias y el clima, a veces Leonor deslizaba algo acerca de Bush House, pero no obtenía reacción. Eran cautelosos. Decidió doblar la apuesta y seguirlos de noche, en pleno *blackout*.

¿Cómo piensa volver a Kensington a esta hora?, le preguntó Wahid Mansur.

Lo mismo le daba, había terminado con su novio, en su casa no tenía nada

(ni a nadie). ¿Les molestaba la compañía femenina, acaso? Paul y Wahid Mansur se miraron, dijeron algo en árabe. Wahid Mansur asintió.

Hay un lugar cerca.

Hacía menos de un año, las noches de luna llena eran sinónimo de bombardeos; ahora eran oportunidad para ver las aves migratorias. Caminaron algunas cuadras por Station Road conversando del bello fenómeno. Los abastos estaban cerrados y no se advertía actividad alguna. Wahid Mansur evocaba las noches de luna creciente en que el Profeta recibió la Palabra y compuso los *suras* del sagrado *Quran*, la paz sea con todos.

Paul se detuvo de pronto delante de una puerta, dio tres golpes seguidos y luego hizo una pausa: el signo de la V. Mansur se acercó y dijo:

Al-jam'iyad al-wataniyya.

Barukh u uvarukh shemo, respondió alguien del otro lado.

La puerta se abrió. Un hombre encorvado, canoso y de barba los encaró con una linterna.

Leonor se sentía como en Damasco, el corazón bombeando sangre entre olores vegetales. Detrás del mostrador y entre los estantes con productos enlatados, dátiles y aceite de oliva, divisó el resplandor de unas velas, escuchó voces. El hombre encorvado los guió hasta un salón. Diez rostros la miraban desde la penumbra y ella les sonrió con humildad de peregrina, la paz sea con todos.

Wahid Mansur cogió una silla vacía, alguien trajo dos más. A la luz de las velas los rostros adquirían contornos movedizos. Para su sorpresa no había sólo hombres ni gente parecida a Robert McManus. Aparte de dos muchachas narigonas y de pelo rizado, muy parecidas entre sí, había gente más bien normalita. Ingleses incluso. Un velo de humo envolvía las cabezas y de una victrola brotaba una voz femenina. El hombre encorvado les trajo una bandeja, tres tazas de té de menta y una cajita.

Larga vida al kif, dijo Wahid Mansur con solemnidad.

Recién entonces Leonor comprendió el significado de aquel olor picante que impregnaba la sala, y el grosor de los cigarrillos que fumaban las muchachas de pelo rizado. Entendió que la barrita negra que quemaba con su mechero Wahid Mansur no era chocolate Cadbury.

Los ojos de Paul se encogieron al dar la primera calada. Leonor vio que el proyectil volaba en su dirección, una brasa gruesa y amenazante que buscaba sus pulmones.

Cultivado en las montañas del Rif, dijo Wahid Mansur. Entre Tetuán y Chefchauen, secado al sol, procesado y almacenado, envuelto en piel de cabra y transportado a través del océano por hermanos de la secta...

* * *

Edgware era un suburbio joven, construido hacía menos de una década y habitado por dos tipos de familias: judíos y veteranos de guerra. Las casitas formaban hileras curvas, pegadas unas a otras, con chimenea y antejardín. Eran los lindes de la ciudad, y la proporción de áreas verdes era notoriamente superior al resto de Londres. Calles donde se olía humus, había panaderías y carnicerías kosher, se hablaba ladino. La ropa colgaba de las ventanas, los críos corrían y gritaban y las madres los regañaban: ¡*Vate, vate!* Los jefes de familia eran dueños de abastos, los hijos mayores eran taxistas, jóvenes que recién habían recibido el conocimiento y que podían llevarla a Kensington de noche y por una conveniente tarifa.

La naturaleza de los *hashashins* se fue aclarando con las semanas, después de numerosos ritos en los que Leonor rompía récords como fumadora de *kif*. Además de las hijas de Isaac, de Paul y de Wahid Mansur, solían venir ingleses, soldados que habían conocido el opio en las trincheras; policías que, en treinta años de servicio para el Imperio en sitios como Katmandú, Karachi y Kabul, se habían empapado de uno que otro hábito local. Todos tenían cuenta con Isaac, pedían una tetera y una cajita de madera, generalmente adornada con motivos rectangulares, quemaban una barra de *kif* y, después de hablar durante horas, regresaban a sus hogares como flotando sobre una alfombra voladora.

Aparte del abasto de Isaac, había otros puntos de reunión más selectos, como el de Levi o el de Benavides, donde se servía comida kosher y halal (por separado). Una gran bandera, rodeada de fotos autografiadas de líderes tribales, colgaba de una muralla. La bandera era roja, con un diamante blanco en el centro. En su interior se veía una medialuna y una estrella de David, ambas verdes.

Los *hashashins* redactaban una revista, *Cedro Rojo*, que armaban en la imprenta de Sabag.

Ciudadanos de Al-Jaza'ir, de Tunis, de Al-Magrib, se leía en la página editorial. *Ciudadanos de Al-Lubnaniyah y de Al-Urdunn...* *Intelectuales y artistas de Falastin y de Eret Yisra'el, de Al-Iraq y de Suriyya, judíos y*

musulmanes, cristianos y no creyentes, hombres y mujeres de todos los oficios, colonizados por el gran capital de Londres y París. Hermanos y hermanas. Cedro Rojo es el proyecto político que todo hombre auténticamente moderno debe seguir: la creación inexorable y prístina, cual flor en el desierto, de una federación de repúblicas socialistas del Mediterráneo del Sur.

También practicaban juegos profanos como el póquer y apostaban con unos billetes chiquitos, rojizos y pardos, la moneda oficial de la ex República del Rif.

En su habitación de Kensington, Leonor sacaba fotografías de cada página de *Cedro Rojo*.

Un objetivo que pasa por derrotar tanto al fascismo italo-germano como a sus colaboradores de Vichy; por superar los arcaísmos y los fundamentalismos religiosos, creando las condiciones objetivas para una auténtica revolución cultural y económica para nuestros pueblos. Únete a la descolonización de Al-Jaza'ir, de Tunis y de Al-Magrib, contribuye a la libertad de Falastin y de Eret Yisra'el, de Al-Iraq y de Suriyya, con tu donación al apartado de correo SW50, Royal Mail, Londres.

Apuntaba el lente hiperfocal de la cámara y oprimía el botón. Adjuntaba el rollo de película al sobre con la minuta de *Los hermanos Karamazov*, que el dramaturgo checo recibía por encima de la mesa, en el pub de Symmons Street y sin cambiar de expresión, terminando parsimoniosamente su té y hablándole de teoría teatral.

* * *

Este es el punto más alto de Londres, dijo lord Palmer.

Leonor miró a su alrededor. Vio los techos pardos, las chimeneas y los globos cautivos de Londres, sintió la brisa helada de noviembre. El hombre que le habían descrito como un alma vieja avanzaba apoyando en la gravilla su bastón con empuñadora de nácar. En la otra mano llevaba una rosa. Usaba guantes y no tenía canas; de pronto se detuvo y apuntó el bastón hacia la ciudad.

Ha superado usted todas nuestras expectativas, Leonor. Felicitaciones. Es una digna hija de su madre.

Leonor encendió un cigarrillo, se cerró el abrigo y se ajustó el foulard. Como siempre que alguien aludía a Mamenka, Leonor guardó silencio. Había demostrado su valor inestimable. La habían enviado a la casona con las manos vacías, y había regresado con un tesoro. Se merecía que lord Palmer le contara

un poco más.

La República Federada de las Tribus del Rif, dijo como si fuese el título de un poema épico. Una más en la lista de las «naciones de corta vida», interesante por muchos motivos. Fue el primer alzamiento militar exitoso contra una potencia colonial europea en África. Precipitó la caída de la monarquía española e instaló el primer Estado secular en el mundo musulmán. Lo mandaba un caíd educado en España, Abdelkrim, y lo apoyó la flor y nata de la intelectualidad magrebí, jóvenes egresados de ciencias políticas, abogados de familias judías, admiradores de Ataturk y del movimiento secular turco.

Leonor recordó la bandera roja, la medialuna y la estrella. También el sabor del *kif*, la voz de Wahid Mansur recitando a algún poeta del canon árabe.

Como toda utopía, la República del Rif se desmoronó en un par de años, dijo lord Palmer. Hubo disensiones internas, pero lo fundamental fue la fuerza bruta de los colonizadores. Francia envió una división al mando de Philippe Pétain, las tropas españolas las comandaba Miguel Primo de Rivera en persona. Doscientos cincuenta mil hombres con apoyo de artillería, aviación y un arma muy moderna y especial, unos «dispositivos dosificadores de gas». Técnicas de asesinato masivo.

Leonor recordó viejos titulares de diario, conversaciones de café que durante su vida estudiantil pasó olímpicamente por alto. Liberación. Revolución. Raza. Lord Palmer emprendió el camino de regreso.

Me pregunto yo, ¿quiénes son los amigos del Rif en Londres? Nos interesaría saberlo por un motivo fundamental: ¿qué relación tienen hoy con Alemania?

Leonor comenzó a sentir vértigo. Vio sus pequeños movimientos, sus encuentros en Edgware y en Charing Cross como parte de una operación a escala mundial, que traspasaba incluso el tiempo. Viejas batallas en el desierto, explosiones, camellos y hombres mutilados. Había visto las fotos, los periódicos las publicaban, pero ella había pasado por alto.

El Ejército del Rif usaba armamento alemán. Es posible que haya sido la gran apuesta de la inteligencia alemana en tiempos de Weimar. Puede que estos vínculos aún existan. O tal vez no... Puede que estén imbuidos del más puro sentimiento socialista panislámico.

Leonor se había quedado muda, la lengua encogida tras el paladar. ¿Eran antifascistas los *hashishins*? ¿O eran nacionalistas puros capaces de establecer alianzas tácticas con la Alemania nazi, con Mussolini? Leonor lo veía muy

improbable, pero dudaba por un motivo: Paul, el francés mitad-mitad que se entregaba a largos monólogos *post-coitum*. Escatimó los detalles íntimos para estimular la imaginación de lord Palmer. Los monólogos de Paul eran todo lo contrario a la República del Rif, o a la poesía épica de Wahid Mansur. Le recordaban a Leonor cierta literatura radical francesa, libros de escritores de derecha que parecían de izquierda y viceversa. No se sentía hermano de otros hombres, amaba las ideas, amaba Barcelona pero no España, Roma pero no Italia. De Norteamérica le gustaban los carros y las películas cómicas.

Interesante, dijo lord Palmer. Esa unión de los opuestos sugiere una filiación «esotérica». Averigüe más. Pero sea discreta, recuerde que todo Londres es una red. Recuerde que no somos la policía política. Recuerde que, para que él se abra, también debe darle información... Chismes laborales de Bush House, en apariencia inocentes, mezclados con otros datos que le daremos por la vía habitual.

Dos días después le llegó la orden de terminar sus transmisiones en la Red Rosada y regresar a Bush House.

¿Pero qué les sucede a estos hijos de puta?!, exclamó furioso Subiabre.

Paul no se mostró tan sorprendido. Podían seguir viéndose en la habitación de Edgware, o en el hotelito de Charing Cross.

Entonces, hasta pronto, dijo tomando su mano, entregándole una hoja de papel con un teléfono.

Era el Día Nacional de Austria y el hall central de Bush House estaba adornado con banderitas rojas y blancas. El ajetreo y las máquinas de escribir zumbaban en los pasillos, secretarias, periodistas y locutores conversaban en voz baja en las oficinas humosas.

¡Leonor!, exclamó Robert McManus, levantándose de la silla. La hemos echado tanto de menos... ¿Qué tal el silencio y la tranquilidad? Aquí en el boliche todo igual...

Era una manera de decirle que todo había cambiado y que la tía chismosa los escuchaba. Levantó la mano y se la llevó a la boca, haciendo el gesto acordado para referirse al pub de Drury Lane.

Un maldito quilombo, eso es lo que es, mascullo.

Leonor ya había bebido una pinta esperándolo, pero le aceptó una segunda; tan profunda era su sed de información.

Ya no me reporto a Electra. Ahora la propaganda la controla el ministerio. Todo lo que se dice y lo que no se dice y en qué tono.

Leonor apuró su pinta. Estaba turulata. ¿Y con la Campaña V qué pasaría? ¿Y con radio Catholique? Había podido sacar tan poco de aquellos jesuitas... Eran unos pesados. En cambio, los locutores de la Red Parda, ¡qué gente tan magnífica!

McManus no respondió, parecía estar pensando en otra cosa, en otro sector del mapa.

Esta conversación no debiera estar ocurriendo, dijo de pronto. Pero es importante que la tengamos. Es un soberano quilombo, porque Electra es...

Levantó un dedo, como interrumpiéndose a sí mismo. La muñeca estaba llena de secretos, secretos franceses y secretos ingleses, transmitidos de mano en mano por criptocomunistas, masones y jesuitas; secretos árabes y judíos escondidos en una barra de chocolate. Hombres y mujeres distintos. Londres entero era una red y Leonor formaba parte de ella.

* * *

De regreso a Chelsea, Leonor sintonizó la radio. Por primera vez «oyó» a los jesuitas de radio Catholique y a Wahid Mansur. ¿Qué estaría diciendo con sus jotas y haches aspiradas, con sus aes nasales? Curiosamente no se oía la voz de Paul. ¿Dónde estaba? Giró en vano el dial, hasta que la encontró en una banda que nunca antes había escuchado.

/.../ Dicen nuestras fuentes que nuestros adversarios ya no tienen credibilidad ante el ciudadano francés /.../ que el ciudadano prefiere escuchar la radio suiza, o la inglesa, a la del llamado Estado francés. ¿A quién le puede sorprender? /.../ si ese Estado títere no ha sido capaz de reivindicar la suerte de nuestros ciudadanos prisioneros de Hitler /.../ si ese Estado títere comercia con la Alemania nazi en términos abusivos para la economía nacional /.../ si ese Estado títere suministra mano de obra y materias primas francesas para la agresión fascista contra el pueblo soviético /.../ si ese Estado títere no tiene la menor intención de garantizar la seguridad de sus propios ciudadanos ante la política racista del invasor /.../

Era su voz, pero otro personaje.

/.../ Radio Trabajo, la estación de los trabajadores y trabajadoras de Francia, cierra sus transmisiones por el día de hoy /.../ Libertad, igualdad y fraternidad /.../ ¡Viva la Francia libre! /.../

La transmisión terminó con la Marsellesa. Leonor no la oía desde la época en que tomaba el té con la señora Finch. Recordó también la última transmisión antes de la caída, cuando Papi derramó un lagrimón y los huéspedes del hotel cantaban. Sintió también un escalofrío de inquietud, imaginando como Paul, en aquellos precisos instantes, salía del estudio, encendía un cigarrillo y caminaba hacia el jardín.

Paul nunca había pertenecido a la Red Parda.

* * *

¡Enhorabuena!, dijo Rubén Valle, contentísimo de verla otra vez.

Había comenzado la madre de todas las batallas y cada día contaba. Hitler

avanzaba, Stalin cedía terreno, miles de hombres y mujeres morían. Algo había pasado en Kiev, Leningrado resistía. Rubén Valle pasaba las noches atento a cada télex de la agencia Tass. Había puesto toda su esperanza en el tanque T-34, según él superior a todo lo conocido.

Bueno, pues... NO PASARÁN, dijo mirando el reloj.

Leonor apenas había repasado el libreto, pero se empapó rápido con el estado de ánimo del español. No pasarían, carajo.

Entraron al estudio, el técnico levantó el brazo, se encendió la luz roja. Rubén Valle se acercó al micrófono, españolazo, y atacó.

/.../ Tenaz resistencia soviética, el general invierno muestra su cara /.../

/.../ Washington, el presidente Roosevelt ha aprobado la orden ejecutiva para extender el sistema de préstamos de armamento estadounidense a la Unión Soviética /.../

La BBC apoyando a Stalin, dijo Rubén Valle. ¿Quién lo hubiera dicho hace tres años?

* * *

La cabina telefónica londinense, roja y firme como los buzones de correo. Parecían pequeñas casitas rojas de enano. Algunas hasta tenían en el exterior un buzón y una máquina para sacar estampillas.

Leonor empujó la puerta y sintió un tufo a encierro. Sacó la libreta abierta y buscó el número. McManus había dicho que Electra controlaba los teléfonos, los buzones de correo. ¿Habría alguien del otro lado cuando descolgó el auricular? ¿Se estaría grabando en una cinta de tungsteno, en algún estudio de Bush House, a veinte libras el carrete? Había comenzado a llover y las gotas repicaban contra los vidrios.

¿Sí?, respondió la voz de Paul.

Afuera seguía lloviendo.

* * *

Paul compartía un segundo piso con Wahid Mansur en una callecita estrecha, cerca de Station Street, con filas de edificios de dos pisos, con ladrillos rojos y

antejardines inusualmente grandes para Londres.

Leonor había hecho el amor sólo con una mujer y un par de muchachos, no tenía verdadera experiencia sexual. Pero Paul la sabía «llevar». Ella le pedía palabras obscenas en árabe y él en español. Libraban la guerra de reconquista pero al revés.

Leonor aprovechó que Paul estaba en el baño para trajinar en sus pantalones y en su chaqueta. Encontró un pasaporte francés timbrado en Liverpool. Se veía muy serio en la foto. No se llamaba Paul, sino César.

Llegué hace dos meses, dijo él, entrando súbitamente al dormitorio. Leonor había alcanzado a devolver el pasaporte a su lugar, pero no a disimular el hecho. Él encendió un cigarrillo como si no hubiese visto nada.

Fui prisionero de los alemanes y escapé, dijo. Logré llegar a Portugal. Lisboa es una ciudad hermosa, la mejor para esperar que a uno le den visa para Inglaterra. Usted debe considerar una cuestión fundamental: en estos días uno no va al consulado ni a la agencia de viaje y dice «quiero ir a tal país». Debe presentar papeles, responder preguntas. Puede tomar varios meses, y mientras tanto usted debe sobrevivir, pagar su habitación, echarse algo a la boca.

Como todos los franceses libres, Paul o César había llegado a Inglaterra a través de Portugal. Era otro de los miles de expatriados que trabajaban en administraciones rivales de la City y del gobierno. Sabía lo suyo de las guerras editoriales, de la Campaña V, pero esa noche estaba *post-coitum*.

En Lisboa pensé mucho acerca de la economía. Nunca había entendido la economía. O quizá la había entendido mejor que a los economistas. El concepto de *economía política* siempre me pareció fastidioso, pero en Lisboa llegué a una conclusión. Llegué a entender que la economía no se basa sólo en el trabajador, o en la máquina, sino en la «energía bioquímica de la tierra».

El monólogo de Paul bajaba un poco la tensión, pero Leonor seguía alerta al movimiento de sus ojos, a cada gesto.

Por supuesto, me refiero al petróleo y al carbón, pero también a los vegetales. El sol se hace azúcar en la flor, los animales se alimentan, queman oxígeno y gastan energía motriz. Esta cadena permite a la vida asumir formas complejas, que nacen, se reproducen y mueren. Esa es la economía, una exuberante textura de relaciones que va desde la planta al depredador. La economía no es la ganancia de los monopolios mundiales, ni el plan quinquenal, sino el gasto de la energía, el despilfarro de millones de vidas, de ciudades completas. ¿Por qué Moscú? ¿Por qué Madrid? ¿Por qué la población judía de

Europa? ¿Por qué cuesta tan poco generar odios colectivos?

Hizo una pausa más larga, como para que Leonor dijera la palabra, extrajera la conclusión lógica.

¡Porque en la tierra sobra la energía!

Paul/César había quedado exhausto. Se había arrojado en la cama y permaneció callado. Leonor rellenaba el silencio con anécdotas de Bush House, reiterando su fe en el tanque T-34 y el «general invierno».

Supongo que usted también es espía, dijo Paul, interrumpiéndola.

Ella no había alcanzado a disimular el gesto, pero probablemente daba lo mismo. Estaban a centímetros de distancia, y la puerta al otro extremo de la habitación.

Me pregunto qué ganaría con matarla, dijo él. Estamos en mi barrio, pero no en mi país. ¿Cómo esconderme y salir de esta isla? Si ya cuesta entrar, irse es casi imposible.

Leonor intentaba mantener la sangre fría, no mirar la puerta. Intentaba inventarse una estrategia.

A mí también me pueden matar. Los suyos o los míos. Al presentárselos he expuesto el proyecto político. Al acostarme con usted he comprometido el proyecto político. Pero a mí el proyecto político me tiene sin cuidado. El proyecto secular, el proyecto nacional, el proyecto federado socialista del Mediterráneo me importan tres cojones, como diría su amigo Valle.

Leonor se daba cuenta de los cambios anímicos de él por como movía los ojos. Pasaba por valles y picos de excitación sexual e intelectual, iba desde el espía al *philosophe*.

A mí me interesa el proyecto vitalista, el proyecto analítico. Y de paso el proyecto económico, que a nivel microscópico es la empresa privada. Mi propia empresa.

Paul se llamaba en realidad César. O por lo menos esa era una de sus personalidades, tal como Leonor tenía a Anna Ignatieva a cubierto de un pasaporte británico. Él y Wahid ocupaban cada cual una habitación, y compartían un estudio atestado de libros y hojas escritas a máquina. La foto de Abdelkrim colgaba de una muralla, frente a la ventana que daba a la calle y a un muro de vegetación a través del cual se divisaba un enorme jardín inglés.

Paul o César comenzó a sacar libros del estante. Desnudó un trozo de muro en el que había disimulado una caja de seguridad.

Mi empresa privada, dijo, componiendo la combinación.

Wahid Mansur debía saber de la existencia de aquel recodo de la biblioteca. Leonor esperaba con ansiedad que él sacara una pistola o el testamento político de Abdelkrim. Pero sacó un libro.

Escrito por Sidi Abu Madyan Suhaib ibn Al-Hussein Al-Ansari, el gran poeta sufí, publicado en El Cairo hace casi setecientos años.

Lo abrió con delicadeza y Leonor pudo ver en las páginas amarillentas cubiertas de caracteres, toda la magnificencia de la poesía sufí.

Si usted es una espía, dijo él, debe tener interesados en esta pieza única.

* * *

Leonor regresó a Kensington y escribió su informe. Con todas las páginas, frases y letras que había subrayado en *Los hermanos Karamazov*, tenía para escribir su propia novela.

El dramaturgo checo estaba en su mesa habitual, en el pub de Symmons Street.

Tiempo sin vernos, dijo sin alterar la expresión de su cara. Apagó el cigarrillo y extendió un ejemplar del *Times* con el crucigrama a medio hacer.

Es que había llovido tanto y las noticias de Moscú, tan complicadas. Al menos Leonor había tenido tiempo de leer y ya sabía perfectamente que Vanya, Vanka, Vachenka e Iván Fyodorovich eran la misma persona, y que Smernyakov era el culpable.

Conuerdo en el análisis global, dijo el dramaturgo checo. Pero hay un punto que debe tomar en cuenta... Dostoievski, el autor, y Dostoievski el narrador. El narrador se presenta a sí mismo como omnisciente, pero también como escritor profesional (hombre), de modo que el tema de la veracidad queda supeditado al de la subjetividad. Él puede manipular los hechos, esconder información y dosificarla.

Leonor entendía el punto, era chancona, algo sabía de teoría literaria. ¿Tenía acaso el dramaturgo checo, por casualidad, un ejemplar del *Romance de la Rosa*?

Leonor recitó algunos pasajes de memoria y el dramaturgo checo, sin cambiar de expresión, cogió el sobre y se lo guardó en el abrigo.

* * *

No volvió a ir a Edgware en toda la semana. Quería esperar la reacción de lord Palmer. Rubén Valle perseguía los teletipos de la Tass, no le mejoraba la cara aunque Tubruk resistiera y en la radio Marlene Dietrich cantara *Yo me aburro*.

/.../ Bajo un cielo gris y una plaza cubierta de nieve, decenas de miles de soldados soviéticos acompañados de una poderosa artillería desfilaron ayer frente al Kremlin en conmemoración del Día de la Revolución /.../ marcharon directamente al frente, a pocos kilómetros de distancia, uniéndose a la lucha contra el invasor /.../

Al tercer día en Bush House se habían convencido de una cosa: la situación era grave. Poco podían importar las cojudeces de Electra si caía Moscú. Si eso pasaba se fregaban todos, partiendo por los distintos. Por suerte estaba el tanque T-34 y el «general invierno» comandando su ejército euroasiático bolchevique.

Cuando regresó a Kensington el *blackout* ya había comenzado. Sacó las llaves a oscuras y entró al edificio. La escalera olía a tabaco. Se detuvo algunos segundos, pero reconoció que un profesional no hubiera cometido un error así. Los últimos peldaños los subió más despacio.

En el descanso había alguien esperándola, una sombra que de a poco se acercó a la luz.

¿En qué te has metido, Leonor?, preguntó Cecilia.

* * *

Se había fregado la habitación propia. Pero al menos sabía una cosa: la sombra era un simple detective privado. Lo había contratado Cecilia por despecho, por amor. ¿O se creía Leonor capaz de desaparecer así no más?

Hizo un gesto de fastidio, sacó la llave y la invitó a entrar. Tenía un par de cervezas, un poco de jamón. Cecilia contempló los muebles y las murallas desnudas, encendió un cigarrillo.

Además de rubia, ahora tienes un enamorado.

Santa Rosa de Lima, dame paciencia. Era bastante más complicado que eso. O más simple. No le apetecía ni podía hablar de ello. ¿Acaso no se enteraba Cecilia de que había una guerra, de que hablar demasiado costaba vidas?

De acuerdo. Firmaste un papel. Eso lo puedo entender. ¿Pero desaparecer de

mi vida?

Leonor la quedó mirando como si la viera por primera vez, con sus pantalones de hombre y sus grandes pechos enfundados en una chaqueta de pana con la insignia del Royal Hospital en la solapa.

Hubiera preferido que me lo dijeras personalmente, dijo Cecilia, encogiéndose de hombros. Tu patriotismo enternecedor.

¿Y qué tal estaban las chicas rudas, las que sabían arreglar motores y cambiar neumáticos? Leonor destapó una botella de cerveza, sirvió dos vasos, cortó trozos de pan y de jamón canadiense. Quería alivianar el ambiente, contarle anécdotas de trabajo. Contarle también su opinión del tanque T-34 y del «general invierno».

Ya sé en qué me equivoqué, dijo Cecilia con tristeza. ¿Es demasiado obvio?

Leonor iba a decir lo que no le perdonaba: no haberle presentado a las chicas rudas. Pero Cecilia no la dejó hablar. Dio un salto hacia adelante, con los brazos extendidos, y las dos rodaron por el suelo chillando y arañándose como gatas.

* * *

Leonor tomó el metro hacia Edgware sin nada nuevo que contarle a Paul/César acerca de su propuesta económica. Si a Paul no le interesaba realmente el proyecto político, ¿qué quedaba para Wahid Mansur? ¿Estaban a medias? ¿Eran traidores a su propia causa? Lo había omitido de su informe a lord Palmer, y ahora se arrepentía.

Evitó pasar por lo de Isaac y se fue directo donde Paul o como se llamara. La aparición de Cecilia la había sumido en un estado de abatimiento. Pese a todo, tenía una vida personal.

Le llamó la atención encontrar que la puerta estuviera entreabierta. Tocó dos veces y dijo su nombre sin obtener respuesta.

Sintió que estaba cometiendo un error tras otro, pero no se podía detener allí y contemplar el vacío. Tal vez habían salido a dejar la basura; les daría una sorpresa.

Lo primero que vio al entrar en la habitación de Paul fueron sus pies desnudos. Estaba extendido en la cama cual largo era. Su brazo izquierdo colgaba inerte de las sábanas y tenía los ojos entreabiertos. Leonor juntó toda su sangre fría y acercó la palma de su mano para comprobar si salía aire de su boca.

Lo más indicado era largarse de inmediato, pero no podía hacerlo sin aclarar

un par de cosas. Wahid Mansur no estaba, y en el estudio los libros estaban en su lugar. Ella sabía que no eran los mismos, que alguien los había movido, pero había leído suficientes novelas y visto suficientes películas policiales para saber que el departamento estaba lleno de huellas digitales suyas. Si tocaba la caja de seguridad, ahí sí que se fregaba.

Salió del departamento tras echar una mirada periférica y fugaz, bajó rápido las escaleras y tomó la callecita en sentido contrario. Correr con aquellos zapatos era imposible. Debía evitar que alguien la viera en Station Street.

Se bajó en Kensington y entró al departamento. Comprobó que el papelito estuviera doblado debajo de la puerta. Encendió un cigarrillo y esperó. Las manos le temblaban.

Buscaba cadenas lógicas y no las encontraba. Todo le parecía fatal. Era una hormiga atrapada en la telaraña.

Si la noticia trascendía, recién saldría en los periódicos de la mañana. Dudaba entre acudir al abogado, desenterrar el pasaporte de Anna Ignatieva de su escondite y largarse a algún pueblito en Escocia o Irlanda hasta que las cosas se calmaran. En cualquier caso, Paul o como se llamara tenía razón: si costaba entrar a la isla, salir era imposible.

Piensa, piensa, le decía Vicente desde el velador. Cada día que pasaba se le veía más despanzurrado, más viejo.

En la cama había aún olor a mujer. Entonces tuvo una idea.

* * *

¿Que te acompañe donde Margaret?, repitió Cecilia. ¿Qué te hace pensar que me interesa verla?

Leonor recurrió a todo lo que tenía, a los argumentos más bajos. Estaba en problemas. *Real problems.*

¿Debes dinero? ¿Estás embarazada? Tengo una dirección confiable...

Leonor se echó a llorar. Que no fuera estúpida. ¡Había un maldito cadáver ahí!

Cecilia la miró horrorizada. Cecilia la amaba. Cecilia la había metido en todo aquello. Cecilia le había presentado a Margaret, Margaret a McManus, los dos a lord Palmer. Ahora había un hombre muerto en un segundo piso, en una callecita frente a un muro de verdor, en el extremo norte de Londres.

Cecilia se puso el abrigo y Leonor cogió el paraguas. Cada una llevaba un

foulard en el cuello. El *blackout* estaba por comenzar y tuvieron suerte en encontrar un taxi que las llevó a Bloomsbury.

Paul lo había dicho: cualquiera de los dos podía morir. Por eso iban donde Margaret, a buscar protección.

El taxi las dejó en Mecklenburg Square y las dos caminaron tomadas del brazo, bajo los árboles que se agitaban con el viento. Pasaron frente a la antigua oficina de Virginia y al socavón que habían dejado los bombardeos del año anterior. Los escombros habían sido retirados, sólo quedaba la estructura derruida y sin ventanas.

Margaret no estaba sola. A través de las cortinas, Leonor divisó el resplandor de velas y sombras de personas. Subieron las escaleras y golpearon la puerta. El valet puso una expresión perpleja. Cecilia se hizo anunciar con todos sus apellidos y el pobre hombre no tuvo más opción que hacerlas pasar, recibir sus abrigos, anunciarlas a un grupo de invitados con nombre y apellidos.

¡Cecilia querida! ¡Leonor!, exclamó Margaret juntando las manos, intentando disimular su incomodidad.

Leonor reconoció a Rubén Valle y al dramaturgo checo, los jesuitas y lord Palmer, el marido de Margaret y unos colegas del ministerio a quienes Leonor nunca había visto y cuyas risas y finos comentarios le hicieron comprender que se encontraba ante una suerte de cenáculo de espías.

Es una velada improvisada para despedir a nuestro querido Robert, dijo Margaret. Acabamos de saberlo. Ha sido transferido a Lisboa. ¿No es maravilloso? Pero dígame, Leonor, ¿se ha ido usted de Londres? He intentado en vano comunicarme con usted por teléfono.

Leonor no sentía ganas de llorar, sino de abofetearla. Margaret había recuperado el control, estaba en su territorio y a Leonor no le quedaba más que saludar, recibir piropos por su buena cara y oír comentarios elogiosos sobre el *Veuve Clicquot* que un tal Maynard le había obsequiado a la dueña de casa, disculpándose por no poder asistir.

En vista de la situación, avanzó directamente hacia lord Palmer. McManus se iba y a ella la dejaban leyendo *Los hermanos Karamazov*, le dijo ofuscada. Por suerte ya había llegado al capítulo importante: el asesinato. El principal sospechoso era Dimitri (que también se llama Mitya, Mitka, Mitenka o Mitri), aunque también pudo ser Pavel Fyodorovich. Claro que el narrador Dostoievski y el autor Dostoievski no son necesariamente la misma persona, y el libro estaba lleno de pistas falsas, como los tres mil rublos que desaparecieron...

Lord Palmer se frotó las manos enguantadas. Sus ojillos azules se sacudieron en sus envolturas de grasa.

Cómo se parecen ustedes dos, dijo acercando su rostro rosado. La misma pasión, la misma agudeza. Déjeme decirle que su turbación es del todo comprensible.

Leonor imaginó una conversación similar entre lord Palmer y Mamenka en algún lugar de París, en un mundo que ya se preparaba para la guerra.

Trabajamos en un mundo complejo, dijo lord Palmer. Y usted está aprendiendo, con encomiable celeridad, a orientarse entre sus miles de signos. ¿Estábamos acaso en presencia de un problema estrictamente francés? Tal vez sí, tal vez no... Tal vez le agrade saber que su trabajo ha permitido detectar una amenaza potencialmente grave para nuestros intereses. No cualquier francés que se presenta en Lisboa es quien dice ser, y usted captó a la perfección los matices.

Mientras lord Palmer hablaba, Leonor notaba el sutil movimiento de los invitados en el salón. Los grupos se formaban y desarmaban como si el piso se moviera, sensación a la que contribuían tal vez las velas. Observó de reojo a Cecilia y Margaret conversando muy juntas una de la otra, como en sus tiempos de Orlando y la Pasionaria, y se preguntaba si había sido testigo de un asesinato político o de una rebuscada representación. Aquella gente mentía tanto que ni se daba cuenta de qué era qué. Por lo pronto echaría de menos a McManus. Nada sería lo mismo para ella en la BBC.

Oh, eso ya lo arreglaremos, dijo lord Palmer de buen humor. Como ha oído, Robert parte a hacerse cargo de nuestras operaciones en Lisboa. Soy de la opinión de que necesita de una asistente de su entera confianza.

Leonor lo observó. Se había acostumbrado a que las luces se transformaran en sombras, pero de pronto se sintió superada.

En ese preciso instante, Robert McManus ingresó al salón de Margaret precedido de un rumor de risas y aplausos. Parecía una estrella de Hollywood llegando al estreno de su última película.

Qué guapo se ve en ese traje, comentó de pasada lord Palmer.

De pronto, McManus alzó la vista por encima del corrillo de sus admiradores, divisó a Leonor y avanzó en su dirección; en los ojos tenía un brillo que ya no era de triunfo, sino de franca preocupación.

* * *

Leonor pasó la siguiente hora persiguiendo a McManus con la mirada, esperando el momento preciso para atraparlo desprevenido y descerrajarle un disparo a boca de jarro. ¿Qué carajo estaba pasando? ¿Qué era eso de irse a Portugal? ¿Para qué?

Pero los hechos se le adelantaron.

¡No!, exclamó Margaret al oír la sirena. ¡Otra vez!

Hacía meses que no ocurría y muchos de los invitados se miraron con perplejidad. Debía tratarse de un error, de un ataque aislado. Como buen londinense, el mayordomo apagó las velas y encendió una linterna. Entre chistes y risas nerviosas comenzaron a bajar al refugio. Margaret y Cecilia parecían haberse reconciliado y lord Palmer avanzaba apoyado en su bastón, comentando positivamente el valor inestimable de las tradiciones.

Se oyó una explosión distante y Leonor sintió que alguien la jalaba del brazo.

No creo que quepamos todos en esa ratonera, dijo McManus.

Si estaba borracho no se le notaba.

Se miraron en silencio, solos en el salón a oscuras y sin la tía chismosa que los observara.

¿Quiere saber quién es Electra «realmente»?

Leonor era incapaz de saber si el zumbido que oía eran los motores del enemigo atravesando el cielo, o su propia ansiedad por oír la respuesta de McManus.

Electra es un grupo de hombres poderosos que controlan las comunicaciones del Imperio británico, dijo lentamente, encendiendo un cigarrillo. Electra controla antenas, aparatos de radio, cables, teléfonos y telégrafos en todo el mundo.

Eso Leonor lo intuía, llevaba meses trabajando en Bush House y tonta no era. McManus asintió; nunca la había tomado por tal.

Electra es una cofradía de caballeros excéntricos, coleccionistas de arte con grandes mansiones en el campo. Algunos se dedican al cine, otros a la reflexión esotérica. Como toda rama industrial de este país, han apostado sus mejores hombres para producir en la economía de guerra. Tienen a sus guionistas haciendo propaganda y a sus ingenieros diseñando sistemas para escuchar y transmitir. Según el mito, a comienzos de la guerra filmaron algunas películas pornográficas con actores alemanes...

Ambos rieron imaginando aquellas escenas de sexo con nibelungos lascivos y walkirias de grandes pechos. Afuera ya sonaba el despejado: había sido un

ataque simbólico, una jugarreta. Los invitados de Margaret no tardarían en volver.

Electra participa desde 1939 en la línea editorial de la BBC, dijo McManus. Pero venía perdiendo influencia hace rato y ahora ha quedado afuera. Lo que le queda de poder lo va a aplicar en otros frentes; por ejemplo, la «guerra secreta».

¿Era para eso que viajaban a Portugal? ¿Para combatir? McManus exhaló una larga bocanada de humo y asintió.

La subversión de Europa, la Campaña V. ¿Entiende ahora en lo que se ha metido?

Era su último día en Londres y Leonor aún no terminaba de hacer la maleta. Sobre la cama yacía un pequeño arsenal de vestidos CC41 con la correspondiente artillería de sombreros, medias, ropa interior, su pasaporte peruano verdadero y su falso pasaporte británico a nombre de Anna Ignatieva. Tenía dos personalidades, un ticket de la British Overseas Airways y cheques viajeros por cincuenta libras, su capital inicial para hacer la subversión en Europa.

/.../ Según radio Moscú, las tropas soviéticas han repelido un nuevo intento alemán de capturar la ciudad de Tula, ubicada a 193 kilómetros al sur de la capital /.../ La versión contrasta con lo informado ayer por radio Berlín /.../

Leonor apagó la radio. Normalmente hubiera estado en Bush House informando aquello con su mejor voz, intentando convencer a los radioescuchas de habla hispana acerca de la implacable influencia de aquella campaña militar a miles de kilómetros de sus hogares.

Comenzó a doblar su ropa. Un libra esterlina eran 100 escudos portugueses, 43,3 pesetas y 202 francos. ¿Cuántos chelines era una peseta? ¿Cuántos peniques un escudo? Carajo. Una vez terminada la maleta, cogió su cartera y salió. Quería ver Londres por última vez.

* * *

Era jueves y delante de los almacenes Peter Jones había una fila de mujeres esperando la hora de apertura, bufando y sacudiendo las piernas.

Caminó cuerdas y cuerdas sin prisa, hasta Hyde Park; caminó sintiendo el aire helado de noviembre. Recordó las tardes de verano con Cecilia, observando a los soldados y sus novias besándose en el pasto. Recordó las tardes de radio con la señora Finch.

Hyde Park se abría como un pulmón en medio de la guerra. Caminó plácidamente contemplando los árboles, se sentó en un banco junto a un olmo. Un padre y su hija arrojaban migas a los cisnes. Linda ella, ocho añitos quizá, trenzas rubias y sombrerito. El padre le pasaba migas, poquitas por lo de la guerra. La niña miró a Leonor y le dijo algo al padre en el oído. Se pusieron de pie. Ella los siguió.

Al final de Broadway Walk la niña se soltó del padre y echó a correr en dirección de unas carpas amarillas, con banderines rojos que flameaban a viento. Había mesas y carteles de colores, juguetes usados, libros viejos y latas de mermelada. Una feria en medio de Hyde Park. En una de las carpas un cartel anunciaba:

MISS MOIRA'S TAROT

Una ráfaga de viento sacudió la tela. A través de los pliegues, Leonor entrevió una mesa cubierta con un mantel, unas manos regordetas con las uñas pintadas, las muñecas rebosantes de pulseras. Otra ráfaga amplió la imagen a una silla vacía. De la carpa brotó un olor a incienso.

Buenas tardes, dijo una voz.

Unos cincuenta años tendría la tal miss Moira, mejillas flácidas y grandes ojeras, un corte *garçonne* del año veinte y una sucesión de collares de fantasía sobre el pecho.

Asiento, asiento. Lindo nombre, ¿extranjero?

Miss Moira sonreía, barajaba las cartas. ¿Tenía Leonor alguna pregunta concreta que hacerle a las cartas? Hablaba con ese acento chistoso, las sílabas finales apuradas y agudas. *Nayce Naym lov... wudyu mayn piquih' a car?* Había extendido las cartas sobre el tapiz formando un abanico.

Ahora concéntrese y elija una carta con la mano izquierda, la mano de la intuición...

Leonor sacó una carta y la dio vuelta.

Esta carta es su influencia básica, dijo miss Moira. Las copas simbolizan el agua fecundadora, la receptividad de lo femenino. El paje se sitúa entre el potencial acumulado de la reina y la acción del rey. Observe su actitud ante el pescado que se asoma de la copa. El paje vacila, y el agua del fondo sugiere el flujo sin fin de la vida... Nunca atravesamos el mismo río... Saque otra carta, por favor, y colóquela cruzada encima de la anterior.

La sacerdotisa es riqueza, estabilidad y autocontrol, una cierta languidez que puede ser positiva o negativa. Contiene todos los secretos (el libro) y no está dispuesta a revelarlos. O puede que su único gran secreto sea que carece de secreto. La sacerdotisa está encerrada en el Templo. La sacerdotisa es su oposición.

Con las siguientes cartas que Leonor sacaba fue formando una figura. Una cruz de futuros recientes y posibles desenlaces.

El sumo sacerdote, la torre, el seis de espadas, el seis de pentáculos. Miss Moira pasaba sus manos regordetas sobre las cartas, señalaba detalles. Un rayo fulminaba la torre, caían cuerpos con expresiones aterradas y Leonor vio en ello una alusión a los bombardeos.

Yer possibiu' fiucha, lov, dijo miss Moira, tomándole la mano.

Una última carta faltaba. Leonor se concentró.

Aquí veo un viaje, dijo miss Moira. Un viaje esperanzador pero peligroso. Usted es el barquero que transporta a esa mujer y a ese niño a través de un río lleno de amenazas... Fíjese que las espadas están enterradas contra el fondo de la barca, pero no la hundan...

Leonor pensaba en la reestructuración, en hombres poderosos que se dedicaban al cine, el esoterismo y las telecomunicaciones.

Son tres peniques, querida.

* * *

Terminó de hacer la maleta encajando la capa cervical, una buena ración de servilletas femeninas Modess y al oso Vicente entre la ropa de invierno y el ejemplar de *La guerra y la paz*, la nueva fuente de códigos en vez de *Los hermanos Karamazov*. Hizo un chequeo y observó la habitación propia por última vez.

Es lo mejor que podía hacer, miss García, dijo el abogado, guardando las llaves en un cajón. Su señor padre estará feliz. ¡Buen viaje!

Ella no estaba tan segura.

El taxi la llevó hasta la estación Paddington y, mientras esperaba el tren de la Western Railway hacia Bristol, se dedicó a escrutar los rostros que circulaban por el andén. Sonó el silbato de la partida y sintió una oleada de calor. A partir de ese momento su nombre era Anna Ignatieva. Al frente tenía una madre con un hijo de unos doce años, que no dejó de mirarle las piernas durante todo el

trayecto.

* * *

Atrás quedaron las casitas de ladrillo rojo y pardo, las hileras iguales, interrumpidas aquí y allá por socavones y escombros.

Durante los días siguientes al incidente había buscado en vano la noticia en los periódicos y en las radios; la ausencia de cualquier mención envolvía la muerte de Paul en un halo de irrealidad, como si ella lo hubiese soñado. Lo podían haber matado los suyos por traicionar el proyecto político. En cualquier caso, los hombres y las mujeres no se suicidaban igual.

El tren se detuvo en Reading, Dicot, Swindon y Bath, hasta finalmente entrar a la estación Temple, en Bristol. Leonor siguió al maletero entre la muchedumbre, barriando el andén con su visión periférica y sin detectar nada sospechoso, nadie de la policía política o de la ex República del Rif.

Había reservado una habitación en un hotel cercano a la estación. El recepcionista anotó los datos de Anna Ignatieva en el libro de ingresos y le entregó la llave con una sonrisa reglamentaria. Después de cenar pescado con papas fritas y una pinta de cerveza negra, regresó a la habitación y pidió que la despertaran a las seis y media.

* * *

No había soñado en mucho tiempo. Soñó con Papi y Mamenka. Bailaban juntos en un salón donde Leonor le llegaba a todo el mundo hasta la cintura.

C'est un mauvais garçon...

Se veían hermosos los dos, flotando sobre el piso al ritmo de la canción. Y Leonor se moría de ganas de bailar, de correr hacia el centro del salón y meterse en medio de ambos. A su alrededor los rostros la urgían: baila, niña, baila. Pero ella no se atrevía.

* * *

Los golpes sonaron en la puerta a la hora señalada. Leonor se levantó de un salto, se aseó, se colocó una servilleta femenina Modess y escogió un tailleur verde claro, un abrigo media estación y un tocado de fieltro oscuro. Todo CC41.

Se maquilló, se tomó la pastilla para los nervios y esperó a que el botones viniera en busca de su equipaje.

El taxi la esperaba en la puerta. Caía una lluvia fina y durante el trayecto hacia el aeródromo de Witchurch vio pasar, en cinco minutos, los principales acontecimientos del último año y medio: su llegada a Londres, la señora Finch, los bombardeos, su relación con Cecilia y con Margaret, sus noches de locutora en Bush House y el cadáver de un hombre en una pieza. Un hombre con el que había sostenido relaciones sexuales.

¿Había traicionado el proyecto político al mostrarle el mundo de los *hashashins*? ¿Al mostrarle una reliquia sufí?

Bristol había recibido su cuota de bombas y las calles estaban tan dañadas como las de Londres. Cerca de la estación vio el esqueleto calcinado de una iglesia, algo así como el cadáver de Dios.

Bombas incendiarias, explicó el taxista. Las famosas «cestitas de pan» del gordito Göring. Una tras otra, *Bloody'el twas*. Al primer ministro lo abuchearon cuando visitó la ciudad en abril... Nada raro con tanto irlandés en esa ciudad.

Hablaba con aquel acento divertido. *Aim actchuali uanov'em Padis... ci? Piurr Guinness in my blood...*

Leonor respondía con monosílabos amables. El taxista podía ser un simple irlandés simpático o un oído de la policía política. El taxi avanzaba por los suburbios y de pronto la guerra quedó atrás. Apareció un verdor húmedo, matinal, interrumpido apenas por casitas blancas y arroyos. La alambrada de púas y los puestos de control señalaban la cercanía de un objetivo militar. Leonor mostró su pasaporte.

Helo aquí. *Bon voyage!*

El aeródromo estaba rodeado por sacos de arena y custodiado por guardias armados. Había comenzado a llover con intensidad y las gotas repicaban contra el pavimento. Sacó su paraguas, se ajustó el tocado y cogió el neceser. Un maletero se hizo cargo del equipaje y juntos avanzaron hacia el mesón de chequeo.

Miss Berberova, dijo la muchacha, devolviéndole el pasaporte. Que tenga un buen viaje.

En la sala de espera había unos veinte pasajeros ¿Cuál de todos le tocaría al lado? ¿El militar de alto rango? ¿El joven diplomático? ¿El ejecutivo que leía el periódico, atento a las últimas noticias de Moscú? Preguntas banales para mimetizarse con su personaje. El oficial recibió su pasaporte y el salvoconducto,

y la observó durante unos segundos. Leonor sintió un cosquilleo en la nuca, la mano invisible de Electra en acción.

Junto a los aviones civiles había varios aparatos militares. Se oyó el llamado para abordar y Leonor siguió a los demás pasajeros hacia la nave que los esperaba con los motores encendidos, la cola pegada a la pista y la nariz redonda apuntando hacia el cielo borrascoso. Al pie de la escalerilla, una aeromoza alta, de uniforme y gorrita azul, sonreía mostrando sus dientes lácteos, perfectos.

Su asiento era el cuarto de la fila derecha, frente a la ventana. Se acomodó con el neceser entre las piernas y observó los asientos que comenzaban a llenarse. ¿El militar de alto rango? ¿El joven diplomático? ¿El ejecutivo? ¿Habría alguien más de Electra?

Padre Brown, mucho gusto, dijo el sacerdote, secándose la frente con un pañuelo.

Venía empapado, el paraguas se le había malogrado con el viento; de su cuerpo brotaba un olor difuso, mezcla de tabaco y sudor. La aeromoza había trancado la puerta, las hélices eran ahora invisibles círculos de fuerza en torno al motor.

El padre Brown le preguntó por su nacionalidad y Leonor sintió el agradable calorcito del personaje. Había nacido en Rusia, su familia huyó de la Revolución, se instaló en Berlín, luego en París. ¿Quería oír historias tristes ahora que el avión estaba por despegar?

Sonó una campanilla eléctrica y la aeromoza pasó frente a los asientos, pidiéndoles a los pasajeros ajustar sus cinturones y apagar sus cigarrillos. El avión se puso en movimiento y la pista comenzó a pasar cada vez más rápido debajo de las alas. Leonor sintió un ruido seco y un vacío en la barriga. El sacerdote rezaba aferrando un rosario:

Sancta Maria, Sancta Dei, Sancta Virgo Virginum...

La pista desapareció y la tierra se hizo cada vez más pequeña; en una alfombra de parches verdes se transformó. Ella se aferró de los brazos del asiento, repitiendo «las espadas no hundan la barca». Podía haber muerto por la explosión de una «mariposa» o quemada por un «cestito de pan», aplastada por un muro o simplemente atropellada por un autobús al atravesar la calle. Paul o como se llamara la pudo haber matado esa tarde por encontrar su pasaporte, o sus amigos por amenazar el proyecto político. Pero perecer en un avión rumbo al continente superaba la escala del absurdo.

Minutos más tarde el fuselaje se seguía sacudiendo, las alas flotaban y se

arqueaban un poco, como las de un pájaro, y el padre Brown mantenía los ojos cerrados mientras susurraba su *Sancta Virgo*.

Nunca me he podido acostumbrar a estos aparatos, dijo con un hilillo de voz.

Recién los abrió cuando el avión dejó de cabecear. Las nubes se habían abierto sobre los campos de la vieja Inglaterra. Poco después se vio el mar, sonó otra campanilla y la aeromoza linda se paró en el pasillo con una sonrisa tranquilizadora.

Señores pasajeros, damas y caballeros, les doy la bienvenida a nombre de Boac. Mi nombre es Greta y les hablo a nombre de nuestro capitán, Alex de Vries. Volaremos a un máximo de tres mil pies y nuestro tiempo estimado de vuelo a Lisboa será de seis horas y cuarenta minutos.

Se retomaron conversaciones, se encendieron cigarrillos, se desplegaron periódicos. Leonor le pidió permiso al padre Brown para ir al baño; las mujeres genuinas hablaban francés y se empolvaban la nariz.

Había que admitirlo: estaba guapísima en aquel tailleur, con aquel corte de pelo, con aquellos labios rojos como una rosa. La servilleta femenina Modess resistía bien, el problema era reconocerse en el gesto que le devolvía el espejo movedizo del avión. Una mercenaria de Electra, o simplemente una muchacha distinta haciendo su aporte contra el fascismo.

¿Algo para beber?, preguntó la aeromoza.

Leonor pidió un gin tonic; el padre Brown, un jugo de manzana. La aeromoza destapó unas botellitas en miniatura y las mezcló en un vaso, vertió dos cubos de hielo y se lo extendió, pasando su bello torso por encima del sacerdote.

Por su nacionalidad, imagino que ha sido educada en la fe ortodoxa, dijo el padre Brown, recuperando de a poco los colores.

Leonor le siguió el juego declarándose piadosísima. Sin la fe de «Christos» no hubiera resistido los bombardeos; sin la resurrección del alma, ni hablar de subirse a un avión. El padre Brown asintió y la empezó a llenar de preguntas sobre Rusia, San Petersburgo, y Leonor le contó que su padre era un hombre acaudalado y de ideas democráticas, secretario del gobierno provisional. Durante la Revolución se habían ido a Crimea y finalmente a París, cuando los bolcheviques se impusieron. De niña leía a Turgueniev y a Gogol. ¿Conoce a esos autores, padre?

La aeromoza pidió que se volvieran a ajustar los cinturones. Recogía los vasos cuando un cabeceo del avión la botó contra un asiento. Tuvo que

disculparse con un caballero por fregarle el saco.

* * *

El viaje se prolongó con el mismo patrón de sacudidas y momentos de quietud, atravesando grandes extensiones de mar bordeadas por costas abruptas. Leonor recurrió a sus viejas lecciones de geografía para dilucidar si se encontraban en el sur de Francia o el norte de España, hasta que la desaparición de la costa dejó en claro que aquella franja verde salpicada de manchones nubosos era la península. ¿Tiene feligreses en Portugal, padre?

En realidad viajo a España, dijo el sacerdote. Tengo un cargo en una organización caritativa que ayuda a reconstruir las iglesias españolas. Usted sabe, las que saquearon y destruyeron los rojos durante la Guerra Civil...

Leonor asintió. Algo había oído hablar de los rojos.

Los rojos, hija mía, son los mismos desde el inicio de los tiempos, dijo el padre Brown, arqueando sus cejas pobladas. El primero de todos fue Lucifer. Pero no vaya usted a creer, hija mía, que soy de esas personas que odian a los rojos. Soy un pastor, y sé que dentro de cada rojo hay un alma que pide ser salvada.

Un momento, un momento, ¿la Rusia bolchevique era lo mismo que la Unión Soviética, aliada de su majestad en la lucha contra el fascismo?

¡Hala!, dijo el padre Brown.

Leonor sintió una fuerte sacudida en las entrañas. El avión descendía, había llegado el momento y los pasajeros se ajustaban los cinturones. Por la ventana, Leonor comprobó que las alas se zambullían en una alfombra blanca. La muerte debía ser así, como atravesar las nubes y no salir a ninguna parte, no volver a ver el sol. El padre Brown rezaba y de pronto la tierra reapareció, se ampliaba paulatinamente en casitas, ríos, surcos agrícolas. Unos bichitos negros se deslizaban por caminos grises trazados entre el verdor. Eran carros y camiones, y su tamaño aumentaba. Se oyó el golpe seco del tren de aterrizaje.

Leonor vio la pista horizontal, húmeda, deslizándose cada vez más lento bajo el fuselaje.

¡Gracias a Dios!, dijo el padre Brown, persignándose.

Suspiros de alivio, diplomáticos y militares soltando sus cinturones, abanicándose con los periódicos. El avión avanzó algunos metros y se detuvo frente a un edificio. Seis horas de incertidumbre habían llegado a su fin.

Los pasajeros se agachaban para salir por la puerta. La luz los enceguecía. Leonor se despidió de la aeromoza y sintió el viento golpeándole la cara. Debíó sujetarse el sombrero y la falda, sacar el paraguas y caminar unos quince metros bajo la llovizna.

BENVINDO AO PORTUGAL: DEUS, PÁTRIA E FAMÍLIA.

El reloj marca las 12.30 de la mañana. A diferencia de Inglaterra, en aquel aeropuerto no había soldados, sino simples policías taciturnos hablando en susurros, con unas erres y eses que rechinaban.

Leonor sacó su pasaporte y se sumó a la fila que avanzaba delante del retrato de un general. Los policías revisaron su maleta y le hicieron preguntas. Anotaban todo en unos libros de hojas verdosas, lentamente y con caligrafía esmerada.

Apenas terminó la inspección, unos cargadores bajitos y taciturnos cogieron su maleta y el neceser. Leonor había perdido de vista al padre Brown y no lo lamentó. Debía buscar taxi, calcular escudos portugueses, dar propinas. Siguió a los cargadores y vio una fila de unas treinta personas delante de un mesón, hombres y mujeres elegantes, ojos azules, sombreros grises, pocas joyas. Hablaban alemán, o un idioma parecido. Divisó también a unos sujetos con trajes oscuros y grandes sombreros, que fumaban y fingían leer el periódico. Su visión periférica no fallaba.

Afuera corría viento, la esperaba un taxi con las puertas abiertas. ¿Qué carajo decían los maleteros?

Hotel Bragança, repitió el chófer.

¿Había tenido buen viaje? Los ojos de Leonor se cruzaron con los del taxista en el espejo. ¿Era su primera visita al país? Buena elección, ¿no? Portugal, oasis de paz de la Europa contemporánea, pequeño país y gran imperio colonial gobernado por el *doutor* Oliveira Salazar, presidente del Consejo y gran estadista lusitano.

Leonor observaba con atención el camino, las primeras casas, los edificios que cubrían la línea del horizonte. São João de Brito, São João de Deus, decía el taxista, señalándolas con el brazo. Qué distinto debía ser llegar a Lisboa desde el aire. ¿Sabía que los portugueses eran grandes marinos? ¿Que Lisboa era el puerto desde donde salieron las primeras naves europeas para conquistar el nuevo mundo?

A medida que entraban a la ciudad, Leonor tuvo la sensación de encontrarse en un París pobretón. Plata hubo aquí, parecían decir los edificios tristes, con terracitas, barandas y enrejados de fierro bellamente trabajados. Había una ciudad alta y una ciudad baja, o eso le entendió al taxista. Había pocos carros, algunos tranvías, caballeros con gabardina y bastón, damas apuradas sorteando charcas en las esquinas, zambos y negros retintos descargando sacos en los comercios, empujando mulas cargadas por las calles en pendiente.

Lisboa era una ciudad por donde la guerra aún no pasaba. No había filas de gente ante los abastos. Había, aquí y allá, letreros con soldados y aviones, pero ninguno con caricaturas de Hitler o de Mussolini, ni con svásticas asesinas o niños sufriendo. Curioso lugar para comenzar la liberación de Europa.

¿Le gustaba la música, lady, el fado? Y el casino de Estoril, el mejor de Europa hoy por hoy. El taxista podía llevarla, podía hacerle precio, o eso creyó entenderle. ¿Cuánto tiempo pensaba quedarse?

Llegaron a una plaza. El poeta Camoens, dijo el chofer, mostrando la estatua, tomando sin prisa por una calle de bajada. El río se divisaba entre edificios de cuatro pisos, con fachadas de azulejos en forma de cruz o de flor. *Hotel Bragança*.

Un timbre eléctrico sonó al atravesar la puerta. Leonor subió una larga escalera alfombrada hasta la recepción, donde se encontraba una figura de hierro fundido, un valet dieciochesco levantando un globo de cristal. Era un hotel sin lujos pero digno.

Señorita Berberova, dijo el gerente, confirmando su nombre en un libro.

Leonor había ensayado la firma de Anna Ignatieva durante semanas y la estampó con seguridad en el libro. El gerente llamó a un botones para que recogiera su equipaje del taxi. Comedor, sala de estar, cocina y repostero, explicaba. Las habitaciones estaban en el segundo piso, la suya tenía vista al río, un agrado para los ojos. ¿Primera vez que visitaba el país? Había que verlo para creerlo, nada de bombas, sólo tranquilidad y progreso. Leonor siguió al maletero al segundo piso, ya empezando a fastidiarse con tanta pregunta, tanto alarde de las ventajas nacionales. Todo gracias a Salazar, lady, el salvador de los portugueses, decía con un tono zumbón el maletero, como quien no cree la cosa.

Le habían dado una habitación cómoda, con muebles oscuros de caoba, cama doble y hermosas coberturas. El botones abrió las cortinas y detrás apareció Lisboa, con cerros y con río. Le entregó la llave, el almuerzo se servía hasta las cuatro, y Leonor le dio un billete de veinte escudos con su mejor sonrisa.

Muito dinheiro, moça.

Leonor lo observó con detención, reconociendo lo buenmoazón que era. Insistió, pero él no, no, por ningún motivo. ¿Sabía que o *povo* pasaba hambre? ¿Sabía que ese tal Oliveira era un tirano? Claro, pues. ¿Quién no lo sabía? Ella leía diarios, trabajaba en la radio. Era una mujer informada. Si tanto dinero era podía dárselo a su madre, o al *povo* ese. Ella ganaba en libras esterlinas.

El maletero la miró a los ojos, cogió los veinte escudos y se fue.

* * *

Leonor estaba en Lisboa para ser secretaria de un agente, para zambullirse en la misma ciudad desde donde había salido una amenaza letal para Electra. No iba a ser fácil.

Abrió el neceser y sacó las cremas y los perfumes. En uno de ellos traía escondida la minicámara Minox. Abrió la maleta y sacó sus vestidos CC41, al oso Vicente, harto zarandeado con el viaje, y el ejemplar de *La guerra y la paz*. Había traído también un ejemplar de *Las guías azules* de Lisboa, y lo dejó en el velador para estudiarlo más tarde.

La tina era hermosa, la grifería estupenda. Leonor volcó el jabón y las sales, y se sumergió en la espuma. *Las espadas no hundían la barca*, los hombres y las mujeres *no se suicidaban igual*. Estaba en una ciudad pacífica y tristonca, a la espera de Robert McManus para comenzar a trabajar.

Se envolvió el pelo con una toalla y se cambió de ropa interior. La lluvia caía sobre el techo y las ventanas.

Robert McManus sabía perfectamente la hora de llegada del vuelo, no tardaría en llamar. Calma, niña, le decía Vicente, lo primero era almorzar, las tripas le sonaban ya.

Bajó al comedor y, del otro lado de una a puerta de vidrio esmerilado con las letras H y B, entrelazadas por curvas y contracurvas barrocas, sintió un olor a buen tabaco y cocina portuguesa, el rumor de conversaciones. La luz era débil y había tres mesas ocupadas: la primera por un matrimonio maduro, la segunda por un hombre solo, de aspecto oriental, y la tercera por un hombre maduro y una muchacha de su edad.

¿Carne, pescado o sopa?, preguntó el maître.

Los nombres de los pescados no le decían nada y los vinos tampoco. Que le recomendara él algo. ¿Le apetecía una fuente de caldo de *galinha*, y luego un

bacalhau à bras con un vino de Ribatejo? Leonor asintió, miró a su alrededor. El hombre y la muchacha hablaban en portugués, padre e hija por el parecido; el matrimonio maduro era francés o belga, eran rubios, de ojos azules y mandíbulas rectas. Leonor y el hombre de aspecto oriental no hablaban y por un buen rato tampoco se miraron.

Decidió dar una vuelta para matar el tiempo. Hacía frío, le advirtió el administrador, y podía seguir lloviendo. Para eso había traído boinas, paraguas y botas, pues, y *Las guías azules* de Lisboa, para subir por la rua do Alecrim, junto a los rieles del tranvía. Desde una ventana un gato la miraba. Bajo un arco una pareja cuchicheaba bajo la placa del Dr. Flávio Antunes Amaral, oftalmólogo. Llegó hasta la plaza del poeta Camoens y se detuvo a contemplar las caras que pasaban, una señora con bolsas de compra, dos zambos arrastrando un burro de carga, las palomas bebiendo de una charca.

Tomó la misma calle por donde había subido el taxi, pero de bajada. Unos hombres conversaban a la salida del café A Brasileira. Eran casi las cinco de la tarde y Leonor decidió entrar.

Se sintió como en París pisando aquel piso cuadriculado, contemplándose en los grandes espejos que reflejaban su silueta recortada entre las cabezas de los caballeros endomingados. Las botellas de licor, alineadas en los estantes, parecían soldados en vísperas de un desfile. Los varones conversaban, hacían tintinear sus tazas y vasos y leían *O Século*. Era un mundo eminentemente masculino; sólo vio a dos mujeres acompañadas, detectó con su visión periférica varias miradas que parecían exigirle explicaciones. Pidió una *bica* de café y cogió un periódico de la barra: Los soviéticos contraatacan en Moscú. Un submarino alemán recalca en Angola. Reclamos del Foreign Office. Carguero noruego hundido frente a las Azores, al menos treinta muertos.

A pesar de una u otra palabra esquiva, la lectura le resultaba comprensible.

De pronto levantó la vista del periódico y vio a dos hombres que conversaban en voz baja, envueltos en el velo gris de sus cigarrillos. Su conversación era demasiado apasionante para distraerlos. Le llamó la atención el aspecto del que tenía al frente. Cuello largo, melena hacia atrás, mentón partido y lentes de pinza redondos. Húngaro, rumano o checo. El otro estaba de espaldas, era alto y de pelo oscuro. Entre el ruido de tazas y cucharas y el murmullo general, Leonor sólo alcanzaba a oír algunas palabras sueltas en francés. Dinero. Pruebas. Avance en efectivo. Orfebre rumano. Sintió el bichito de Electra corriendo por sus venas.

No podía permanecer allí sin llamarles la atención. Pagó el café, devolvió el periódico y salió. De regreso al hotel preguntó si tenía recados. El gerente hizo un gesto negativo. Nada por el momento, señorita.

* * *

En Londres, París o Lisboa los domingos eran siempre iguales, un día que no merecía la pena existir si no se estaba en buena compañía. Y Leonor estaba en una ciudad desconocida, completamente sola y contando los minutos que pasaban sin que sonara el teléfono con la voz de Robert McManus. Estaría ya zampado en algún bar de Lisboa, o habría salido de paseo al campo durante el fin de semana, dejando a Leonor abandonada a su suerte en aquel domingo tristón; qué cabronazo que era. Paciencia, niña, le decía el oso Vicente, ya llamaría, aparecería al día siguiente a la hora del desayuno muy campante y preguntándole qué tal el viaje.

Que se fregara McManus, lo mejor era bajar a la sala de estar y pedir algo fuerte, un coñac para el frío, y amigar con alguno de los huéspedes.

Se encontró con la pareja madura, el padre y la hija y el gerente. Todos estaban serios escuchando la radio, algo muy grave acababa de ocurrir y Leonor aún no lograba enterarse porque la emisión era en portugués. Algo logró captar de un ataque aéreo. ¿Pero dónde? ¿Se había fregado también Portugal? La mujer madura preguntaba en francés y el hombre maduro la hacía callar, la miraba irritado, preocupado, con sus ojos azules al borde de una crisis de nervios. Por favor, le pedía al gerente en su portugués con acento gabacho, ¿por qué no sintonizaba la BBC? Nadie hizo mucho caso de la llegada de Leonor, salvo la muchacha portuguesa. Entérate, cojuda, parecía decirle con sus ojitos oblicuos. ¿Malas noticias?, se atrevió a preguntar en francés.

Los japoneses han atacado a los norteamericanos, dijo la mujer francesa.

Leonor maldijo estar en Lisboa y no en Londres. ¿Cómo estaría Rubén Valle? ¿Y Subiabre? ¿Cómo estarían los jesuitas buenmozos y todo el staff de Bush House? El colerón que le daba no estar allí, que no fuera su voz la que llegaba a toda Hispanoamérica anunciando que los japoneses habían atacado y ahora la chanfaina era universal, de Oriente a Poniente.

El gerente cambiaba de estación, se oían voces en inglés y en francés repitiendo la noticia y todas entregaban su propia versión. Habían hundido varios barcos de guerra en Hawaii, un carguero frente a San Francisco.

En ese momento entró el hombre de aspecto oriental. Se hizo un silencio.
Qué gente tan estúpida, se limitó a decir en un portugués perfecto.
Nadie lo contradijo.

Leonor despertó al día siguiente con un mal presentimiento. No había recados en la recepción.

Cogió *Las guías azules* y leyó mientras desayunaba. Intercambió un saludo matutino con el gerente y salió hacia la plaza para tomar un taxi hacia el centro. Durante el trayecto comenzaron a formarse gotitas en el parabrisas. La Virgen de Fátima se balanceaba, colgada del espejo, al ritmo de los adoquines, y Leonor contemplaba los letreros. Dr. Prado Lima, Coelho e Irmãos.

Leonor se bajó en la rua do Comercio. En un puesto de periódicos vio los titulares, gigantescos y unánimemente negros. Había también periódicos extranjeros de la semana pasada, el *Times*, el *Corriere della Sera*, el *Abc*.

Caminó hacia el edificio del Banco Comercial. Preguntó por la sección de moneda extranjera. A su alrededor las máquinas de escribir repicaban con furor, accionadas por puntillosos funcionarios con visera y mangas negras. Sacó los cheques viajeros, mostró su pasaporte y llenó el formulario. Un libra esterlina eran cien escudos portugueses, ¿cuántos centavos un chelín, cuántos un penique? Carajo. Salió con dos mil quinientos escudos portugueses en la cartera y la visión periférica al máximo.

Afuera la lluvia no cesaba, Leonor aferró el paraguas y apuró el paso. Abordó un tranvía que decía Chiado. Estaba lleno y un zambo le cedió el asiento. Se ubicó entre dos señoras con cara de tranca. Una llevaba mantilla y la otra una caja de cartón en el regazo. De unos agujeros redondos se asomaba el piquito de un pollo.

Se bajó en la plaza Camoens y bajó por la rua do Alecrim hacia el hotel, siguiendo la inercia de su cuerpo y la lluvia en la cara. Una ráfaga feroz le cogió los últimos metros. Estilando subió la escalera y el gerente se puso de pie, por favor, disculpándose por este clima *nosso*, el comienzo de las *chuvas*. ¿Le apetecía un café en el sosiego de la sala de estar? ¿En los sillones de cuero, bajo la luz de la araña y frente al espejo? Algo más fuerte prefería. Algo así como un coñac, sonrió Leonor, y con ella el gerente. Como no, pues, señorita. Ahí no más se lo servían.

La sala de estar parecía un acuario, con sus luces amarillas y sus muebles de madera. Sentada en un sillón de cuero, hojeando periódicos y revistas, Leonor trataba de asimilar el portugués escrito al oral.

O GRANDE AMOR DE FÁTIMA

Leía un folletín romántico, encontraba las mismas frases cursis sobre él y ella tomados de la mano, besándose con recato y prometiéndose fidelidad eterna bajo la luna. Leyó recetas de cocina, puntos de tejido, devociones matrimoniales cojudas, caritas regordetas de bebés.

CUIDA DE MIM MÃE

Aún no terminaba el coñac cuando entró el hombre oriental, quien al verla se sacó el sombrero y la saludó con cortesía.

Manoel Lopes Carvalho Chang, encantado, dijo extendiendo una mano delicada.

Vestía un traje gris impecable, con pañuelo en el bolsillo, el cabello pegado a la nuca, un cuello largo con nuez prominente.

Siempre vengo a este hotel cuando estoy en Lisboa, dijo en su portugués perfecto, sin acento. No era chino, sino portugués de Macao. Leonor le respondió como Mamenka, en su francés de villana de cine. Era, pues, su primera vez en Lisboa. Le llamaban Anna Ignatieva Berberova, venía de Londres y, con la ayuda de Dios, llegaría algún día a París, su ciudad natal.

Perlezvousfrancê? Spikyu inglêz? Manoel Lopes Carvalho Chang era un ciudadano portugués con sangre vietnamita, *meo-meo ngâu-sôk*. Hablaba divertido y Leonor se rió. Se había venido de Macao hacía un mes, en un vuelo terrible de la Boac por Hong Kong y África Oriental, unos aeropuertos perdidos y miserables. Se había bajado en Durban y la última parte del trayecto la hizo por mar. Prefería un submarino a esas tormentas tropicales a tres mil pies de altura. Y ahora estaba en Lisboa, la única ciudad sensata de Europa.

Leonor sintió el bichito de Electra. ¿Y qué pensaba Manoel Lopes Carvalho Chang de la gran superproducción? ¿Llegarían los japoneses a Macao? ¿Volvería por aire o por mar?

Yo sabía que iba a pasar. Era cosa de oír la radio. Junté mis ahorros y me vine.

El camarero entró y les ofreció un bocadillo, otro coñac. ¿Señorita, señor? Ambos asintieron. Leonor sentía el derrumbe de las barreras y la adrenalina del personaje. ¿Y qué hacía una señorita rusa en Londres? El exilio, la traición, las pasiones políticas. Y el azar, pues, ese croupier sádico que baraja las cartas.

A Lopes Carvalho Chang le brillaron los ojitos.

* * *

Leonor había llegado a Lisboa tan sólo con una de *Las guías azules*. Había pasado más de un día y el silencio de Robert McManus empezaba a tornarse preocupante. Si la montaña no venía a Mahoma...

¿Agencia de noticias Mercury? El gerente la quedó mirando como si le hubiese preguntado por una casa de mala reputación. Le entregó la guía telefónica y, después de algunos segundos en que Leonor buscó en vano entre las páginas amarillentas, recordó tener un amigo periodista que podía saber. Lo llamaría y le avisaría.

Minutos más tarde sonó el teléfono de la habitación. Rua Augusta 342, tercer piso, dijo el gerente. Leonor cogió la cartera y el paraguas y salió.

Quince minutos después el taxi la dejó delante de un edificio de oficinas, en plena rua do Comercio. La reja del ascensor emitió un quejido de fatiga y la maquinaria tardó algunos segundos en ponerse en funcionamiento. Leonor se bajó en el tercer piso y avanzó por un pasillo en penumbras, leyendo con atención los rótulos de las puertas. Túlio Alvares Filho, Advogado de defensa. Nunes e Hirmãos. Comercio Exterior. La agencia de noticias Mercury estaba al final. Tocó a la puerta y esperó. Oyó unos pasos apurados y se encontró de frente con una mujer joven, a la que tuvo que repetirle dos veces el nombre de Duffy. *O senhor Alan Daffi?*, repitió la joven, pronunciando el apellido a la portuguesa. ¿Podía esperarla un minuto, que algo estaba llegando por el teletipo? Algo así parecía haber dicho, tan rápido hablaba.

No era muy grande la oficina. Una recepción estrecha y tres puertas entreabiertas. Había un retrato de un hombre de uniforme y con el pecho cubierto de condecoraciones, a quien Leonor no conocía. Sí reconoció, y de inmediato, el sonido y el calor que emitía el teletipo, un aparato igual a los que se utilizaban en Bush House. *Tacatacatata*, zumbaba la margarita, imprimiendo con eléctrica precisión las últimas noticias, los nuevos antecedentes del frente que se acababa de abrir en el océano Pacífico.

¿Sería tan amable de pasarme un rollo de papel?, preguntó la muchacha, observando con preocupación el aparato. Está en el mueble, a su derecha...

Leonor abrió el mueble de madera que señalaba la muchacha. Vaciló algunos segundos entre los archivadores clasificados. Había una sección vertical ancha, una especie de ropero donde se guardaban abrigos y paraguas.

Obrigado, dijo la muchacha, cambiando el rollo con destreza.

O senhor no se había aparecido en todo el día. Lo había llamado a su casa en vano. Y con lo que estaba pasando, imagínese. Iba a decir algo pero calló, reflexionó algunos segundos, como si la presencia de Leonor hubiese cobrado de pronto un sentido tranquilizador. ¿Por casualidad no será usted la señorita que viene de Londres?

Leonor asintió, se presentó. Vaya, las cosas comenzaban a aclararse. *O senhor* no daba aún señales de vida, con todo lo que estaba pasando. Y el otro periodista, *o senhor* Olsen, estaba en esos momentos en una conferencia de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores, de un momento a otro debía regresar.

Teresa se llamaba la secretaria, Teresa Pedra. Amable y preocupada por *o senhor*. Cosa más terrible la que estaba ocurriendo, ¿verdad? ¿Qué pasaría con Macao, con Timor? ¿Atacarían también los japoneses allí, a esas pobres colonias portuguesas? Leonor no tenía la respuesta, le dio su nombre y la dirección del hotel, volvería más tarde.

Qué bueno que la señorita ha llegado, dijo Teresa. Con el trabajo que hay.

* * *

De modo que la agencia de noticias Mercury, el apéndice portugués de Electra, era un bolichito de cuatro personas, incluyéndola a ella y a un jefe hasta el momento desaparecido. Ya no le gustaba la cosa. Necesitaba hablar largo y tendido con el ayudante de McManus, sujeto cuyo apellido la secretaria había tenido la amabilidad de anotar en una hoja de papel para que Leonor pudiese pronunciarlo como le diera la gana.

Gustav Olsen.

Sacó el paraguas y avanzó sin prisa por la rua Augusta. No quería volver de inmediato al hotel. Pasó debajo de un pequeño arco con una estatua y un reloj que marcaba las 17.30. Del otro lado había una plaza desolada, a lo lejos se divisaban las olas rompiendo y un sol anaranjado que se hundía en el mar. Se

cobijó debajo de una arcada y permaneció unos minutos buscando explicaciones al insólito comportamiento de Robert McManus, que ni su propia secretaria entendía.

Al volver sobre sus pasos vio al hombre.

Llevaba sombrero y estaba segura de haberlo visto durante la mañana en el banco. El mismo abrigo largo y los zapatos, los mismos bigotes negros. Leonor se ajustó el foulard y retrocedió por la rua Augusta. No había necesidad de apurarse, no le daría en el gusto. Oscurecía y los faroles habían comenzado a encenderse. Ya tenía su primera sombra, las cosas comenzaban a ponerse interesantes, niña.

* * *

Pudo haber cogido un taxi y pedirle que la dejara en alguno de los hoteles de lujo cuyas direcciones había subrayado en *Las guías azules*. Luego entraría al bar y pediría una copa, fingiendo que esperaba a alguien, y después de algún tiempo saldría por una puerta trasera. Pero el aspecto del sujeto le hizo pensar de inmediato que se trataba de una sombra local y que ya sabían en qué hotel se hospedaba. Lord Palmer le había advertido que de esas sombras no se preocupara. Sólo estarían comprobando sus primeros pasos en la ciudad, para el archivo.

Señorita Berberova, un caballero preguntó por usted, dijo el gerente. Parecía preocupado, como si Leonor, al preguntarle por la agencia de noticias Mercury, hubiese revelado en su rostro los síntomas de una enfermedad contagiosa.

¿Había dejado un nombre, una dirección, el caballero? El gerente le entregó una hoja con los datos, sin cambiar el gesto de la cara. Tal vez era sólo la preocupación natural de un ciudadano portugués, después de todo esa mañana volaban las declaraciones de guerra, Estados Unidos, el Reino Unido, Holanda y China, hasta Nicaragua declaraba la guerra, y Japón daba zarpazos por todas partes. ¿Qué pasaría con Timor? ¿Con Macao, qué pasaría?

Leonor subió a la habitación y encontró la cama estirada, al oso Vicente sentado sobre la almohada como un príncipe egipcio. Si parecía que hasta lo hubiesen peinado. Cogió el teléfono y discó el número que el gerente le había anotado en el papel. Le respondió una voz masculina, pausada. ¿El señor Olsen?

¿Primera vez en Lisboa, señorita Berberova?

Primera pues, y ansiosa por conocer más.

Yo todavía no me acostumbro al aceite de oliva, dijo la voz.

Habían intercambiado las claves. El camino estaba despejado.

Media hora más tarde, sentada en una mesa del café A Brasileira, Leonor vio aparecer un coloso de un metro noventa, ojos azules, el rostro cincelado como un guerrero escandinavo. A pesar de toda el agua corrida bajo el puente, Electra no dejaba de sorprenderla con sus criterios de selección de personal.

Enhorabuena, dijo en inglés y con una voz algo cansada. ¿Tuvo buen viaje?

Había trabajado todo el día, yendo de la conferencia de prensa a la sala de redacción. Los portugueses habían reiterado su neutralidad, no tenían la menor posibilidad de defender sus colonias en Asia. Olsen había conseguido pinchar una historia de un funcionario del Ministerio de Exteriores acerca de Timor Oriental. Corría el rumor de que los colonos portugueses se estaban armando para colaborar en una defensa conjunta con la mitad holandesa de la isla.

Trescientas cincuenta *fuckin'* palabras que el teletipo de Mercury ya había emitido *urbi et orbi*, dijo Olsen con una leve sonrisa. Obligamos a los japoneses y a los portugueses a desmentirla en el acto. *Bloody success!*

Olsen hablaba un inglés muy *cockney*, muy portuario. Un animal periodístico era.

Soy noruego y Mercury es una agencia sueca con sede en Gotenburgo, dijo Olsen. Nuestros clientes son radios y periódicos suecos, suizos y finlandeses, aunque también nos toman los *brits* y los *yanks*. Tenemos buenas fuentes diplomáticas y de gobierno y hacemos las típicas martingalas de prensa de estos días. Ya sabe, recoger una noticia de una estación de reputación dudosa, pedir confirmación o desmentido de una fuente oficial y subirla al aire. Cierta o falsa, alguien la recogerá en otra parte del mundo, y ya está. Es como las cargas de profundidad de los submarinos. Las arrojan por si acaso, por si el submarino enemigo anda por ahí.

Cada noticia que lograba colocar la agencia Mercury desencadenaba un pequeño efecto en cadena. Las reacciones y desmentidos oficiales recorrían toda Europa y los jefes se regocijaban.

Pero hábleme de usted, dijo Olsen. Duffy me alcanzó a adelantar algo.

Leonor sonrió. Anna Ignatieva Berberova la llamaban. De San Petersburgo. Hija de socialdemócrata y nieta de funcionario imperial. Amiga «íntima» de Alan Duffy. A propósito, ¿por qué no hablaban acerca de su paradero?

Eso mismo me gustaría saber, dijo Olsen.

Leonor escogió sus palabras con cuidado. Lo único que se le ocurría era

partir por lo básico. ¿Sabía Olsen dónde vivía? ¿Quedaba lejos?

* * *

El taxi subió por un cerro, siguió por unas callejuelas estrechas y se detuvo delante de un mirador rodeado de palmeras, con vista a toda la bahía.

En Lisboa no había *blackout*, la vida era como Leonor la recordaba de antes de la guerra. Según Olsen, el *doutor* Salazar tenía la fórmula perfecta: partido único, capitalismo dirigido, colonias ricas en recursos naturales y pocas bocas que alimentar. Pero no todo era color de rosa, había escasez, corrían rumores. En algún momento tendrían que racionar la electricidad y los alimentos.

Hábleme de Duffy, pidió Olsen sin parpadear.

Leonor sabía el cuento de memoria. La tapadera de McManus era la de un patriota irlandés, Alan F. Partridge, egresado de Trinity College, Dublín. Familia protestante, de joven entró al Sinn Fein, trabajó con De Valera y Michael Collins. Uno de los primeros expertos en radio que tuvo el Estado libre de Irlanda.

Un anglófobo de cuidado, dijo Olsen.

Habían llegado hasta un sector de la ciudad alta, frente a un mirador que daba una vista cabal de la bahía. Olsen pagó la carrera y Leonor lo siguió hasta una casa color damasco, rodeada por un muro bajo. Las luces estaban apagadas. Se miraron y Leonor hizo un gesto afirmativo.

Olsen abrió la reja y entraron. Leonor miraba las ventanas por si los vecinos observaban. Rodearon la casa y Olsen procedió con sus largos dedos y una pinza a abrir la puerta trasera. Su destreza era propia de los cursos de entrenamiento de Electra.

Ya estamos, dijo.

Encendió la luz de la cocina. Había platos y copas en el fregadero, un cenicero rebasado de colillas, una marmita con restos de guiso, nada que desentonara con una vida de soltero. En cambio, en el living había habido acción.

Olsen exclamó algo en noruego; algo como *fik, fok*. Había vasos y botellas y muebles en posiciones inusuales, señales de forcejeo, cristales rotos en el piso. Olsen revolvía los cajones de un escritorio por donde visiblemente ya había pasado más de alguien.

A Leonor todo su entrenamiento le indicaba que buscar papeles era inútil. La

regla sagrada del oficio era memorizar nombres, direcciones y teléfonos, y destruir todo rastro escrito. Los agentes de Electra eran archivadores andantes.

Tenemos que mantener a la policía portuguesa fuera de esto, dijo Olsen. Me refiero a la policía ordinaria. Porque la otra nos sigue hace tiempo y espero que por el momento no intervenga.

Ante la mirada interrogadora de Leonor fue soltando una seguidilla de letras, tal cual las pronunciaría un portugués de la calle.

PVDE. Polícia de Vigilância e Defesa do Estado.

Leonor recordó al hombre que la había seguido del banco a la agencia, y de allí a la plaza, pero prefirió no mencionarlo. Regresaron en silencio a la calle, amparados por la oscuridad.

Hacía frío; el viento corría desde el río y le sacudía la falda. Leonor comprendió que había salido del fuego para caer a las brasas, sin otro punto de partida en esa ciudad melancólica que aquel escandinavo desconocido.

¿Desea volver al hotel?

Leonor venía demasiado apabullada para responder. ¿Tenía otra sugerencia? ¿Conocía lugares donde tomarse una copa y sopesar los hechos?

Olsen hizo parar a un taxi y le dio una dirección al chofer, quien asintió en silencio y se internó por calles y callejuelas en pendiente. Los dejó en una plazoleta iluminada por unos faroles mortecinos. *Duas Meninas*, decía el cartel del local adonde la llevaba el escandinavo desconocido.

Era un espacio reducido con rostros a media luz, saturado de tabaco, risotadas y murmullos. Por milagro había una mesa desocupada y Olsen pidió una botella de vino y un plato de *bacalhau à Nazaré*.

Nadie sabe a ciencia cierta el origen del fado, dijo. Según algunos, proviene de viejas canciones moras; según otros, vino de Brasil, de África, del Magreb. *Saudade, nostalgia e ciúme*, añoranza, nostalgia y celos, canto de la ciudad que ahora escucharemos en la voz de Lidia Pimentel, con Paulo Isidoro Freitas en guitarra y Lúcio Salgado en mandolina.

Lidia Pimentel era bajita, de pelo negro cogido en un moño, el cuello envuelto en una bufanda roja, muy maquillada, con gruesas cejas de máscara griega, muy erguido el pecho. El público aplaudió y Leonor también.

Todas las casas de fado están vigiladas por la policía, dijo Olsen. Las letras las aprueba la censura.

Leonor observó a Lidia Pimentel cantando canciones desgarradas y melancólicas con vibrante voz y gestos dramáticos, mientras sus músicos pellizcaban sus guitarras y mandolinas extrayéndoles la más pura expresión de nostalgia portuguesa.

Agentes de la PVDE, le murmuraba Olsen a Leonor en el oído, aprovechando los intervalos entre canción y canción. Hombres del SD, del

Abwehr, del Ausland SD y de todos los organismos de inteligencia del mundo, disfrazados de periodistas, banqueros y agentes de aduana. Están aquí mismo a mesas de distancia. Derrick, del *Manchester Guardian*, y Schwob, ejecutivo de Lufthansa.

Leonor aplaudía y observaba de reojo al público, registraba dentro de las posibilidades limitadas del claroscuro y del tabaco que subía hacia el techo. Lisboa era eso, como Macao, Kampala, Timor y otros puntos del «Imperio» portugués. Un puerto libre. Cuando Lidia Pimentel se despedía del público con los brazos cruzados sobre el pecho, inclinándose en una venia de solemne agradecimiento, Leonor ya sabía cómo atacar.

Se le había olvidado algo en su análisis al escandinavo desconocido que empezaba a conocer.

¿Qué cosa?, preguntó Olsen perplejo.

El jazz, pues. ¿Dónde se escuchaba jazz en Lisboa? ¿No estaba bueno ya de *ciúme*?

Olsen observó su reloj y sacó su billetera. Tenía muchos escudos portugueses para invitarla. Lisboa comenzaba a gustarle.

* * *

Queda cerca, podemos ir caminando, dijo Olsen.

El letrero del Duas Meninas languidecía en la soledad de la plazoleta. Leonor se sentía protegida por el esqueleto masivo del escandinavo que creía conocer cada minuto más, avanzaba por las callejuelas sin titubear, con media botella de vino en la cabeza.

El Pombal era aún más estrecho que el Duas Meninas.

Había menos luz, más humo y ruido. Un cuarteto de zambos, trompeta, saxo, batería y contrabajo, tocaba inspiradísimo *Sweet Georgia Brown*. No había mesas libres y debieron quedarse de pie en la barra.

Los conozco, dijo Olsen, gritándole en el oído. Son los Cleveland Four.

Charlie era de Missouri, Dizzy de Carolina del Sur, Louis de Kansas y Ben de Tennessee. Eran obreros del neumático y se habían conocido en Ohio, tocaban arrancando aplausos y movimientos cadenciosos del público.

El jazz era la *lingua franca* de Europa. En París y en Lisboa convocaba a los distintos. ¿Le gustaban a Leonor los *jazz standards*? Iba a responder cuando un hombre se detuvo delante de Olsen y lo saludó en francés.

¡Conde Olaf!

Comendatur!

Los Cleveland Four habían terminado su número. Aplaudía el público del Pombal y Leonor observaba con interés al recién llegado. Cuello largo, melena hacia atrás, mentón partido y lentes de pinza redondos. En alguna parte lo había visto y no tardó mucho en recordarlo: café A Brasileira, domingo, sus primeras horas en Lisboa. Dos hombres hablando en francés de avances en efectivo y orfebres rumanos.

Georghe Costea, lo presentó Olsen.

Encantado, encantada. Anna Ignatieva, la llamaban, recién llegada a Lisboa, escritora y corresponsal de un grupo de diarios y revistas progresistas del Reino Unido. Hija del exilio blanco, una defensora de la libertad. ¿Y de Pearl Harbor qué pensaba? Rumano, ¿no? Anna Ignatieva lo adivinaba todo, y Georghe Costea la miraba turulato, pedía una cerveza, brindaba con ellos.

Rumano de Moldavia, dijo Olsen. Una autoridad en lenguas antiguas, secretario cultural de la embajada de su país.

Y vamos tomando nota, caray; una autoridad en un campo del saber que disfrutaba de la sensatez portuguesa. Leonor comprendió que estaba frente a una de las fuentes diplomáticas de Olsen. ¿Y Rumania en qué estado estaba? ¿No estaban al oriente en el mapa y a la derecha en el espectro? ¿No estaban en lo de la URSS ayudando a Hitler? Georghe Costea le sostuvo la mirada.

Los rumanos son desde hace siglos los guardianes de la desembocadura del Danubio, dijo el secretario cultural. Hoy defienden la libertad del gran río contra el imperialismo eslavosoviético. La alianza con el Reich es una decisión espiritual y geopolítica.

Anna Ignatieva amaba también los ríos. El Neva, el Don, el Mississippi y el río aquel que corría frente a Lisboa. Amaba más los ríos que las naciones, le interesaban más las ideas que las razas. Odiaba la economía norteamericana, pero amaba Norteamérica porque el jazz existía, decía casi a gritos sobre el murmullo excitado de los parroquianos del Pombal.

Bueno, bueno, pero no vamos a hablar de política aquí, dijo Olsen tratando de apaciguarla.

Que la perdonaran. Anna Ignatieva recién echaba sus anclas en Lisboa. La Revolución la sorprendió cuando niña en San Petersburgo, aún recordaba el viaje a Shanghai, la llegada a Londres con su familia, de hotel en hotel mientras la fortuna menguaba y la nostalgia se comía los pulmones de su padre. Ya nada

volvería a ser igual en el mundo, decía llena de *saudade*, mientras los Cleveland Four volvían al escenario.

Costea pareció conmoverse con su relato. ¿No es maravillosa esta música de *metales*?, preguntó.

Los Cleveland Four tocaban inspiradísimos, improvisaban, movían los dedos e inflaban las mejillas como poseídos.

Como el alquimista, el herrero es un señor del fuego, decía Costea. Por esta vía opera el paso de una sustancia a otra. El músico de bronce usa la alquimia para comunicarse con el «otro mundo», el de los «antiguos».

Leonor necesitaba torearlo. Así que Rumania estaba al este del mapa y a la derecha de la política. ¿Y qué opinaba de Pearl Harbor? ¿Qué futuro le esperaba al jazz ahora que la economía norteamericana y los músicos norteamericanos entraban en la guerra?

Hay que ver cómo entra Norteamérica en esta «danza macabra», dijo Costea.

En cualquier caso, Norteamérica era un aparato industrial imposible de atacar por mar o por tierra. Un suministro de alimentos, armas y hombres para hacer papilla a Hitler.

Es muy posible, dijo el rumano cerrando los ojos para sentir mejor la vibración de los metales. Y espero no estar aquí para verlo.

Despertó con una resaca de aquellas. Recordaba fragmentos de conversación, imágenes dispersas de los cerros de Lisboa.

Recién bajo el chorro tibio de la ducha pudo Leonor armar las piezas y recordar que en algún momento de la noche se habían separado de Costea, que Olsen la había acompañado de vuelta al hotel en un taxi conducido por un chofer taciturno (como todos los de Lisboa).

Bajó al comedor y se encontró con Manoel Lopes Carvalho Chang. Los demás huéspedes ya habían desayunado. ¿Le apetecía compartir su mesa? ¿Qué sentido tenía disfrutar sola de aquel increíble café brasileiro, de esa leche cremosa y no racionada? ¿Privarse de la compañía y conversación de un caballero? Lopes Carvalho Chang parecía oriental, pero en realidad era un portugués de tomo y lomo, educado por la Compañía de Jesús.

Hong Kong, Singapur y Manila, un tridente japonés ha caído sobre el sudeste asiático, dijo Lopes Carvalho Chang, golpeando el periódico con los dedos. Aún no dejo de felicitarme por haber venido. Era cosa de leer entre líneas.

Lopes Carvalho Chang se había venido de Macao temiendo la guerra. Voló por Asia, por África, para llegar a Lisboa y comenzar una nueva vida. Si las cosas no se daban, si no se acostumbraba al clima europeo (como ya le estaba pasando), podría irse a Brasil, establecerse en Bahía o Pernambuco. A Leonor le brillaban los ojos con tanto nombre, se imaginaba los parajes verdes y montañosos por los que atravesaba el avión evitando la guerra. ¿Y no echaba de menos a sus amigos, a sus seres queridos? Lopes Carvalho Chang sacudió tristemente la cabeza.

Mi padre fabricaba botas. Llegó a tener clientes en Hong Kong. Ganaba mucho dinero, y lo perdía en los casinos. Era hijo de *meo-meo* y *ngâu-sok*.

A Leonor la voz de Lopes Carvalho Chang la hacía volar hacia lugares remotos, se imaginaba pagodas y templos, vestidos de seda y porcelanas. ¿Hablaban el chino además del portugués?

Tchin-toi, Chon-toi!, dijo Lopes Carvalho Chang, achicando los ojos,

mostrándole una tarjeta con un sello rojo. *Ham-yi!*

* * *

Leonor se despidió de Lopes Carvalho Chang, tomó el tranvía hacia la ciudad baja y se presentó en las oficinas de la agencia de noticias Mercury. Teresa la saludó con cara de traspaso. Olsen estaba en su escritorio pasando a máquina el artículo sobre Timor.

Nada aún, dijo poniendo a un lado los papeles. Acabo de informar a Gotenburgo. Se va a armar una en cuestión de horas.

¿En qué momento aparecería la policía portuguesa, el consulado, la prensa local? Tenían una crisis en las manos y debían hacer algo pronto. La presunta desgracia podía ser un accidente natural, un atraco en algún rincón oscuro de los bajos fondos de Lisboa, o un ataque sorpresa de un enemigo cuya identidad ni ella ni Olsen estaban aún en condiciones de especular. Le pidieron a Teresa que llamara a todos los hospitales de la capital.

Si no nos han llamado es porque está grave y perdió su documentación, dijo Olsen. O se la han quitado.

Imaginó lo que diría el oso Vicente de todo aquello: bienvenida a la guerra secreta, niña.

* * *

Lisboa despertaba tarde. Los funcionarios recién llegaban a sus oficinas a las once. Muchos paraban en los cafés a comentar las noticias.

Vamos al café Martinho, dijo Olsen, apurando el paso. A tratar un asunto de la máxima importancia con un contacto en el Ministerio de Industria. Quiero que me dé su opinión, tengo mis dudas de que sea alguien de fiar.

Se separaron al llegar al Terreiro do Paço, la misma plaza donde Leonor había visto ayer a su primera sombra.

El Martinho estaba al final de una de las arcadas. Vio a Olsen comprar un periódico y metérselo bajo el brazo. Con ese mismo gesto despreocupado entró al café. Leonor debía esperar algunos minutos. En la explanada de la plaza, junto a la estatua de algún monarca portugués, se desplazaban siluetas lánguidas, se divisaba la línea azul del río y los barcos que llegaban o se alejaban haciendo sonar sus sirenas, grandes cargueros y pequeños remolcadores, lanchas

pesqueras. Allí terminaba el océano y comenzaba el continente. Bajo esa atmósfera plácida se libraba una guerra secreta.

Leonor se ajustó la boina y el foulard y caminó hacia el Martinho. Ya comenzaba a amar los cafés de Lisboa. Entrar en cualquiera era zambullirse en un mundo de olores cálidos, la otra cara de las noches de fado y jazz. Los parroquianos no eran los bohemios contumaces del Pombal o del Duas Meninas, sino caballeros sin apremio conversando acerca de la inmortalidad de la poesía o del precio del cacao. En este ambiente bonachón y sin tiempo, un par de extranjeros leían el periódico frente a una *bica* o un *duplo*, ocultando sus ojos bajo el sombrero, usando su visión periférica.

Uno de ellos era Olsen.

Leonor debía sentarse en una mesa cercana, de manera tal de poder verle el rostro al contacto. Pidió una *bica* y sacó su ejemplar de *La guerra y la paz*, Oxford University Press, 1928. Si alguien le dirigía la palabra, un caballero portugués o el otro extranjero que leía el periódico, su nombre era Anna Ignatieva.

A las once de la mañana Olsen comenzó a mirar su reloj. El contacto no llegaba. Leonor estudiaba al otro extranjero. Era alto y de pelo oscuro, llevaba un traje de buen corte. Lo vio mirar su reloj también.

Pasaron diez, veinte minutos. Olsen se puso de pie y pidió un teléfono. Regresó con el ceño fruncido, pidió la cuenta y le hizo a Leonor el gesto convenido para desistir.

Leonor permaneció algunos minutos más. Pidió otra *bica*. Los caballeros portugueses hablaban acerca de la latinidad, de las exportaciones de alcornoque; el otro extranjero no despegaba la vista del diario. ¿Dónde lo había visto antes?

Pidió la cuenta. No regresó directamente a la agencia Mercury. Dio un largo desvío por las calles aledañas para conocer mejor la ciudad.

En la guerra secreta de Electra ninguna precaución estaba de más. El enemigo podía ser cualquiera.

* * *

Teresa había llamado a todos los hospitales de Lisboa. Al Santa María, al Cruz Vermelha Portuguesa, al Ordem da Terceira y a varios más. En ninguno había ninguna persona con las señales de o *senhor*.

En ese momento sonó el timbre.

Un policía quiere hablar con *o senhor*, anunció Teresa.

Era un hombre bajo, rollizo, de unos cuarenta años y de una expresión sorprendentemente amable para ser policía.

Comisario Marcilio Brito Lima, dijo presentándose con un tono que parecía más el de un agente de seguros a punto de entregar una mala noticia.

¿En qué lo podemos ayudar, comisario?, preguntó Olsen.

Una vecina del barrio de Alfama encontró esta billetera en la calle.

La colocó sobre el escritorio y Olsen la cogió. Estaba vacía, salvo por una cédula de identidad del Estado libre de Irlanda con la fotografía de Robert McManus y su alias.

Hemos intentado llamar por teléfono y concurrimos a su domicilio. Los vecinos nos informaron que no se le ha visto desde el 6 de diciembre pasado. Entiendo que trabaja aquí.

Tampoco hemos sabido nada de él, dijo Olsen.

Esto es una agencia de noticias, ¿verdad?, preguntó el comisario Brito Lima, mirando el teletipo.

Efectivamente, respondió Olsen. Una agencia de noticias sueca.

El comisario hizo un gesto taciturno como si el dato careciera de importancia.

Entonces, el señor Duffy no se ha comunicado tampoco con ustedes.

Ante la negativa simultánea de Olsen y de Leonor, Brito Lima permaneció en silencio durante algunos segundos.

¿Alguna hipótesis?, se atrevió a preguntar Olsen.

El comisario sacudió la cabeza. La billetera no era de mucha ayuda. Aparte de la cédula, estaba vacía; ninguna tarjeta o boleta de servicios que permitiera reconstruir las últimas horas del sujeto. Alfama era una zona popular, con muchos bares y casas de fado, pero nada hacía pensar que la desaparición del señor Duffy se hubiese producido allí.

Aquí tienen mi teléfono, dijo entregándoles una tarjeta. Parecía lamentar no poder serles de más ayuda. Antes de irse les pidió sus nombres y sus direcciones. Al anotar la de Anna Ignatieva, la miró con ojos tristes.

* * *

¿Está segura de que no la han seguido hasta acá?, preguntó Olsen.

Había llegado la hora de tomar precauciones, encontrarse en lugares

señalados, cambiarse de hotel y dejar papелitos debajo de la puerta.

Esto llegó de Londres, dijo Teresa, entregándole a Olsen un teletipo aún caliente.

El noruego leyó el documento y frunció el ceño.

Es bastante escueto, dijo sin ironía, mostrándole una hoja cubierta con garabatos.

En Electra los códigos eran personales. Ningún agente compartía su libro con otro. Leonor salió de la oficina y Olsen se encerró para traducir el mensaje.

Los teletipos seguían llegando. La margarita giraba endemoniadamente sobre el papel. Volaban las declaraciones de guerra y Mercury callaba, de China ni una palabra, tampoco de los Países Bajos ni de la impresionante lista de países centroamericanos que estaban por la democracia. Leonor miró a su alrededor y concluyó que Mercury no podía ser la única operación de Electra en Lisboa. En otra parte habría otros aparatos de radio y hombres V transmitiendo.

Venezuela acababa de romper relaciones diplomáticas con Japón, informó Teresa.

Sonaba en la radio la serenata de Sammy Kaye y su orquesta. Teresa sintonizaba estaciones norteamericanas para mitigar la matraca del teletipo. No escuchaba fados o radioteatros portugueses, sino la CBS.

Olsen salió de la oficina al cabo de veinte minutos y llamó a Leonor.

Supongo que esto es para usted, dijo entregándole una hoja.

Leonor la observó y no supo qué decir:

2365125X21263621X8232630X34344

Por el momento nos ordenan colaborar con la policía. Le avisaré cualquier cosa que sepa.

El gerente le entregó la llave de su habitación y sacudió la cabeza: no le había llegado ningún mensaje. Ya no la saludaba con la amabilidad del primer día, como si Leonor llevase en el rostro las marcas de alguna enfermedad contagiosa. Era hora de empezar a tomar precauciones.

¿Malas noticias, niña?, le preguntó el oso Vicente desde su trono en la cama. A pesar de los cuidados de las mucamas, se le había comenzado a caer el pelo, como si el clima de Lisboa le estuviese sentando mal.

Leonor se sacó la boina y el foulard. Dejó su cartera sobre la cama y comenzó a prepararse para un golpe de timón. Abrió el ejemplar de *La guerra y la paz*, edición Oxford, 1928. Pasaban delante de su retina, de manera arbitraria, la batalla de Borodino, los amores del príncipe Andrei y las deudas de juego de Nikolai Rostov. Anotaba las líneas, párrafos y páginas en columnas, según el procedimiento habitual.

OLSEN NO CONFIABLE. HABITACIÓN PROPIA. PASAR A SABA II.

Saba I era Anna Ignatieva. Pero Saba II implicaba cambiar de rostro, sacar el pasaporte peruano sin timbrar que escondía en un doble fondo de maleta. Normalmente era un paso a dar recién al cabo de varios días, cuando McManus le hubiese comunicado sus planes. Aquello sólo confirmaba la gravedad de la situación.

La última parte del código no se descifraba con Tolstoi, sino *Las guías azules*, en la sección iglesias, templos y monasterios.

Leonor volvió a coger el paraguas. Se guardó el pasaporte peruano en la cartera y salió.

El cielo se había cubierto y se acercaban nuevas lluvias. Volvió a la ciudad baja y buscó la dirección. Se detuvo delante de un imponente templo del gótico tardío, la arquitectura portuguesa en su esplendor.

Faltaba media hora para la misa de seis y había poca gente. Leonor contempló con arrobo la gigantesca bóveda. Parecía el casco de un barco al revés, toda ornada con motivos cristianos, ángeles y querubines, corderos y madres. Se dirigió hacia el altar mayor.

A un costado estaba el confesionario.

Se persignó y se inclinó sobre la caseta de madera. A través de la rejilla brotó una voz familiar, en un inglés cercano en vulgaridad al *cockney*.

¿En qué te puedo ayudar, hija mía?

Era el padre Brown.

* * *

Te escucho.

Leonor sintió el cosquilleo del personaje.

Sus pecados la traían, padre. Pecados de acción y pensamiento, carnales incluso. Tres noches llevaba en un hotel, le explicó sollozante, lejos de su casa. Era peruana, vivía en Londres y su padre en Vichy, estaban separados por la guerra desde el día en que Francia cayó. ¿Hasta cuándo? Había ahorrado durante meses para pagarse el pasaje, y ahora los gabachos no le querían dar el visado... Tres noches en el hotel. Y se aburría, se daba baños de tina varias veces al día, pedía champagne y desayuno a la habitación, se lo traía un valet harto buenmozn. ¿Cómo evitar la tentación, padre? El primer día le había dado una propina generosa; el segundo le regaló el pan y los buñuelos y le preguntó por su madre... Pero toda esa solidaridad era fingida, padre, toda esa bondad suya era sólo para acercárselo, para envolverlo como una araña, para que bebiera de su copa y le besara los pies.

Después de pecar, el valet buenmozn le contaba que *o povo* pasaba hambre, que Salazar era un dictador. ¿Era cierto, padre? ¿Ella que odiaba a los dictadores? ¿Cómo podía quedarse ahí esperando que los gabachos le dieran visa?

Leonor guardó silencio. El padre Brown se aclaró la garganta, como Rubén Valle al encarar el micrófono.

Según Santo Tomás, los placeres del tacto y de la visión no son necesariamente pecados. Pero hay que ejercerlos con moderación. El placer es *apetito*, y el filósofo dice que su llamado al exceso destruye la estima por la prudencia. Según Santo Tomás, los placeres del cuerpo entorpecen el uso de la

razón de tres maneras: destruyéndola, oponiéndosele y «trabándola». Placeres del tacto o de la visión, que llaman al exceso... Pero consideremos el problema exclusivamente desde la perspectiva de la bondad y de la malicia. ¿Es todo placer maligno? San Jerónimo dice que en el instante del encuentro sexual, el Espíritu Santo está ausente, incluso para un profeta cumpliendo su deber conyugal. Pero, por otro lado, hay placeres apropiados para el alma. Dice la Biblia: *La dicha es el Señor*.

Leonor repitió la invocación, se persignó.

¿Es la primera vez que cometes este tipo de pecados, hija?, preguntó el padre Brown. ¿Has tenido encuentro sexual con tu novio?

Antes de responder, Leonor sacó su pasaporte peruano de la cartera y lo deslizó a través del confesionario.

Ahora recemos juntos, dijo el padre Brown.

* * *

A pesar de la protección de la iglesia, debía empezar a tomar precauciones.

Durante el trayecto de regreso al hotel comenzó a arrancar las páginas de *La guerra y la paz* que había marcado, las trituraba y arrojaba los trozos en las aceras que llevaban al Terreiro do Paço. Triturar a Tolstoi le daba una sensación de maldad. Saba II implicaba eso y peor: no volver a pisar la agencia de noticias Mercury, encontrar una habitación propia y un nuevo libro de códigos.

Tomó un tranvía a Chiado y bajó caminando por la rua do Alecrim. Se encerró en su habitación y abrió *Las guías azules*. Había cuatro librerías extranjeras en Lisboa. La Librairie Mallarmé vendía libros franceses; la Milton & Company, ingleses. Había otras dos, pero con nombres alemanes e italianos, y Leonor las descartó. Electra no había sido muy específica en cómo proceder, debía confiar en su instinto.

* * *

Esa mañana, Manoel Lopes Carvalho Chang no estaba en el comedor. Desayunó sola leyendo los titulares. ¿Cómo le llamarían a esa nueva fase de la guerra? La primera había sido tonta y la segunda relámpago. Llevaba meses estancada en el desierto y en la estepa. Ahora avanzaba por las junglas y los puertos del Pacífico, el jazz ya no era neutral.

Leonor saludó al gerente y salió. Tomó un taxi a la ciudad baja y se bajó en Rossio.

La Librairie Mallarmé quedaba en una calle estrecha al lado de una *leitaria*, como le llamaban en Lisboa a los abastos de leche. En la vitrina había una colección de libros y revistas, ediciones Gallimard, Albin Michel, ejemplares de la *Nouvelle Revue Française* que le hicieron a Leonor recordar sus años estudiantiles, sus días de amor y felicidad en la *École pour Jeunes Filles*.

Era un espacio reducido, donde la luz sucumbía absorbida por los lomos de los libros. Dos o tres sujetos deambulaban delante de las estanterías. Otros dos conversaban con el librero, un hombre rollizo y con lentes, sentado como un buda en una mesa desordenada, bajo un retrato tutelar de Verlaine.

Leonor se paseaba disfrazando su visión periférica de ensoñación literaria. Leía los lomos de los libros, cogía uno, lo hojeaba. Ya no era Anna Ignatieva, sino una chancona de la *École pour Jeunes Filles*, una lectora voraz que había perdido en la guerra su libro más querido.

¿Busca algo en particular, señorita?, preguntó el librero en un portugués con acento gabacho.

Leonor había perdido su libro más querido. ¿No tendría por casualidad el *Roman de la Rose*?

Al oírla hablar en francés el librero dio un respingo. Sus dos acólitos se hicieron a un lado. Leonor supo de inmediato que también eran gabachos.

La literatura medieval está a su derecha. Creo que tengo uno.

Se puso de pie trabajosamente y avanzó moviendo una pierna a la vez. Sus enfermedades circulatorias no mermaban su entusiasmo.

Tengo esta edición bellísima del 24, de Fermin Didot y editada por Langlois. Pero, ¡*helas!* No está completa... Sólo tengo los volúmenes I y II, hasta el primer discurso de la Razón.

Leonor cogió el ejemplar, acarició el lomo, lo abrió, dio vueltas las páginas y se detuvo en una al azar. Como en sus tiempos de Bush House, se aclaró la garganta y leyó.

Vasallo, eres mío. De nada te sirve ser rebelde. No rechaces tu sumisión. Mientras más voluntariamente te rindas, más rápido llegará tu gracia. Loco es el mortal que resiste a aquel que debe honrar y suplicar.

Leyó imitando la voz de Marlene Dietrich cuando cantaba *Yo me aburro*.

El discurso del amor, dijo el librero suspirando, mirándola turulato. El poeta se acaba de mirar en la fuente de Narciso y en el espejo peligroso...

Con su visión periférica, Leonor escrutaba a los acólitos del librero. Ellos miraban la escena arrobados y en silencio. ¿A cuál de las facciones francesas pertenecían? ¿Masones, jesuitas? Cerró el libro y se lo devolvió al librero. Lo llevaba.

Como está incompleto le doy un precio razonable.

Leonor hizo caso omiso de la cifra. Sacó un billete de cien escudos (una libra, carajo) y lo dejó sobre el escritorio.

¿No tendrá más pequeño?, preguntó el librero.

Leonor miraba distraída las calles a través de la vitrina. Cómo no. Tenía uno de cincuenta. Se despidió de todos, sospechando que se volverían a ver, ignorando cómo, cuándo o dónde.

* * *

Milton & Co. Quedaba cerca de la plaza da Figueira. A diferencia de la Mallarmé, la vitrina era un *bow-window* de madera que imitaba ciertas construcciones de campo inglés. En el letrero, junto al nombre, un escudo de armas completaba la evocación a la aristocracia rural culta.

Había dos o tres clientes que husmeaban los libros con una actitud concentrada y a la vez lánguida. El librero estaba solo y de pie. Leonor supo que lo era por el gesto que hizo al notar los libros que traía Leonor. Era un hombre alto y delgado, de mejillas flácidas y pelo amarillo.

Me temo que no compramos libros usados, señorita.

Leonor no venía a vender, vamos respetando, carajo. Había perdido su libro favorito en la guerra, había leído a tantos autores rusos que ya no sabía por dónde seguir. Dijo todo aquello en inglés y en su mejor acento de Anna Ignatieva. El librero parpadeó, carraspeó, se deshizo en disculpas.

Supongo que los lee en el original, dijo.

Anna Ignatieva leía en cuatro idiomas, pero había entrado a ese trozo vivo de Inglaterra en Lisboa en busca de libros «modernos». La vieja Rusia había muerto, Francia estaba dormida desde Voltaire. ¿Qué tenía en lengua inglesa para remover el fuego de sus entrañas?

Al librero le brillaban los ojos, pero su cara fingía distancia. Tenía libros así, muchos, ediciones privadas. ¿Conocía a T. S. Eliot? ¿A Ezra Pound? ¿O prefería la narrativa? Tenía la edición original de *Lady Chatterley*, un ejemplar de *Ulises* firmado, un *Trópico de Cáncer*.

Y esta exquisita primera edición de *Orlando*, edición de Hogart Press del 28, dijo el librero sin ocultar su orgullo.

Había llenado su mesa de ejemplares y Leonor observaba las tapas, las tipografías, hojeaba sus páginas y leía en voz alta, como Anna Ignatieva.

También tenemos revistas. La revista *Criterion*, la revista *Blast*, dijo mostrándole un anaquel.

Todo lo moderno que Anna Ignatieva pudiera imaginar estaba ahí. Anna Ignatieva seleccionó el ejemplar de *Orlando* y sacó un billete de veinte escudos. El librero asintió en silencio.

* * *

Lo bueno de Electra era saber que sus partes, sus células, se comunicaban rápidamente con el cerebro. Leonor podía entrar en Milton & Co. Y comprar un ejemplar de *Orlando*; en pocas horas se sabría en Londres a través de algún teletipo, telégrafo o aparato de radio clandestino. En pocas horas alguien recibiría el mismo ejemplar. Leonor sólo tenía que redactar sus misivas según el código, y deslizarlas a través del confesionario del padre Brown.

Pero esta fluidez operativa no bastaba para deshacer el entuerto. Debía ubicar a McManus a espaldas de Olsen, un agente no confiable según sus últimas instrucciones. Debía estar preparada para lo peor, para comenzar aquella guerra secreta a solas.

Leonor leía su libro de cabecera nuevo mientras almorzaba en el comedor del hotel, enfrentada a la pareja francesa que discutía en murmullos. No había mejor lectora que ella. Solía subrayar los libros, las frases que más le gustaban, y las usaba para codificar. Iba de párrafo en párrafo dando saltos temporales que cambiaban todo el dispositivo narrativo. De Tolstoi se había pasado a Virginia Woolf.

Olsen llamó a las ocho para invitarla a comer.

Olsen, el noruego que aún no se acostumbraba al aceite de oliva. Leonor debía demostrarle toda su confianza. ¿Dónde? A Brasileira, media hora más, dijo Olsen y cortó.

* * *

Saba II implicaba redoblar precauciones. Dejar papelitos debajo de la puerta,

advertirle al oso Vicente que vigilara las incursiones enemigas. Al pobre se le había soltado un ojo y se veía cada vez más viejo, más vapuleado, como si el aire de Lisboa hubiese comenzado a sentarle mal.

Leonor caminó cerro arriba por la rua do Alecrim hasta la plaza Camoens, luego bajó por la rua Garrett hasta el café A Brasileira.

Encendió un cigarrillo y apoyó los codos contra la mesa. Aspiró lentamente el humo, sabiendo que todos los hombres la miraban, la deseaban y no sabían absolutamente nada de ella.

Durante la media hora que permaneció allí entraron cinco personas, salieron tres. Ninguna sombra que ella pudiese reconocer. La del segundo día se había recogido. Olsen entró, pasó de largo y se sentó en la barra. Pidió una copa y encendió un cigarrillo. Se veía abatido.

Era comprensible. Había sido un día de esos, una semana de grandes noticias, y la agencia Mercury estaba a media máquina y sin su jefe.

Leonor pagó su café y salió. Bajó a pie la rua Garrett, lentamente. Caminó hasta la ciudad baja, usando su visión periférica. Hasta que por detrás apareció Olsen, con verdadera destreza de perseguidor.

La dieta portuguesa es la mejor de Europa, le murmuró muy cerca del oído.

Ninguna sombra los seguía, sólo eran dos desconocidos interpeándose en la noche y bajo la luna, en la única gran ciudad auténticamente civilizada de Europa, aunque por debajo, en sus calles más tranquilas, bullera la guerra secreta.

¿Tiene hambre? ¿Cenó ya?, preguntó Olsen.

Su voz era conspirativa. Leonor debía llevarlo hacia un plano de confianza total. Debían ser precavidos y vetar los lugares como el Pombal o el Duas Meninas, pero él conocía otros en sitios apartados de la ciudad. Hizo parar un taxi y le dio al chofer una dirección.

El taxi se encaramó por los cerros de Lisboa y los dejó en un recoveco oscuro de Alfama, de espaldas al río. Entraron a una tasca con cinco mesas. Olsen saludó al dueño, un portugués bajito y de bigotes, y pidió vino.

Supongo que ya es hora de que le cuente de qué va todo esto, dijo.

Leonor encendió otro cigarrillo. En la radio un locutor portugués hablaba de Macao y de Timor. *Neutralidade é ato soberano.*

Se resume en una palabra, dijo Olsen: wolframio. Del alemán *wolf y rahm*, baba de lobo, también conocido como tungsteno. Metal muy escaso, el punto de ebullición más alto de todos los elementos conocidos.

Ella escuchaba en silencio, atenta a cada detalle. Olsen evocaba filamentos de lámparas incandescentes, electrodos, resistencias eléctricas, blindajes y armamento antitanque. Leonor recordó las máquinas que se utilizaban en Bush House, su voz grabada en una cinta de wolframio a veintiuna libras el carrete.

El dueño les trajo una botella de vino y un plato con anillos de calamar rebozados, de chuparse los dedos.

Portugal tiene las mayores reservas europeas del mineral, dijo Olsen, brindando. El precio se ha cuadruplicado desde que comenzó la guerra y en la prensa local ya se habla de la *febre do volfrâmio*. Es la moneda de cambio de Salazar para sobrevivir en esta guerra de recursos. Los alemanes han ofrecido no torpedear la flota mercante y pesquera portuguesa a cambio de un suministro constante. En Londres, como es de suponer, están furiosos. Y también los agricultores portugueses que se están quedando sin mano de obra por los miles de campesinos que se han ido a trabajar a las minas. Se suponía que mi contacto en el Ministerio de Industria me daría algunas pistas interesantes acerca de la política oficial de los próximos meses, pero por alguna razón me ha dejado plantado.

Leonor masticaba los anillos de calamar, ya tenía una media docena de preguntas. Partió por la principal, la más apremiante. ¿Quién? Olsen se limpió el aceite de oliva de los labios con una servilleta.

Como todo gobierno, los nazis también tienen sus rencillas internas. Al comenzar la guerra, Lisboa era llevada por el Abwehr, la inteligencia militar. Gente astuta, pero que se rige aún por los viejos códigos de caballeros. Hace dos meses ha desembarcado un contingente nuevo, el Ausland SD. Pertenecen a las SS y al partido. Pequeños burgueses fanáticos, fascistas en estado puro... Soy capaz de compartir una copa y hablar de música y literatura con los del Abwehr, pero con los del SD no quisiera encontrarme en un callejón oscuro de Alfama. Tienen como fachada una tal Bayersischer MetalGesellschaft, y su director es un tal Karl Heinz Schmidt.

Leonor contempló el plato vacío, paladeó el vino tinto del Douro. ¿Y Salazar qué hacía? ¿De qué lado estaba realmente?

La alta burguesía y la aristocracia portuguesa son anglófilos por naturaleza, dijo Olsen. Pese a la alianza contra natura entre Churchill y Stalin, en el fondo confían en el viejo zorro. Pero Portugal es una dictadura, los signos son ambiguos. Hay monárquicos y moderados pro británicos, como el presidente Carmona, y la Legião Portuguesa, una especie de falange filonazi. Hay también

democristianos emparentados con los jesuitas y la izquierda católica francesa...

Leonor imaginó su pasaporte peruano pasando de mano en mano, entrando en una oficina y saliendo por otra timbrado, legalizado, borrando a Anna Ignatieva del mapa. Una gestión que Olsen desconocía y que ella debía mantener en secreto a como diese lugar.

Y en medio está Salazar, prosiguió Olsen. El sumo pontífice, sentado en su trono por encima del bien y el mal, jugando serenamente el juego del wolframio y de la unidad portuguesa, sancionado el estatus de la bella Lisboa como puerto franco de todos los espionajes, tráfico, contrabandos y fugas posibles. A propósito, tengo Gauloises a buen precio, veinte escudos el cartón...

Ambos se rieron. Olsen se puso serio.

Leonor ponderaba este cúmulo de información a la luz de su propia experiencia. Recordó las palabras de Paul/César acerca de Lisboa y la economía. Imaginó la presencia fantasmal de otros hijos de la República del Rif en las calles de Chiado y Alfama, y sintió escalofríos.

Schmidt es el primero que se me ocurre, dijo Olsen. Pero hay otros. El Partido Comunista está algo de capa caída, pero desde julio de este año se ha rearticulado. Ponga atención a los maleteros y mucamas de su hotel.

* * *

Salieron a la noche cerrada de Alfama. Olsen estaba borracho, Leonor lo seguía por las callejuelas con la esperanza de ganarse su confianza.

Duffy me advirtió que era guapa, dijo Olsen.

Leonor agradeció el cumplido. A ella no le habían advertido que Olsen era guapo ni que hablaba *cockney*. ¿No hacían una pareja perfecta? Más que borracha, tenía frío. Corría un viento helado y se ajustó el foulard. En ese momento vio las luces de un carro que se acercaba y a Olsen que estiraba el brazo, no del todo seguro de que fuese un taxi. El motor ronroneaba con pereza y se detuvo delante de ellos.

Todo ocurrió muy rápido. Se bajaron dos hombres. Ella pensó tontamente que eran pasajeros, pero luego uno avanzó hacia ella y el otro hacia Olsen. A medio camino sacaron pistolas y les apuntaron. Leonor no alcanzó a ver qué le hacían a Olsen. Antes de que pudiera decir nada, la jalaron del brazo, la empujaron dentro del carro y sintió como el motor aceleraba y las llantas chirriaban sobre el pavimento húmedo.

Cayó con la cabeza contra el asiento. El chofer aceleró, uno de los hombres se sentó a su lado y la encañonó con su revólver.

Quédese donde está, le ordenó en inglés con un acento eslavo o de algún lugar del Este.

La tuvieron así durante varios minutos. Leonor sentía los baches del pavimento, cuando el carro subía o bajaba y cuando pareció internarse en un camino recto y sin obstáculos, ganando velocidad.

La sacaban de Lisboa.

Ahora puede levantarse, dijo el hombre del acento raro.

Estaban a campo traviesa y la cabina a oscuras. Aun así, Leonor pudo reconocerlo. Era la sombra, la del primer día. El mismo bigote, el mentón, las cejas negras.

El carro avanzaba por un camino costero. La sombra había guardado el revólver y su expresión se relajó, pero a Leonor el corazón seguía aceleradamente.

¿Cigarrillos?

Leonor aceptó uno. Ya no le temblaban las manos. Observó la nuca del chofer. Cada tantos segundos el alumbrado esporádico proyectaba un breve chorro de luz en sus rostros angulosos, ensombrecidos. No parecían alemanes ni hombres del partido. Podían ser rusos, pero el acento era otro. El camino bordeaba la costa, entre pinos y cedros, una que otra casona de dos pisos, con las celosías cerradas. Vio un letrero que pasaba fugaz y por alguna razón se sintió mejor.

ESTORIL CASCAIS

Pasaron a través de un pueblo de casas elegantes, afrancesadas, con bellos enrejados. Entre las palmeras se podía ver la playa, la torre de una fortaleza

antigua, un edificio blanco, modernista, con un letrero enorme.

CASINO

La sombra le sonrió sin decir nada.

Dejaron atrás el pueblo. Entraron en otro. Giraron por una rotonda y se alejaron por una pequeña calle comercial. En la madrugada parecía un pueblo de hadas, pero con teja española. Todas las fachadas eran blancas, cremosas. Había también muchas cactáceas, buganvillas, araucarias. Todas las hadas dormían y sólo un carro circulaba, con tres hombres y una mujer secuestrada.

El automóvil dobló por una callecita, disminuyó la velocidad. Una vez aparcado, Leonor esperó en vano a que le pusieran una capucha y la bajaran a empellones. La sombra ni siquiera sacó el revólver; al contrario, se bajó a abrirle la puerta.

De secuestrada había pasado a invitada de honor.

Siguió a las dos sombras por una callejuela peatonal, sus tacos trastabillando en los adoquines húmedos. Observó los muros descascarados de la casa y apagó el cigarrillo en la vereda. Detrás de las celosías cerradas del segundo piso se divisaba luz.

La otra sombra dio unos golpes a un portón. Leonor pensó fugazmente en la ex República del Rif y sintió frío en el cuello. Las últimas amabilidades eran parte del plan, adentro la esperaba el verdugo, algún *hashashin* dispuesto a vengar la muerte de un hermano. El portón se abrió con un ruido de cerrojos. La sombra la hizo pasar.

Leonor contaba cada segundo como si fuese el último, y comenzaba a sentir cierto alivio. Al menos, pensó, no la iban a matar en un vestíbulo. Ya no la habían adormecido ni botado en algún roquerío del camino. Subía sin coerción por una escalera, hasta un pasillo en el segundo piso, hasta una puerta entreabierta donde la esperaba alguien.

Electra le da la bienvenida a su hija predilecta, dijo una voz.

Era Robert McManus.

* * *

Estaba sentado en un sofá, delante de un estante lleno de libros. Leonor se arrojó en sus brazos.

Buna seara, dijo la sombra.

Buna seara, Iuliu, respondió McManus.

Apenas se fueran las sombras lo mataría. ¡El susto que le había dado el conchudo! A una amiga no se le hacía eso, carajo.

Leonor, acepte mis disculpas. Le juro por mi madre que estas teatralidades no fueron idea mía...

La otra sombra entró portando un azafate con dos vasos y una botella de un líquido color caoba.

Multumesc, agradeció McManus, y las sombras se retiraron en silencio. Iuliu, Iron y Armand, explicó. Son, o más bien *eran*, agentes de la inteligencia rumana. Hace seis meses que no les llega un mango de chicos malos del barrio.

Leonor había quedado con el pie cambiado, sentía alivio, pero también un poco de rabia.

Bueno, dijo McManus, cogiendo la botella de *single malt* y sirviendo dos porciones, creo que no será necesario que vuelva a pisar ese hotel. Iuliu ya se encargó de su maleta. Le tenemos una habitación en esta hermosa casa. *Cheers!*

Brindaron. El *single malt* bajó por la garganta de Leonor soltando una onda expansiva a través de todo su sistema nervioso.

Necesitábamos mover pieza y poner a Olsen en jaque.

¿Así comenzaba la guerra secreta? ¿Con McManus simulando su desaparición? El sistema nervioso de Leonor trabajaba, buscaba y reunía. Tungsteno, wolframio, o como se llamara. Nazis. Toda la economía de la electricidad y de la artillería y de la ingeniería de blindados. ¿Era eso?

El tungsteno es muy importante, sí. Pero hay una macana previa a eso. Una batalla mucho mayor.

Leonor se sirvió otra dosis de *single malt* y se la encajó de golpe. McManus había sacado una cajita metálica y un tubo. Leonor sabía lo que había adentro y lo vio retirar la botella del azafate. Sobre la superficie metálica trazó dos delgadas líneas blancas: el camino del Inca.

Hace seis meses, Mercury tenía una plantilla de seis funcionarios, uno de los cuales usted conoció en Inglaterra: César Gómez.

Leonor sintió un mazazo en la cabeza. Antes que pudiera recuperar el aliento, McManus soltó el resto de la historia.

Olsen lo contrató y lo recomendó para que se integrase a las estaciones clandestinas en lengua francesa que usted conoció en la casona. Sus antecedentes eran impecables, pero Electra no podía correr riesgos y usted fue asignada a

vigilarlo. Flor de trabajo hizo.

Leonor cogió el azafate y el tubito. Por eso lord Palmer había confiado en ella.

Partiremos entonces de la base de que Olsen no es quien dice ser, que no es un patriota noruego, sino «otra persona».

Cogió una hoja de papel y escribió rápidamente sus dos hipótesis de trabajo:

- a) Un fascista noruego.
- b) Un comunista noruego.

Puede que no sea siquiera noruego, prosiguió McManus, frotándose la nariz. Pero eso no nos importa por el momento. Si es fascista, debemos averiguar quién es su contacto con Berlín. Si es comunista, cuál es su canal con Moscú.

En su sistema nervioso Leonor recordaba cada registro de visión periférica y buscaba calces, similitudes, gestos delatores.

Olsen no sabe que hemos desenmascarado a Gómez. Por lo tanto, sólo puede suponer de mí tres cosas:

- a) Que soy un comunista británico (los hay).
- b) Que soy un fascista británico (también).
- c) Que no soy ni comunista ni fascista, es decir, un británico «leal».

Entonces había seis combinaciones posibles: noruego y británico comunistas. Británico y noruego fascistas. Noruego fascista y británico comunista. Noruego comunista y británico fascista. Británico leal y noruego fascista o comunista.

Leonor se sentía pisando huevos. Intentaba evaluar las combinaciones de McManus a la luz de sus recuerdos, de todo lo que había visto y oído esas semanas en la casona.

Tenemos que actuar rápido y atrapar a Olsen con las manos en la masa, dijo McManus, haciéndose otras dos líneas de polvo sobre el azafate. Lisboa es nuestra base operativa para iniciar la liberación de Europa, y ellos la han puesto en jaque.

Afuera ya amanecía.

A Leonor le costó reconocer su nueva habitación. Amaneció vestida, sin sus zapatos CC41 y tapada por una frazada. Un rayito de luz se colaba por una ranura de la celosía, su lengua parecía un trozo de lija y su cabeza una bomba de tiempo.

Tanteó a su alrededor con el brazo y encontró un velador. Encendió la luz y se volvió a tapar. Cada día en Lisboa amanecía más borracha.

Miró su reloj. Comprobó con estupor que era mediodía y, con alivio, que habían traído su maleta y el neceser desde el hotel. Con qué delicadeza habían tratado sus libros, sus vestidos, sus perfumes, su ropa interior y sus servilletas íntimas. Vicente, en cambio, necesitaba atención médica urgente. Extranjero y sin pasaporte legalizado, sus heridas parecían haberse agravado con esto de la guerra secreta, la subversión de Europa. Debemos salir luego de aquí, niña. Esta chanfaina se está poniendo fea.

Salió al pasillo y vio la puerta cerrada del despacho de McManus. Bajó por la escalera. No se escuchaban las voces de los rumanos. A cada peldaño aumentaba el volumen de la radio. Era la voz familiar de Alvar Liddel en la BBC.

/.../ Adolfo Hitler se ha dirigido esta mañana al Reichstag para anunciar la declaración de guerra a los Estados Unidos /.../

McManus desayunaba en el comedor, leía los periódicos, subrayaba frases con bolígrafo. Al verla sonrió. Estaba recién bañado, su cabello mojado brillaba bajo la luz cruda de ampolleta.

Bon dia!, saludó con vivacidad. O más bien *boa tarde*. ¿Alcanzó a oírlo? Tenemos un segundo frente en Europa. Allí tiene café, pan y mantequilla.

Había también naranjas frescas y una piña, y Leonor sintió que las vitaminas despertaban su sistema nervioso, la ponían en guardia.

¿Pudo descansar algo?, preguntó. Mire que tenemos un día intenso por

delante. Hay que deshacer este quilombo.

Leonor debía tener un aspecto siniestro. Suerte que el único que la vio así era McManus. Terminado el desayuno se dio un baño. Estaba ansiosa por volver a la calle, comenzar de una buena vez la liberación de Europa.

* * *

McManus la esperaba en su despacho. Sacó un sobre de un cajón, y de éste unas fotografías que extendió sobre el escritorio.

Tenemos que descartar, repito descartar, que Olsen se reúna con uno de estos individuos. El de la derecha es Günther Schwob, un agente del Abwehr, que labura como ingeniero de telecomunicaciones de Lufthansa. El pibe de la izquierda es Karl Heinz Schmidt, director de la Bayerischer MetalGesellschaft. Entró muy joven al partido, estuvo en España durante la Guerra Civil y habla perfecto español. Es el hombre de la Ausland-SD.

McManus alineó las dos fotos para que Leonor diera su dictamen. Ella sintió una especie de epifanía. La luz de Lisboa y la atmósfera de sus cafés. El tintineo de cucharas y tazas. Dos hombres hablando de avances en efectivo y orfebres rumanos.

¿Está segura?

Leonor asintió con vehemencia. Dos veces lo había visto. La primera en A Brasileira, su primer día en Lisboa, con ese tal Georghe Costea. Después en el Martinho, la vez en que Olsen iba, según él, a encontrarse con un contacto por lo del tungsteno.

Rumania, repitió McManus. *¡Desteapta-te, române!* Qué hermoso suena, ¿verdad? Una nación que siempre me ha fascinado. Ahí entre los Cárpatos y el mar Negro, en el extremo de Europa... joven y vieja a la vez, con leyendas que paran los pelos. Ioan y Iuliu son canas. Buenos choferes, buenos cocineros y se orientan mejor que los gauchos. ¿No los ha oído cantar? Ya lo hará. Costea pertenece a otro estrato de la sociedad. Su infancia estuvo marcada por la experiencia religiosa y el deporte de montaña. Estudió filosofía en Bucarest, y luego en París y en Berlín. Viajó a la India y estudió yoga. En los treinta publicó una novela acusada de «pornográfica» por las autoridades e ingresó a la Guardia de Hierro, una agrupación tan fascista que el propio gobierno de Antonescu la prohibió. Mientras sus amigos se pudren en cana, él gambeteó y lo han destinado a la mejor embajada de Europa.

Leonor recordó sus palabras: Rumania, *la defensora del Danubio*. Música de metales. Los Cleveland Four tocando inspiradísimos.

Tal vez sea el intermediario entre Olsen y Schwob, aventuró McManus. Intentaría saber más de orfebrería rumana. En qué le podría interesar eso a un sabueso como Schmidt. Por lo poco que he estado aquí, me he podido dar cuenta de algunas cosas que suceden. Hay muchos extranjeros, el dinero y las joyas cambian de manos.

Leonor no veía la relación entre esas joyas y la guerra clandestina. No se explicaba tampoco el escaso interés de McManus por el tungsteno. Cuando intentó preguntárselo, éste levantó la mano y le brindó una de sus sonrisas de buenmozo echado a perder.

Lo siento, pero no hablo de negocios con el estómago vacío. Bajemos a almorzar.

* * *

Leonor juró no olvidar aquel almuerzo. Los sabores del *cozido* mezclándose con el vino del Douro. La voz de McManus era cada vez más aguda, más entusiasta para referirse a Lisboa.

Cuando termine la guerra pienso quedarme aquí. En esta casa. Escribiré mis memorias y veré ponerse el sol. Es una dictadura, dirá usted, pero en ningún otro lugar se vive mejor. Aquí puedo ser «yo mismo».

A Leonor también le parecía una perspectiva estimulante. En cada lugar donde había llegado, Londres y Lisboa, había tenido que inventarse un nuevo personaje. Podía ufanarse de su capacidad de adaptación. McManus pareció adivinarlo y la observó unos segundos.

Usted también. Ahora le toca deshacerse de esa tal Anna Ignatieva. Cómprase un par de pilchas, sáquese partido, cambie de chamullo.

Leonor asintió. Los vestidos y zapatos CC41 se los podía regalar a una institución de caridad como el monasterio de los Jerónimos. Sólo necesitaba recorrer las tiendas de vestuario que figuraban en *Las guías azules*. En una tarde quedaría lista.

Iuliu y Ioan la llevarán, dijo McManus. Mientras tanto debemos inventar una chicana, un *script* para cuando se reencuentre con Olsen.

A eso quería llegar ella. ¿Qué le iban a hacer a Olsen? ¿Lo mismo que a César Gómez?

¿Qué quiere decir?

Leonor parpadeó, hizo un gesto con la mano. La puerta entreabierto del departamento de Edgware. El brazo izquierdo de Paul colgando inerte entre las sábanas. Sus propios camaradas o un rito *hashashin*.

Ah, querida mía. ¿No ha oído usted hablar de la división del trabajo? Esas cosas las ve otro departamento. Nosotros sólo reunimos información.

* * *

El viernes 12 de diciembre la guerra seguía creciendo. Cuba, El Salvador y una impresionante lista de naciones centroamericanas declaraban la guerra a Alemania e Italia. Hungría y Rumania se la declaraban a Estados Unidos. Y en los periódicos el mapa se llenaba de nuevas flechas, de banderines.

El domingo 14 estuvo de cumpleaños el rey Jorge. El 15 se rindió Singapur, el 16 Rommel se replegó de El Agheila. El viernes 19 hombres-rana (a Leonor le encantó el término) de la Marina italiana hundieron los acorazados *HMS Valiant* y *HMS Queen Elizabeth*, nada menos. Una noticia buena y otra mala. Pero la mejor era que Estados Unidos de Norteamérica iba a poner ahora la música oficial de la guerra: jazz y swing para liberar a Europa.

Cascáis era un antiguo pueblito de pescadores transformado en balneario de la elite. Por eso los palacetes franceses con palmeras en el jardín, los comercios exquisitos, los restaurantes donde la realeza europea pasaba su penoso exilio.

Leonor paseaba y se dejaba llevar por sus emociones. La guerra trizaba certezas de un momento a otro, Electra sembraba las dudas. Primero se le había aparecido una noche en un palacete de Londres, un 14 de julio, como una especie de mafia que chantajeaba (léase «protegía») a hombres que se acostaban con otros hombres, a mujeres que se acostaban con otras mujeres. Electra les conseguía trabajo en el sistema, en la radio o en el correo, en el cine incluso. Luego, había sido una logia de hombres poderosos que controlaban las telecomunicaciones del Imperio británico, las antenas, aparatos de radio, cables, teléfonos y telégrafos en todo el mundo.

A ratos sentía haberlo soñado todo. A ratos sentía estar muerta, haber reventado con Vicente y toda su casa, de eso hacía ya casi un año. A ratos no podía creer que era suya la voz que salía por los aparatos de radio de América, o suyo el recuerdo de un hombre que fornicaba con sus ideas, después de hacerlo con ella. A ratos volvía a ver la imagen de ese hombre tendido en una cama.

Margaret le había dicho que todo se hacía para salvar al mundo y a la libertad. Por proteger a los distintos, por derrotar al fascismo. Y Leonor se lo había creído.

* * *

La guerra no paraba de crecer: una fuerza australianoholandesa había invadido Timor. Salazar protestó, en Moscú el termómetro había bajado hasta los veinte menos cero y los soviéticos se retiraban de Kalinin.

Iuliu y Ioan la llevaron a Lisboa. Iban con órdenes estrictas de McManus y la esperaban a la salida de las mejores tiendas de la ciudad. En Portugal no imperaba la dictadura del CC41, muy por el contrario, había incluso productos franceses. Y ella se tomaba todo el tiempo del mundo, revisaba los *Croquis Couture*, los *Avant-Saison* de Agnès-Drecoll, de Georges Saad y de Paulette. Se compró cuatro vestidos, dos pares de zapatos, dos sombreros, y volvió regia a Cascais.

Un día productivo, comentó McManus al verla regresar cargada de cajas y bolsas.

Con los días de encierro, McManus iba perdiendo tono cutáneo, los ojos se le inyectaban en sangre. Este paulatino parecido a un vampiro, lejos de asustarla, le daba ánimo para ensayar poses en el espejo.

¡Qué mina! Cuánta guita no nos podríamos hacer. *Eh, luv?*

De día, Leonor se paseaba por la costanera y contemplaba los yates meciéndose en el malecón. Las grandes fortunas de Portugal, los exilios reales, circulaban por ahí en sus autazos. Algo sabía de los cambios sociales de los últimos treinta años y comprendía que esos antiguos poderes tenían los días contados. Al contemplarse en las vitrinas y en los espejos sentía que las mujeres como ella estaban llamadas a ser heroínas en la guerra secreta. Sus armas eran los pliegues de sus vestidos, las sombras de sus ojos, su capacidad de mentir y seducir por la democracia, de prostituirse por la libertad. Lo triste era que, si caía, nadie la recordaría por ello.

Ni siquiera Papi.

La guerra se había calmado un poco. El lunes, Leonor tomó el tren a Lisboa para comenzar su guerra clandestina.

* * *

Su primera parada fue el monasterio de los Jerónimos.

Un pecado mortal no implica que Dios te condene a muerte, murmuró el padre Brown.

Eso era propaganda de los masones, pues. La verdadera naturaleza y efecto del pecado mortal era su carácter irreversible.

Cuando cometes un pecado mortal, dejas de ser tú misma.

Qué bien lo explicaba, padre, ahora Leonor comprendía. A través del confesionario sentía también el aliento del sacerdote, vio sus manos regordetas y peludas empujando un libro de tapas duras. *Suma de teología*, el código de los códigos. Para su crecimiento espiritual y su mayor comprensión de la Doctrina.

Leonor se deshizo en agradecimientos.

Absuelta por la fe, salió del monasterio y tomó un tranvía. Llevaba lentes oscuros, el pelo de otro color, vestidos nuevos. Ya no era Anna Ignatieva. Sabía que adentro del libro venía su pasaporte peruano legalizado, timbrado, listo para operar.

* * *

Entró a un café en la esquina de la plaza da Figueira, se sentó junto a la ventana y pidió un *duplo*. Recordó los días en que esperaba a Paul en el café de Edgware, estudiando rostros y fingiendo que leía. Ahora leía en serio. Revistas modernistas de Milton & Co. Y la *Suma de teología*. Giraba las páginas del filósofo y vislumbraba el tratado sobre las pasiones, el tratado de las virtudes cardinales. Anotaba las palabras y, ante sus ojos, con lentitud portuguesa, se iba formando una frase.

CAJA DE FONDOS MERCURY. ASAP.

Entró un muchacho angelical y siniestro a la vez. Leonor lo vio buscar una mesa vacía y sentarse. No necesitó que se sacara el sombrero para reconocerlo. Era Schmidt.

Al poco rato se le sumó un hombre delgado, con gafas de pinza redonda y mentón fino.

Bonjour, dijo Costea.

Escribir cartas era el pretexto perfecto de Leonor para escuchar. Ayudaban

los lentes oscuros a disimular toda similitud con Anna Ignatieva.

¿Cómo estuvo el teatro?, preguntó Costea.

Discreto, respondió Schmidt.

Lástima que no haya buena ópera en esta ciudad. ¿Ha tenido el privilegio de asistir a una temporada en Berlín?

Estuve en Bayreuth.

No me diga. ¿Vio el ciclo del *Anillo...*, con Heinrich Gudehus y Sophie Stehle?

No soy tan viejo, respondió Schmidt, casi ofendido.

¡Una grandiosa mitología metalúrgica! La muerte de los dioses agrícolas, del Varón Fecundador y de la Gran Madre. Mi favorita es la primera.

Se quedaron callados un rato. Habían intercambiado códigos.

Hablemos de las pruebas, dijo Schmidt.

Con todo gusto. Está partido en cuatro pedazos. Una de las runas está dañada y es imposible completar la frase. Aquí tiene la bibliografía y las fotos.

Se agradece, le daremos nuestra respuesta dentro de poco. Tengo que corroborarlo con mis superiores.

Hágalo pronto. Tengo otros interesados.

Costea debió terminarse el café. Schmidt llamó al garzón, pagó su *duplo* y se puso de pie trabajosamente.

Hasta luego.

Ramas bun, respondió Costea.

* * *

Leonor esperó que se fuera Schmidt para ir al baño.

Se repasó los labios, se empolvó la cara. Cuando regresó a su mesa, Costea había pedido una segunda *bica*. Fumaba y escribía. Leonor también. Pidió otra *bica*, Costea no la oyó. En ese momento entró otro hombre al café. A Leonor le bastó la visión periférica para sentir un escalofrío.

Era Olsen.

Llevaba un terno café Príncipe de Gales y observó las mesas durante algunos segundos, pasó por la de Leonor sin decir nada, vio a Costea escribiendo, fumando, y caminó en su dirección.

Morgen.

Costea levantó la vista de lo que escribía. Olsen se sentó sin que lo invitaran.

Leonor tenía dos opciones: pedir la cuenta e irse, o permanecer y oír. Las dos eran peligrosas.

Tavares se reunió con Schwob..., dijo Costea bajando la voz. Viajaron a la mina, trescientos kilómetros al norte de Lisboa. Supongo que usted nunca ha pasado de Alfama. Parece que es un filón magnífico.

Pissprik, dijo el noruego.

Créame, una mina no se descubre tan fácil. En las leyendas antiguas siempre hay una participación de los dioses, un ángel o un hada que se posa justo sobre un depósito de estaño, o de carbón. Hoy reducimos estos hechos a su dimensión técnico-científica, la ecuación bélica, pero básicamente sigue siendo el mismo encuentro entre la *Petra Genitrix* y la *Matrix Mundi*.

Dependerá de quién gane la batalla del Atlántico. Con los *yanks* será otro cuento...

Algo así se supone que dijo Olsen antes de que Costea agregara algo en portugués, apagara su cigarrillo y se levantara. Leonor sólo escuchaba. Leía y fumaba, era una turista de guerra. Sintió los ojos de Costea escrutándola, oyó sus pasos saliendo del café.

* * *

En el camino a Cascais, Leonor iba barajando posibilidades, juntando piezas. Hacía ya casi un año que vivía en un mundo paralelo. Muerta o viva, caía el sol y la ciudad se bamboleaba un poco con el viento. Los zambos descargaban mercadería en los abastos y los caballeros de canotier y bastón salían de los cafés.

Entraron en la casa y ella subió directo al despacho de McManus. Lo encontró escribiendo furiosamente a máquina. Las hojas se acumulaban sobre el escritorio sin ordenar.

Dígame que funcionó.

Cada día estaba más pálido McManus. Había sido primero un joven buenmozo. Luego, un anglo-lunfardo zampado, malo para el rugby, metido a chanta, distinto y bujarrón. Había pasado de Electra a la abadía, había simulado un rapto. Vivía a oscuras, en la clandestinidad, en el barrio de la realeza europea.

Leonor le hizo un *brief* de sus actividades.

Costea se había encontrado con Schmidt. Hablaron de ópera y de algo partido en cuatro partes, con inscripciones o saludos a un dios. Salió Schmidt y

entró Olsen. Hablaron del tungsteno, baba o como se llamase, sin decir nunca su nombre. Costea mencionó a un tal Tavares y a Schwob. Habló de una mina y su mitología. Luego, Olsen se quedó solo, y ningún otro alemán entró.

McManus hizo chasquear los dedos. Se dirigió hacia la ventana y cerró una celosía que comenzaba a golpearse con el viento. Llovía de nuevo.

Será mejor que descanse, dijo. Esto apenas comienza.

* * *

Apenas comenzaba. Para liberar a Europa, Electra debía partir por asegurar su retaguardia. ¿Atacar en el Pombal o en el Duas Meninas? Costea era un funcionario diplomático, no se le podía secuestrar así nomás, sin que las autoridades portuguesas saltaran.

Leonor tomó la pastilla para los nervios, sacó el *Roman de la Rose* y comenzó a leer. Encontró un párrafo inspirador.

Yo sé muy bien cambiar de hábitos, tomar uno y dejar otro. A veces soy caballero, a veces monje, a veces prelado, a veces canónigo, clérigo o sacerdote; a veces discípulo y a veces maestro. A veces soy príncipe y a veces paje; conozco todas las formas de hablar; en un momento soy viejo y canoso y a la hora siguiente heme rejuvenecido. Soy Robert o Robin, cordelero o jacobino. A veces visto hábitos de mujer: soy a veces dama o doncella, a veces religiosa, monja, novicia o superiora, y recorro los conventos del país. Pero de la religión dejo el grano y recojo la paja: sólo deseo el hábito. ¿Qué puedo decirlos? Me disfrazo como me place, y mis actos no se parecen a mis palabras.

Las frases danzaban ante sus ojos. Durmió un sueño intranquilo. Veía las calles de Alfama. Todas las ventanas tenían postigos y detrás había ojos. Los ojos eran de tungsteno líquido y de cada uno salía una señal de radio. Leonor podía oírlas también y retransmitirlas. Su voz salía de la radio con una serenata de la orquesta de Sammy Kaye anunciando que su pasado había sido destruido en un veinticinco por ciento.

Despertó desorientada. Se asomó por la ventana y comprobó que había dejado de llover.

Con cuidado se colocó la capa cervical. Se puso un vestido de raso crepé azul y botas, un abrigo de tweed y terciopelo y una boina. En el comedor la

esperaban una taza de café y un pan dulce con nueces que había preparado Iuliu con sus propias manos.

Cozonac, explicó McManus. Típico de Navidad.

Leonor conocía muy bien aquella repostería rumanana. Leonor debía haber subido ya su primer kilo desde que estaba en Lisboa, disfrutando de una dieta sin racionamiento.

Partiremos por lo básico, dijo McManus, sirviéndose otra taza de café. Teresa registra en un cuaderno todos los números que entran y salen del teletipo de Mercury. Yo no llegué a notar nada anormal, pero con mi desaparición Olsen puede haber caído en la tentación...

Leonor asintió. La cosa iba ahora en serio. Un primer golpe donde Olsen menos se lo esperaba.

Suerte, le dijo McManus.

Los rumanos la esperaban frente al edificio con el motor encendido. Por la ventana, Leonor vio la silueta de McManus cerrando la cortina.

* * *

Leonor se miró por última vez en el espejo.

Pese a lo poco que la recordaba, sabía que Mamenka era la fuente de todos sus trucos. Se la imaginó dejando una estela de perfume y de chamullos por todo París. Una de esas harpías rusas que abundaban desde la Revolución, enemigas de la buena sociedad y del matrimonio, que en la guerra habían adquirido un valor inestimable para esconder y descubrir secretos.

Se despidió de Vicente. Metió en la cartera una cajetilla de Gauloises, el encendedor y la minicámara.

El carro tomó el camino de la costanera, atravesó Estoril y entró a Lisboa por el norte. Leonor contemplaba las fachadas de los edificios, las luces de los automóviles que circulaban en sentido contrario. Iuliu se detuvo, tal como ella le indicó, en la esquina de la rua Augusta con la rua da Conceição.

Leonor se bajo, cerró de un portazo y oyó el motor que arrancaba. Apagó el cigarrillo en la acera y avanzó por la rua Augusta, casi desierta a esas horas. Vio pasar un tranvía semivacío, la gorra azul del conductor bajo una luz amarillenta.

Empujó el grueso portón de hierro y se escabulló como una gata hacia el interior. Tomó el ascensor al tercer piso. El pasillo estaba en penumbras y sus pasos sonaban huecos contra el piso de piedra. *Túlio Alvares Filho, Advogado de*

defensa. Nunes e Hirmãos, Comercio Exterior.

Todo estaba bajo control.

Durante el entrenamiento en Electra, Leonor había demostrado su pericia para abrir puertas. No encontró resistencia en la de Mercury. Un olor a encierro y nicotina la golpeó en el interior: el olor de la guerra secreta.

Encendió la linterna y avanzó sigilosamente. El retrato del rey Gustavo de Suecia la observaba con serena indiferencia. Los teletipos seguían encendidos pero en silencio. Su objetivo era la oficina de McManus. Tenía indicaciones precisas de dónde buscar.

Apartó unos libros y encontró la caja. Compuso la combinación. Se iba todo al carajo si se equivocaba.

Oyó un sonido mecánico y sintió una oleada de adrenalina al comprobar que lo había logrado. Cogió la libreta y el sobre. Ahora venía lo más peligroso: encender la luz y sacar la minicámara. Había una sola salida, una única opción: hacerlo rápido. Leonor calculó la distancia y la luz, abrió la libreta y la dejó en una página. Oprimió el botón del obturador.

Procedía en automático, sin pensar, recibiendo órdenes de una conciencia externa.

Devolvió el sobre y la libreta a su lugar, y volvió a cerrar la caja de fondos. Regresó sobre sus pasos, apenas pisando el suelo. El corazón le latía más fuerte.

Estaba a metros de la puerta cuando oyó los pasos.

Carajo.

El único escondite posible era el mueble donde Teresa guardaba los archivadores y rollos de papel, en el espacio vertical donde se colocaban los abrigos. Leonor cerró la puerta desde adentro y alcanzó a oír la llave girando en la cerradura.

Cómodo y seguro, dijo alguien en portugués.

Su casa.

A pesar de oírlas distorsionadas por la puerta que se interponía, Leonor conocía esas voces.

Le escucho, dijo Olsen.

¿Por dónde partir?, se preguntó Lopes Carvalho Chang en su inglés peculiar. En el concepto tradicional chino de la sexualidad, la mujer está dotada de *yin*, el espíritu receptivo, y el hombre de *yang*, el espíritu fecundador. Por ello la masturbación y la homosexualidad masculinas fueron siempre condenadas, mientras que en la mujer incluso se estimulaban.

Era la más inesperada de las conversaciones que Leonor hubiera esperado oír, en circunstancias como aquella.

Durante el período Han regresó a China el taoísmo, prosiguió Lopes Carvalho Chang. Menos riguroso en materia sexual que el confucionismo. Aparecieron textos explícitos sobre sexualidad, como el *Arte de la alcoba* y el *Manual de la muchacha honrada*, cuyo protagonista es el emperador amarillo, monarca que busca la sabiduría, la salud y la inmortalidad a través del sexo. Es una época rica en literatura y en objetos para la estimulación.

Leonor contenía el aliento. No podía sucumbir a imágenes lúbricas cuando su vida corría peligro.

Déjeme verlo, dijo Olsen.

Cómo no. Aquí lo tiene. Nótese los grabados: el Tigre Blanco (masculino) y el Dragón Verde (femenino).

¿Es el original?

Por cierto que no. Sólo la moldura. Su amigo dijo que podíamos partir por eso.

Olsen y Lopes Carvalho se quedaron en silencio. Leonor podía jurar que el noruego sacaba su billetera o un talonario de cheques.

Aparte de su valor arqueológico y artístico enorme, dijo Lopes Carvalho Chang, piense en el valor industrial. La moldura permite fabricar réplicas con algún material sintético. Más que consumo masivo, pienso en un artículo de lujo, para damas y varones que saben apreciar la belleza y la historia de Oriente.

En ese instante el teletipo comenzó a sonar. Aunque se perdió varios segundos de conversación, Leonor sabía que habían llegado a un acuerdo.

Salga usted primero, dijo Olsen.

Gracias, dijo Lopes Carvalho Chang. Ya sabe donde encontrarme.

La puerta se abrió y se volvió a cerrar. Se había quedado a solas con Olsen.

* * *

Leonor tenía ojos y oídos de tungsteno. No pensaba. Respiraba apenas. Oyó los pasos de Olsen aproximarse al teletipo, ubicado justo frente al mueble donde Leonor se escondía. Oyó el sonido de la hoja arrancada. Los minutos pasaban y ella comenzaba a sentir el aire viciado y su vejiga que pedía atención.

Olsen se tomaba su tiempo. Leía el mensaje, meditaba. Leonor oyó el sonido de un mechero, el teclado del teletipo. En cada letra que Olsen introducía en el

aparato estaba la respuesta a lo que McManus llevaba días preguntándose: ¿a o b?

Debió haberse dado dos o tres vueltas más, como un león enjaulado. A cada segundo, Leonor creía menos en los milagros. Finalmente los pasos se alejaron, la puerta dio un chasquido al cerrarse y Leonor se tomó exactos cinco segundos para salir del mueble y dejarse caer como peso muerto. Tragaba aire como quien regresa del fondo marino, sacó una pastilla para los nervios y se la tragó sin agua. Sentía que el techo daba vueltas. La colilla de Olsen aún humeaba en el piso.

Dejó pasar el tiempo. Pensó en Mamenka.

Se asomó a través de las persianas para asegurarse de que Olsen no siguiera en los alrededores. Esperar, irse. Su sistema nervioso dudaba. Lo lógico era rajar.

Pero no tan rápido.

Había salido de la agencia como si huyera de un tren descarrillado y lleno de cadáveres. Pero al enfrentar el pasillo se detuvo en seco.

Un hombre la observaba inmóvil junto al ascensor. Aunque su rostro no fuera del todo visible, Leonor sabía perfectamente quién era.

Los hombres y las mujeres no se suicidan igual.

* * *

Con las manos en los bolsillos del abrigo, el sombrero ladeado sobre la frente ocultando sus ojos, César Gómez la observaba.

Lo menos que se deben dos desconocidos en un pasillo es un saludo, dijo.

Ella se quedó de piedra y no respondió.

En un acto básico del lenguaje pueden pasar dos cosas, prosiguió Gómez. Que los desconocidos se reconozcan o se ignoren. En un lapso de segundos se tejen breves estrategias que dependen del contexto. Es de madrugada y no hay nadie en todo el edificio, aunque yo no estaría tan seguro. Emplearé entonces la fórmula tradicional portuguesa: *Boa noite, pode a senhorita me dizer onde fica a agencia de noticias Mercury?*

Leonor se había gastado todas sus municiones en sobrevivir al incidente con Olsen, se había quedado sin elementos para improvisar. Gómez dominaba la escalera y el ascensor, ella iba desarmada. La tenía a su merced.

O mejor dicho, *Boa noite, pode a senhorita me dizer onde fica o bar Duas*

Meninas?

Leonor le respondió en su portugués peruanizado: en Alfama quedaba, ella iba por casualidad *pra lá*. En vista de las circunstancias, ¿le parecía compartir un taxi, disfrutar de la noche lisboeta?

César Gómez aprobó con la cabeza.

Entonces, los desconocidos se presentan. Mi nombre es César Gómez, francés, nacido en Argel, militante del Partido Comunista, número de inscripción 45-4350-4.

Leonor García Berberova, para servirle, peruana, actriz. Refugiada política en Gran Bretaña. Víctima de bombardeos masivos de la temporada otoño-invierno de 1941.

César Gómez volvió a asentir. Llamó el ascensor. Entraron juntos; ella esperó que se cerraran las puertas para lanzársele encima y besarlo.

* * *

Alfama, repitió el chofer.

Leonor se frotaba el cuello, veía la marca de sus labios en el cuello de César Gómez. Por alguna razón recordó un nocturno de Chopin. Tal vez eran las pastillas para los nervios, la adrenalina, o una cierta languidez producto de los toqueteos rabiosos intercambiados en el ascensor.

Gracias a esta ciudad entendí la economía política, dijo César Gómez. Ahora que he vuelto me he propuesto escribir. Cuando la guerra termine habrá necesidad de nuevas narrativas.

El taxi tomó otro trayecto, quizá uno de tantos que llevaban al mismo lugar, de regreso al laberinto de Lisboa.

El cartel del *Duas Meninas* titilaba apenas en la noche cerrada. El taxi se detuvo y Leonor aceptó la mano que Gómez le extendía. A cada paso que daban ella intentaba calibrar sus posibilidades, sus vías de escape. Ioan y Iuliu no podían estar lejos.

Las mesas en torno al proscenio ya estaban ocupadas. Dentro de poco cantaría Lidia Pimentel o algún otro artista de la *saudade*. Se apostaron en la barra y César Gómez pidió dos copas de Douro.

Tengo la suerte de trabajar para una empresa de import-export con sedes en París y Bruselas, dijo César Gómez. Mi rubro son los minerales. Tengo la mejor información acerca del tungsteno que se explota en Portugal. Sabemos

perfectamente cómo va lo del tungsteno, un material de origen meteórico. Sabemos que Salazar va a imponer una cuota proporcional para cada mina, que el Estado comprará toda la producción y que ha comprometido una cuota importante a Alemania.

Leonor lo escuchaba en medio del bullicio del local. La última vez que se habían visto, él se llamaba Paul y no le interesaba el proyecto político. Ahora era César Gómez, y había regresado del mundo de los muertos, desde una pieza en Edgware al mismísimo Duas Meninas. Leonor quería saber cómo.

Uno de los grandes errores de la sociedad burguesa ha sido subvalorar el poder de los trabajadores, dijo él. Aunque el fascismo haya logrado doblegar al movimiento obrero en España, Alemania o Austria, en las democracias burguesas como Gran Bretaña conserva toda su capacidad operativa.

A cada paso que Leonor daba, los hechos avanzaban dos o tres. Por más que corriera, las nuevas revelaciones la dejaban en el mismo lugar.

El partido avanza, Leonor, dijo Gómez. A pesar de sus reveses puntuales, la historia tiene una sola dirección y nosotros la seguimos. Hemos infiltrado los cuadros de una potencia burguesa, sabiendo que en su seno hay sectores que verían con buenos ojos un triunfo del fascismo en el Este y una paz de compromiso en el Oeste. Sectores que preferirían conservar las colonias y sacrificar parte de Europa, donde los trabajadores llevan décadas organizándose.

De acuerdo, era una cuestión de economía política. Los trabajadores eran la historia, pero lo que a Leonor se le escapaba era la relación entre el triunfo del fascismo y la antigua sexualidad china.

César Gómez sonrió.

No es lo mismo luchar por los trabajadores que luchar contra los patrones. En la guerra la economía funciona de otra manera, los enemigos en combate son clientes en el submundo de la información... Su amigo Olsen, por ejemplo, tiene tratos con Schwob a través de Costea. Un fascista rumano, dirá usted. Pues mucho más que eso...

Leonor sintió deseos de reírse a carcajadas. Gómez no la dejó seguir. Su versión era mucho más interesante.

Como muchos idealistas europeos de su generación, Costea buscó la sabiduría en el Oriente, en Krishnamurti, en los bodhisattvas y los brahmanes. Lo que no consideraba es que el Protectorado de la India es la escuela del espionaje de su majestad. Cualquier extranjero es automáticamente vigilado por una densa red de informantes. Algún pecadillo, algún escándalo de amores,

alguna borrachera lo habrá llevado a una comisaría, donde un policía circunspecto le habrá hecho preguntas, lo habrá amenazado con una iniciación a la sodomía en la peor mazmorra de Bombay. A menos que...

En ese momento subió al escenario Lidia Pimentel; bajita, muy maquillada, con gruesas cejas de máscara griega, muy erguido el pecho. Venía con Paulo Isidoro Freitas en guitarra y Lúcio Salgado en mandolina.

Leonor y César Gómez guardaron religioso silencio. Seis intensos temas cantados por Lidia Pimentel, pellizcados por los músicos. Seis salvas de aplausos.

Ahora nos encontramos en un antro vigilado por esbirros de la tiranía salazarista, dijo César Gómez. Para saludar y disfrutar de un talento popular, de Lidia Pimentel y sus músicos. Esperaremos la segunda presentación. Oiremos con devoción las letras de *ciúme y saudade*, aprovecharemos el aliento del público a la joven y talentosa Lidia para escabullirnos por la puerta trasera.

Todo terminaba siendo siempre así: una operación de despiste. Lo que Leonor no se esperaba era la silenciosa complicidad del hombre que atendía en la barra. Atravesaron esta frontera entre cliente y proveedor sin ser molestados, y siguieron por un pasillo donde una viejita que tejía sentada en un taburete ni los miró. Avanzaron hasta un pequeño camerino donde los esperaba un hombre fumando.

Boa noite, camarada.

Boa noite.

Ya están en el Pombal, dijo el portugués.

César Gómez asintió, satisfecho.

Todo calza y confirma nuestros temores, ¿no? La burguesía anglófila y el fascismo europeo sentados en la misma mesa para oír jazz... ¿Cinco minutos?

El hombre que fumaba asintió.

La ética normal de la economía se ha diluido, continuó César Gómez. Decenas, miles de refugiados de toda Europa llegan a Lisboa, incluyendo reyes y ministros que viven de sus ahorros en efectivo, de cuentas suizas y de vender obras de arte y libros incunables. De noche ocurren subastas secretas y esta noche usted verá una.

¿Vería?

Nuestros camaradas la dejarán en el Pombal, dijo Gómez. Ahí usted podrá confirmarlo con sus propios ojos. Le advierto que el joven Schmidt es vanidoso y no pasará por alto sus atributos. En algún momento deberá evacuar la cerveza

ingerida y usted lo seguirá. Lo que podemos obtener de ese encuentro tras bambalinas será valiosísimo.

Leonor lo miró a los ojos. Hablaba con la avasalladora seriedad de la historia.

* * *

El Pombal estaba abarrotado de noctámbulos y amantes del jazz. El humo era una neblina densa que borraba los contornos, las conversaciones eran un ruido blanco y ronco.

Leonor buscó trabajosamente a Costea hasta encontrarlo en una mesa, rodeado por tres hombres. El más alto era Schmidt. La burguesía y el fascismo tomando cerveza y carcajeándose a espaldas de los trabajadores. Todos aplaudieron con entusiasmo la llegada de los Cleveland Four al escenario.

Normalmente, Leonor hubiera disfrutado de un buen jazz. Era la *lingua franca* de Europa, el único idioma capaz de reunir a los distintos, a los polos opuestos. Lástima que ahora, por culpa del Japón, el jazz ya no fuera neutral. Pero a Costea y Schmidt no parecía importarles. ¿Qué dirían sus jefes en Londres y Berlín de verlos tan amigotes?

Charly, Dizzy, Louis y Ben tocaban inspiradísimos. Leonor observaba al saxo y con su visión periférica la mesa de los amigos. Más que inspirado, el zambo parecía huir de alguien. Las notas salían de su boca a borbotones, como de una marmita. Los demás lo seguían como podían, pellizcando el contrabajo, aporreando la batería, salpicando el piano de notas sueltas que parecían perlas. El público silbaba y aplaudía admirando sus arpegios salvajes.

Leonor lanzaba miradas furtivas hacia la mesa. Se preguntaba dónde estarían los hombres de Gómez, si Ioan y Iuliu habrían logrado seguirla hasta allí. Cuando sus ojos y los de Schmidt hicieron contacto, sintió un escalofrío mezclado de placer.

¿Presa o predador?

Schmidt era vanidoso, era nazi pero estaba en Lisboa, lejos de sus jefes. A pesar de la oscuridad, sus ojitos azules brillaban. Para ella el problema era estar sola frente a la barra y atraer la atención no sólo de Schmidt, sino de los que ya estaban zampados. Varios lo intentaron, pero ella, incólume, los ahuyentó con su indiferencia.

El número de los Cleveland Four aún no había terminado cuando Schmidt se

levantó de su mesa, apagó el cigarrillo en el suelo y avanzó hacia la barra. Tenía razón Gómez, la cerveza había que evacuarla. Leonor lo vio pasar hacia los servicios, no sin antes hacerle un muy caballeroso gesto de saludo que ella respondió con los labios, como la harpía dispuesta a todo por liberar a Europa. De sólo verle los ojos supo que estaba borracho.

Tal como en el *Duas Meninas*, una viejita yacía sentada frente a los escusados, tejiendo ajena a los hombres que entraban y salían cerrándose las braguetas, apagando cigarrillos en el suelo.

Schmidt esperaba con las manos en los bolsillos. Al verla sonrió. Dijo algo en alemán y ella se encogió de hombros.

Nice musicians, agregó en inglés.

Ella asintió. Observó a la viejita que tejía y oyó que la puerta del escusado volvía a abrirse. Schmidt se hizo a un lado para dejar que el ocupante saliera.

Ladies first, dijo Schmidt.

Ella dio un paso y él otro; fingió que se tropezaba. La puerta se cerró detrás de los dos y ambos rieron, sintiendo nuevamente la adrenalina de la guerra secreta.

Leonor nunca antes había estado tan cerca de un nazi. La nota de ansiedad en sus movimientos, mientras le tocaba los pechos, ratificó que era ella quien tenía realmente el control. Ahora debía aplicar el golpe de gracia, inclinarse y bajarle la bragueta. Apenas importaba de dónde había aprendido esos trucos de bataclana ni cuál de los dos había leído a Von Clausewitz. En su boca, aquella salchicha pálida y delgada resultaba un arma en su favor. Pensó en la señora Finch, en las casas de Londres, en las ciudades bombardeadas y en el oso Vicente.

Gutt, gutt, gimoteaba Schmidt, y ella pensó absurdamente, para ahogar sus aprensiones, que nunca volvería a tener al nazismo tan a su merced.

Cuando Schmidt volvió a abrir los ojos el sudor le cubría la frente. Pareció despertar de un sueño epiléptico y recoger sus pantalones abochornado como un adolescente descubierto por su madre. Sonrió con tal torpeza que Leonor casi lo compadeció. Ella se limpiaba en el lavamanos, se componía la falda, trataba de darle señales tranquilizadoras antes de darle la estocada final.

Cuando Schmidt descorrió el picaporte irrumpió lo inesperado.

Alguien lo empujó desde afuera. Leonor apenas alcanzó a hacerse a un lado. La puerta se había vuelto a cerrar y el hombre que fumaba en el *Duas Meninas* ahora descargaba zapatazos brutales contra el rostro del pibe.

Al poco rato cesó todo movimiento. El hombre del Duas Meninas levantó a Schmidt de los sobacos y lo sentó, no sin esfuerzo, en el WC. Buscó en sus bolsillos, sacó un sobre y se lo entregó a Leonor.

Você primeiro, camarada.

Leonor le obedeció. Cogió su cartera, metió el sobre adentro y salió. Afuera, la viejita seguía sin despegar la vista del tejido.

* * *

En la barra se cruzó con uno de los acompañantes de Schmidt; tres matones germánicos avanzando nerviosamente hacia los escusados. No podía permanecer un segundo más en el Pombal. Su vida dependía de ello.

Atravesó la puerta y el aire fresco de la madrugada le devolvió momentáneamente la serenidad. Vio las luces de un carro y oyó el motor que aceleraba, los frenos que chirriaban.

¡Suba!, gritó Gómez.

No se preocupe por el joven Schmidt, dijo Gómez. Lo peor que le puede pasar es que lo transfieran a Kiev o a algún pueblito perdido de Bielorrusia.

Leonor permanecía en silencio, con la vista fija en las calles vacías de Lisboa.

Puede abrirlo, dijo refiriéndose al sobre.

Leonor lo sacó de su cartera, lo palpó. Adentro venía algo sólido. Hablar de magnetismo hubiera sido exagerado. Lo que sintió al introducir la mano fue un calor en los dedos, una adherencia fría y metálica.

Cuatro piezas delgadas y curvas. Las colocó sobre la palma de su mano y trató de encajarlas. Con el movimiento del carro costaba, pero lo logró. Formaban un collar.

Lo único cierto de todo esto, dijo Gómez, es que este objeto ha pasado por muchas manos antes de terminar en las de un oficial nazi. Es parte del tráfico de Lisboa, el gran mercado negro de Europa. A nosotros no nos importa cuánto vale en dinero, sino en información.

Era una reliquia. Solamente Costea sabía cuánto había pagado el doctor Himmler por ella. Su valor sagrado, quizá. Pero Leonor no podía ufanarse del golpe. Sus planes se habían desbaratado y Gómez la tenía a su merced. ¿Adónde la llevaría? Al preguntárselo, éste se encogió de hombros.

¿Qué es el movimiento sino relación entre dos objetos? Vamos donde usted quiera que vayamos. ¿Qué le parece Cascais?

Si mentía, era una forma bastante elegante de hacerlo. Leonor sabía que su destino inmediato no podía ser la embajada peruana, ni el monasterio de los Jerónimos. Miró hacia atrás y hacia delante por si otro carro los seguía, pero Lisboa continuaba muerta.

Como usted prefiera, repitió Gómez. Mis órdenes llegan hasta aquí.

* * *

Pasaron por Estoril sin decir nada. Sin fornicar, a Gómez el vocabulario más bien se le encogía. Leonor no le había dado una dirección específica, pero él no la necesitaba. No estaba conectado con su sexo, sino con sus manos, que aferraban el timón como dos garras. Era como si las calles de Cascais bajaran por una pendiente natural, que sólo podía llevarla al peor de los desenlaces.

Al ver el callejón adoquinado, Leonor se dio cuenta de que no había cometido un error, sino varios.

Caminaron uno al lado del otro, en silencio. Todas las ventanas estaban a oscuras, salvo la de McManus. Gómez golpeó la puerta con los nudillos varias veces. No tuvo que dar clave alguna; la puerta se abrió como si del otro lado los esperara un fantasma.

Abandonad toda esperanza..., dijo Gómez, dándole un leve empujón en la espalda.

Poca le quedaba a esas alturas. El silencio de la casa era casi total, y adentro no estaban ni Ioan ni Iuliu, sino un rudo hombrón de cara pálida y el sombrero ladeado sobre la frente.

Gómez lo saludó con una inclinación de cabeza. Leonor avanzó por el vestíbulo entre uno y otro, contando nuevamente los segundos. La puerta de la cocina estaba cerrada, pero se oían voces. Tomaron la escalera hacia el segundo piso.

Buenas noches, dijo alguien en inglés.

La había cagado y en grande, niña. Pero esta primera impresión se diluyó pronto en otra peor: McManus también, y probablemente alguien en el corazón mismo de Electra.

En el suelo yacía Gustav Olsen, con una herida contusa en la frente. Parecía más bien dormido, aunque en una posición atrozmente incómoda. McManus, en cambio, estaba sentado frente a su escritorio, delante de un vaso de *single malt*, tan abatido que ni siquiera levantó la vista para saludarla.

Nos encontramos finalmente, dijo Günther Schwob.

Finalmente, repitió Gómez.

Le hablaba a la dama, precisó el alemán, volviéndose hacia Leonor. Por favor, mis más sinceros respetos. Y mis felicitaciones por darle su merecido a ese jovenzuelo Schmidt. Tengo la peor de las impresiones de su gente y de toda esa camarilla de psicópatas del partido.

Hablaba un inglés exquisito. Parecía un banquero, un abogado, un médico que sacaba con tranquilidad de su chaqueta un hermoso mechero dorado y le

daba fuego como si fuera la reina de Inglaterra.

Gracias a usted, Alemania ha dado un gran paso hacia la sensatez, dijo. Esos símbolos arcaicos me merecen el máximo de los respetos, desde una perspectiva histórica e incluso artística, claro está. Pero la politización del arte es una noción que me repugna y el doctor Himmler no duda en practicarla de la forma más grosera.

Todos la miraban, y Leonor comprendió que aguardaban con ansiedad que ella les mostrase el collar.

Este objeto será guardado con el debido cuidado, aclaró Schwob. Tiene mi palabra de que no será un objeto de culto neopagano de jovencitos que apenas han leído a Nietzsche y se sienten con derecho a sentar cátedra.

Ya basta, dijo de pronto McManus.

Robert, Robert, Robert, dijo Gómez. Una explicación es lo menos que se le debe a una dama a la que uno ha utilizado como carnada.

Schwob no lo dejó seguir. Se colocó detrás de McManus y le dio unos golpecitos en la espalda, como si quisiera consolarlo. Junto al vaso de *single malt* había una serie de documentos, el verdadero pasaporte de McManus y una pequeña caja con símbolos chinos, cuyo contenido ella más o menos adivinaba.

Sepa usted, dijo dirigiéndose a Leonor, que esta operación no pretende otra cosa que sincerar la situación mundial. Como usted sabe, todas las noches Europa y el mundo entero se llenan de transmisiones radiales. Algunas son oficiales, otras clandestinas, hay propaganda, música, noticias, declaraciones y desmentidos. No podemos hablar de información: más bien de mala fe. ¿Qué me dice de esa grotesca Campaña V? No me explico cómo gente inteligente pudo haber pensado que eso tendría algún éxito.

Schwob caminó hacia la ventana, observó la calle con serenidad y se volvió hacia Leonor.

Hablo como alemán, y puedo garantizarle que en mi corazón no hay odio contra Gran Bretaña, los Estados Unidos o América Latina. En cambio, siento un rechazo rotundo por la idea comunista. La historia no es la lucha de clases, sino la lucha del espíritu por crearse a sí mismo. De ahí mi felicidad por haber contribuido a desenmascarar una célula comunista enquistada en el mismísimo Londres.

Leonor no pudo evitar mirar a McManus, quien tenía la vista perdida en algún lugar de la máquina de escribir.

Siempre sospeché que la agencia Mercury era una filial inglesa disfrazada,

continuó Schwob. Es una agencia con credibilidad en muchas capitales, pero me llamó la atención que citase en sus cables a radios negras como radio Catholique. Sabía que un luterano como Olsen no podía mentir con liviandad, que sólo lo podía hacer por una causa mayor. Eso me dejaba dos opciones: que fuese un socialdemócrata noruego... o un comunista noruego.

Otra vez lo mismo. Leonor intentaba calibrar las posibilidades, pero se sentía abrumada por las consecuencias.

Para salir de la duda pedí que me enviaran al mejor agente de infiltración comunista de Europa.

Guardó silencio durante unos segundos, los suficientes para que Leonor sintiera un sudor frío en la espalda.

* * *

No fue fácil, admitió Gómez. Olsen era desconfiado y me costó convencerlo con mis antecedentes españoles. Y eso que en Madrid y Valencia yo había sido un militante abnegado y, para todo efecto práctico, lo sigo siendo... ¡Llevo años estudiando la maldita dialéctica, joder!

Leonor observó a Olsen y notó que cada cierto tiempo se movía, le temblaba un dedo. Parecía estar soñando.

Pudimos haber montado un accidente carretero, dijo Schwob. Y lograr que *O Século* publicase un artículo sobre la misteriosa aparición de un cadáver noruego con una tarjeta de identificación en cirílico. Los ojos de toda la prensa europea se habrían vuelto sobre Mercury y la habríamos neutralizado. Pero decidimos doblar la apuesta.

Gómez soltó una risita.

Si un comunista estaba a cargo de una de las operaciones más importantes de Londres en Lisboa, forzosamente debía tener un contacto más arriba. No sólo debíamos identificarlo, sino además lograr traerlo hasta acá con algún pretexto lo suficientemente grave.

Leonor recordó sus noches en la casona y en Bush House. Todo parecía ahora irreal, una jugarreta macabra.

Fue un trabajo de relojería, dijo Gómez. Lograr que Olsen me enviara a Londres, entrar a radio Travail, armar el lío de la ex República del Rif y del libro sufí... y usarla a usted de testigo.

Esa es, Leonor, la historia, dijo Schwob, poniéndose nuevamente detrás de

McManus, como si fuera su confesor. La larga historia de cómo logramos atrapar a dos comunistas por el precio de uno.

* * *

Larga era la historia. Corto debía ser el desenlace. Montarían un accidente, colocarían la evidencia y los ojos de la prensa europea se volverían sobre Mercury. En Londres, lord Palmer se sacaría los guantes y se pegaría un tiro. Margaret lo lloraría y Cecilia seguiría creyendo que vivía en Rusia en 1917.

Se había ido todo al carajo.

Leonor buscó la mirada de McManus, por si éste se dignaba a decir algo y explicarle algo. ¿Trabajaba por el pueblo o contra los patrones? ¿Qué era eso de usarla como carnada? Si iban a morir juntos era lo menos que se merecía.

En ese momento entró el gigantón, le dijo algo a Schwob y éste asintió. Gómez se inclinó sobre Olsen, le acercó algo a la nariz y le dio unos golpes en la mejilla. El noruego se agitó, abrió brevemente los ojos y los volvió a cerrar. El gigantón lo cogió de los brazos y lo alzó en vilo. Se notaba que no era fácil, pero finalmente logró cogerlo por los sobacos y sacarlo a empellones del despacho.

Gómez se acercó a McManus y posó la mano derecha en su hombro. McManus se puso de pie y recién entonces miró a Leonor a los ojos.

Todo lo que hice fue por convicción, dijo con voz entrecortada, lanzándole a Gómez una mirada fugaz. No como otros que actúan por dinero... La historia me juzgará.

Robert McManus, anglo-argentino y comunista por motivos que sólo él sabía, bebió el último trago de *single malt*, golpeó el vaso contra el escritorio y se puso de pie. Cuando Leonor levantó la vista estaba a solas con Schwob.

Vio pasar mil imágenes por su cabeza. Todas feas. Ya no sentía el poder que había usado en el baño contra Schmidt.

Usted no tiene nada que temer de nosotros, dijo Schwob, adivinándole el pensamiento. Vale más como testigo que como prueba. Mañana mismo podrá abordar el vuelo de regreso a Londres y contarle a su gente todo lo que ha visto. Y para que le crean, ¿qué mejor que esto?

Cogió la caja con símbolos chinos y se la entregó ceremoniosamente, como un alcalde que le entrega las llaves de la ciudad a un comandante enemigo. En la guerra los soldados como él nunca se manchaban.

Imagino que llegó a sentirle aprecio, agregó. Créame que será rápido y no

sufrirá.

Sacó nuevamente la caja y el mechero. Leonor iba a aceptarle el cigarrillo cuando el hombrón volvió a entrar. Esta vez le dijo algo en alemán, en voz alta, y Schwob palideció.

Scheisse!

Toda la elegancia de sus movimientos había desaparecido de golpe. Se asomó a la ventana y miró hacia fuera. Cuando regresó, no paraba de repetir *scheisse, scheisse*, tan alterado que salió sin dirigirle la palabra a Leonor, como si de pronto ella se hubiese vuelto invisible.

Su primera reacción fue correr hacia la ventana, abrir los postigos y ver lo que ocurría.

Había dos o tres carros estacionados delante de la casa. Hombres en uniforme y de civil. En la oscuridad era difícil distinguir sus rostros, pero logró reconocer a dos de las siluetas que fumaban tranquilamente delante de la casa.

Costea y el comisario Brito Lima.

Leonor avanzó hacia el escritorio de McManus, cogió los papeles, guardó la caja con los símbolos chinos en su cartera y salió.

En el primer piso el gigantón sostenía a Olsen del hombro y Gómez tenía a McManus encañonado con una pistola. La puerta de la cocina estaba entreabierta y Leonor vio a Ioan y Iuliu sentados frente a la mesa en posiciones extrañas. Ioan estaba acostado sobre la mesa, como si se hubiera quedado dormido; Iuliu miraba hacia el techo como haciéndose el tonto. Tenían manchones rojos en la frente. Leonor sintió algo pegajoso en el suelo y no quiso mirar.

* * *

Regresó al segundo piso. Trataba de pensar, buscaba una salida, imaginaba lo que estaría pasando por la mente de McManus acorralado. En la calle, Schwob y el comisario Brito Lima parlamentaban con asombrosa tranquilidad. Se estarían esgrimiendo argumentos diplomáticos y legales para que la guerra secreta no terminara en guerra visible.

Vio a McManus y a Gómez avanzando lentamente hacia los carros estacionados y, por momentos, pareció que se produciría un intercambio pacífico. Pero las cosas se precipitaron.

Fue tan rápido, que Leonor dudaría durante meses si lo imaginó, o realmente vio a McManus propinándole un violento codazo a Gómez y girando sobre sí

mismo para arrebatarse la pistola. Se habría acordado de sus traumas con el rugby, de su rabia contra las jerarquías y la tradición policial. Todos se agacharon menos él y Olsen, que habían quedado frente a frente mirándose como dos *queers*. El gesto con que extendió la pistola sobre la frente del noruego era de una elegancia que Leonor jamás le había visto. Con los ojos cerrados, Olsen recibió el disparo y se desplomó sobre la acera, dejando una breve estela rojiza en la madrugada de Cascais.

A Gómez, en cambio, lo remató con frialdad de profesional. Uno, dos, tres disparos que lo hicieron bailar en el suelo como un muñeco de Judas. Luego apuntó la pistola sobre sí mismo, sin mirar a nadie, solo con la historia. Leonor se tapó los ojos y el comisario Brito Lima alcanzó a gritar algo.

¿Es usted católica?, preguntó Costea.

Leonor guardó silencio mientras observaba cómo se alejaba el automóvil de Schwob con total impunidad. Ahora sí le temblaba la mano. Con la balacera algunos vecinos se habían asomado, pero al ver los carros y los uniformes de policía se volvían a entrar. Lisboa no quería saber de guerra.

No hace falta que crea en la providencia. No trabajo para Electra. Y Brito Lima tampoco.

Eso ella lo sabía. Lo que esperaba oír era otra cosa.

Lamento lo de su amigo. Al menos no ganaron ellos.

El comisario Brito Lima regresó de la casa cargando la maleta de Leonor.

¿Dónde quiere que la dejemos?, preguntó observándola con tristeza.

Se tomó unos segundos en responder. El comisario y Costea se miraron, cada uno hizo una V con los dedos y se tocó la solapa de la chaqueta. Ella hizo lo mismo.

El compás de los masones. El mismo que alguna vez le había visto a Papi.

Leonor lloraba sin saber exactamente por qué. Ni por quién.

* * *

Monasterio de los Jerónimos, dijo Costea, y el chofer asintió. Una pasajera pía, que a la hora del pecado prefería el camino de Dios. Ni ella ni el rumano dijeron una palabra durante el trayecto.

Amanecía en Lisboa, pero las calles seguían muertas. El carro se estacionó delante del viejo edificio y ambos se bajaron. Costea golpeó el postigo varias veces. Pasaron varios minutos antes de que apareciera un joven sacerdote que los observó como si fueran mensajeros del Putas. Cuando se asomó el padre Brown, su cabeza cubierta con un enorme sombrero negro, el sol ya despuntaba detrás de los cerros de Lisboa.

Hija mía, dijo después de un gélido saludo con Costea. Gracias a Dios me

encuentras despierto. Dios no duerme, pero yo sí. Y su voluntad se sobrepone a la mía.

Leonor le entregó el sobre y el rollo de la minicámara. El padre Brown se persignó.

Cuando el avión aterrizó en Witchurch, Leonor ya sabía quién iba a ganar la guerra. Lo supo incluso antes de despegar de Lisboa, cuando se despidió de Costea.

No será la última, dijo el rumano, entregándole el sobre con las cuatro piezas del collar.

Se miraron brevemente, y Leonor supo a quién debía entregárselo. Supo también lo que la esperaba en Londres: un invierno pavoroso y muchas preguntas. Lluvias torrenciales, quizá bombas. En todo caso, Moscú había resistido, Japón avanzaba, pero en algún momento se quedaría sin recursos. Y en Europa, jesuitas, comunistas y masones trabajaban bajo el signo de la V.

Lo más probable es que a McManus no lo juzgara la historia. Tal vez quien tenía razón era Gómez, y el futuro sería espectacular. A ella, en todo caso, las espadas no le habían hundido la barca. Por el momento.

Mientras el avión se posó en la pista, Leonor sintió que había vuelto a fojas cero. Al sacar su pasaporte se acordó de Mamenka. Se preguntó por su paradero. Tarde o temprano la encontraría.

A la salida la esperaba otra sorpresa: el mismo taxista irlandés.

¿Tuvo buen viaje?, le preguntó con su acento divertido. Aquí la misma porquería. No doy ni cinco chelines por la salud de ese gordo ebrio que nos dirige, pero qué sabemos los borrachos...

La carrera ya venía pagada, ni siquiera tuvo que pernoctar en Bristol, sólo aguantar la cháchara interminable del conductor durante las casi tres horas que duró el viaje hasta Londres.

Ella no le había dado dirección alguna. Kensington o Edgware parecían nombres vacíos en su mente, y el chofer parecía saberlo o seguir unas instrucciones tan precisas que ni siquiera se dignaba a decírselas.

Cuando se detuvo delante del Ritz simplemente sonrió.

Hogar, dulce hogar...

Miss Berberova, dijo el recepcionista, anotando sus datos en el libro. Aquí

tiene sus llaves.

Una voluptuosa oleada de poder la inundó. El botones montó su equipaje en un carro y lo empujó hacia el ascensor. ¿Primera vez en Londres, madame? Leonor sacudió la cabeza y miró al muchacho con ternura. Había madurado cuarenta años, medio siglo, se sentía un alma vieja. Le dio una propina generosa y se quedó algunos segundos observando la habitación.

Una cofradía de caballeros excéntricos, coleccionistas de arte como el hombre con guantes y sin edad. Una logia de hombres y de una sola mujer, una judía austriaca, una socialista sáfica y esotérica llamada Margaret. Se acordó de Cecilia. Un día de estos la llamaría.

Abrió la maleta y sacó al oso Vicente, una mota parda y deshilachada. Ya no tenía ojos y sus brazos eran dos grumos pardos.

Sacó también la caja con los símbolos chinos y la abrió para contemplar la milenaria tecnología sexual del emperador amarillo.

Entonces notó el buqué de rosas y los paquetes sobre la cama. Estaban envueltos en papel de regalo, con cintas doradas. El primero contenía un par de botas de cuero negro, relucientes y puntiagudas; el segundo, un abrigo de pieles. El tercero era el más pequeño y contenía un pequeño anillo de rubí, rojo como la sangre que había visto correr en Lisboa.

La grifería del baño era estupenda. Se dio un largo baño de espuma y salió rejuvenecida.

Entonces sonó el teléfono.

Lord Palmer pregunta por usted, dijo el recepcionista.

Que suba, dijo ella.

Agradecimientos

Como en el espionaje profesional, en esta novela hay préstamo, cita y robo, y también mucho regalo.

A Gilles Donada le debo las citas a Guillaume de Lorís: *Le Roman de la Rose* (Gallimard Folio, París, 1999). A Gloria, Mircea Eliade: *Herreros y alquimistas* (Alianza Editorial, Madrid, 1993); y Santo Tomás de Aquino: *Suma de teología* (Enciclopedia Británica, 1952).

Algunos adicionales:

Sacher Masoch: *La venus de las pieles* (Tusquets, 1993).

Thomas Pynchon: *Gravity's Rainbow* (Vintage UK, 1995).

José Saramago: *El año de la muerte de Ricardo Reis* (Punto de Lectura, 2002).

Guerra y Seducción (Museo de la Moda, Santiago, 2009).

Virginia Woolf: *Cartas a mujeres* (Lumen, 1991).

Alfredo Bryce Echenique: *Un mundo para Julius* (Booklet, 2005).

Jean-Luc Godard: *Le petit soldat* (1963).

Debo también alojamiento, inspiración y apoyo logístico y bibliográfico a las siguientes personas: Cristián Barros, Paula Brito, María José Ferrada, Rodrigo Díaz, Patricia Poblete, Mauricio Hasbún, Soledad Vergara, Pablo Tromben, Juan Ignacio Contardo y Héctor Reyes.

CTR, Santiago, julio 2010

Carlos Tromben

Nació en Valparaíso. Ha publicado las novelas *Poderes fácticos* (2003), ***Prácticas rituales*** (2005) y *Karma* (2006). También es autor del libro de cuentos *Perdidos en el espacio* (2008). Actualmente es editor ejecutivo de la revista *América Economía*.

© 2010, **Carlos Tromben**

© De esta edición:

2010, **Aguilar Chilena de Ediciones S.A.**

Dr. Aníbal Ariztía 1444,

Providencia, Santiago de Chile

Tel. (56 2) 384 30 00

Fax. (56 2) 384 30 60

www.alfaguara.com

ISBN ebook: 978-956-347-050-5

Diseño: Proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: Dimacofi

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina

www.alfaguara.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720

C 1001 AAP Buenos Aires

Tel. (54 11) 41 19 50 00

Fax (54 11) 41 19 50 21

Brasil

www.objetiva.br

Editora Objetiva

Rua Cosme Velho 103 Rio de Janeiro

Tel. (5521) 21997824

Fax (5521) 21997825

Bolivia

www.alfaguara.com/bo

Calacoto, calle 13 n° 8078

La Paz

Tel. (591 2) 279 22 78

Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.alfaguara.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444

Providencia

Santiago de Chile

Tel. (56 2) 384 30 00

Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.alfaguara.com/co

Calle 80, nº 9 – 69
Bogotá
Tel. Y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica

www.alfaguara.com/cas

La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.alfaguara.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de
Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.alfaguara.com/can

Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán – La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España

www.alfaguara.com/es

Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.alfaguara.com/us

2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.alfaguara.com/can

7^a Avda. 11-11
Zona n° 9
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.alfaguara.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día,
Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México

www.alfaguara.com/mx

Avda. Mixcoac 274, Colonia Acacias
Delegación Benito Juárez
03240 México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.alfaguara.com/cas

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9

Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.alfaguara.com/py

Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.alfaguara.com/pe

Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Portugal

www.objectiva.pt

Editora Objectiva
Estrada da Outurela, 118
2794-084 Carnaxide
Tel. (+351)214246903/4
Fax (+351) 214246907

Puerto Rico

www.alfaguara.com/mx

Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.alfaguara.com/do

Juan Sánchez Ramírez, 9

Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.alfaguara.com/uy

Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.alfaguara.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51